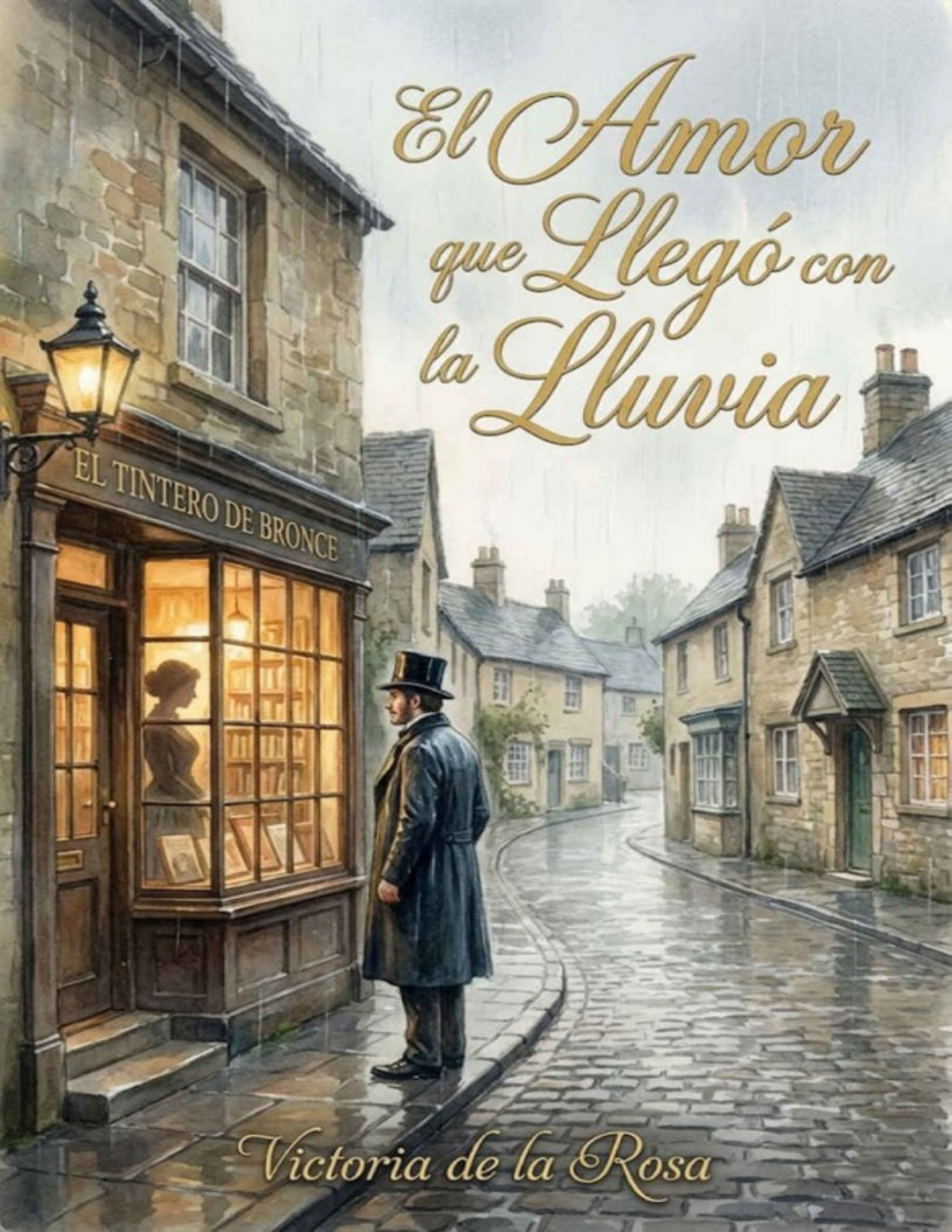

El Amor que Llegó con la Lluvia
EL TINTERO DE BRONCE
Victoria de la Rosa

El Amor que Llegó con la Lluvia

Victoria de la Rosa

Prólogo: Antes de la Primera Gota

Dicen que en el valle de Oakhaven el tiempo no pasa, se acumula. Se guarda en el musgo de los muros de piedra, se esconde entre las páginas de los libros viejos y, sobre todo, se disuelve en la lluvia que cae con una persistencia casi melancólica sobre los tejados de pizarra.

Antes de que el amor tuviera nombre, había silencio.

En el centro del pueblo, tras un escaparate empañado por el aliento del otoño, vivía una mujer rodeada de mil vidas que no eran la suya.

Alice Moore era la guardiana de las historias, una reina en un reino de papel y tinta. Conocía el ritmo de los sonetos y la arquitectura de las tragedias griegas, pero su propio corazón era un libro con las páginas en blanco, esperando una tinta que no llegaba. Soñaba con el mar sin haberlo visto nunca, y confundía la seguridad de su soledad con la paz.

En lo alto de la colina, donde el viento aullaba sin encontrar obstáculos, una mansión de piedra gris despertaba de un largo letargo. Arthur Sterling había llegado allí huyendo del ruido del mundo, buscando en el aislamiento un remedio para un alma cansada de las máscaras de la sociedad. Buscaba silencio, sin saber que el silencio, cuando no es compartido, puede ser el sonido más ensordecedor de todos.

Eran dos líneas paralelas destinadas a no tocarse nunca: el caballero en su fortaleza de invierno y la librera en su refugio de otoño. Él creía que ya lo había visto todo; ella creía que la vida ocurría solo en la imaginación.

Pero el destino, ese viejo escritor caprichoso, tenía preparado un giro en la trama. No enviaría un dragón, ni un ejército, ni un evento extraordinario para unirlos. Enviaría algo mucho más sencillo y poderoso.

En el horizonte, las nubes de color plomo comenzaban a agruparse. El aire se cargaba de electricidad y olor a ozono. Una tormenta se acercaba a Oakhaven, una de esas lluvias torrenciales capaces de borrar los caminos conocidos y obligar a los extraños a buscar refugio en los lugares más inesperados.

Faltaban apenas unas horas para que sonara una campanilla de bronce. Faltaban apenas unos minutos para que dos soledades colisionaran y descubrieran que, a veces, hay que mojarse bajo la lluvia para poder empezar a sentir calor.

Esta es la historia de cómo un corazón de piedra aprendió a latir de nuevo, y de cómo una mujer que soñaba con el mar descubrió que

el océano más profundo se escondía en los ojos de un hombre empapado.

La primera gota estaba a punto de caer.

Capítulo 1: Un Refugio contra la Tormenta

Inglaterra, Otoño de 1885.

La lluvia en el pueblo de Oakhaven no era simplemente agua cayendo del cielo; era un personaje más, un habitante antiguo que conocía cada adoquín y cada tejado de pizarra. Para Alice Moore, el sonido del aguacero golpeando contra los cristales de la librería "El Tintero de Bronce" era la música más reconfortante del mundo.

Alice ajustó la mecha de la lámpara de aceite sobre el mostrador. La luz dorada parpadeó, iluminando las estanterías de roble oscuro que se alzaban hasta el techo, repletas de lomos de cuero, tela y promesas de otros mundos. A sus veintitrés años, Alice había aceptado que su vida sería tranquila, medida por el ritmo de las

páginas que pasaba y el inventario que meticulosamente registraba en su cuaderno de cuentas. No era una vida triste, en absoluto; era segura. Y la seguridad, pensaba ella, era un bien escaso que debía atesorarse.

El reloj de pie en la esquina dio las cuatro de la tarde con un sonido grave y resonante. Normalmente, a esa hora, el señor Abernathy, empleado en la librería, bajaba de su siesta, pero el clima había dejado sus viejos huesos doloridos y se había retirado temprano, dejando a Alice a cargo del cierre.

—Nadie vendrá con este tiempo —murmuró Alice para sí misma, alisándose el delantal gris sobre su vestido de lana azul oscuro.

Tomó su taza de té, que ya empezaba a enfriarse, y se dirigió hacia la ventana principal. La calle empedrada estaba desierta, convertida en un río de reflejos grises y plateados. Los árboles de la plaza central se inclinaban bajo la fuerza del viento, despojándose de sus últimas hojas ocres.

Fue entonces cuando lo vio.

No era un carruaje, ni un vecino corriendo a refugiarse. Era una figura solitaria caminando contra el viento, con un paso decidido que desafiaba la furia de la tormenta. Llevaba un abrigo largo y oscuro que ondeaba tras él, y su sombrero estaba calado bajo para protegerse el rostro.

Alice sintió una extraña punzada de curiosidad. Oakhaven era un lugar donde todos conocían los horarios de todos. Nadie salía a caminar por placer en medio de tal diluvio. Observó cómo el desconocido se detenía frente al escaparate de la librería. Por un momento, pensó que solo estaba buscando un alero para protegerse, pero entonces, la manija de la puerta giró.

La campanilla de bronce sobre la entrada repicó con alegría, un sonido nítido que rompió la atmósfera soñolienta del local. Una ráfaga de aire frío, con olor a tierra mojada y ozono, invadió el espacio cálido, haciendo que las llamas de las lámparas bailaran nerviosamente.

El hombre entró rápidamente y cerró la puerta tras de sí, bloqueando de nuevo el rugido del viento. Se quedó allí, en el umbral, goteando agua sobre el tapete de bienvenida.

Alice dejó su taza sobre el mostrador y enderezó la postura, entrelazando las manos nerviosamente.

—Buenas tardes —dijo ella, con voz suave pero clara, intentando sobreponerse al repentino cambio de energía en la habitación.

El desconocido se quitó el sombrero, revelando un cabello castaño oscuro, revuelto y húmedo, que se pegaba a su frente. Cuando alzó la vista, Alice sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Tenía un rostro de ángulos marcados, tal vez demasiado severo si no fuera por sus ojos. Eran de un color ámbar profundo, cálidos y sorprendentemente gentiles, que contrastaban con el frío que traía consigo.

—Mil disculpas por la intrusión y por el desorden que estoy causando —dijo él. Su voz era barítono, profunda y rasposa, como si no la hubiera usado en horas. Tenía un acento culto, pero carecía de la arrogancia que solían tener los caballeros de la ciudad que visitaban el pueblo en verano.

—No es ninguna intrusión, señor. La librería está abierta —respondió Alice, saliendo de detrás del mostrador y tomando una toalla limpia que solían tener para secar los libros que llegaban en cajas húmedas —. Por favor, tome. Está empapado.

El hombre pareció sorprendido por el gesto, pero aceptó la toalla con una leve inclinación de cabeza.

—Es usted muy amable. Temo que he subestimado el temperamento del cielo de Oakhaven.

Mientras se secaba el rostro y las manos, Alice pudo observarlo mejor. No era un hombre joven e inexperto, quizás rondaba los treinta años. Había cansancio en las líneas alrededor de sus ojos, una especie de peso invisible que cargaba sobre los hombros, pero su postura era recta, digna.

—El otoño aquí no perdona a los viajeros —comentó Alice, regresando a la seguridad de su mostrador—. ¿Es usted nuevo en el pueblo? Conozco a casi todos aquí, y... bueno, es un pueblo pequeño.

El hombre terminó de secarse las manos y dobló la toalla con cuidado, dejándola sobre una silla cercana. Caminó hacia el centro de la tienda, y Alice notó que cojeaba muy levemente, un detalle casi imperceptible.

—Llegué esta mañana. He alquilado la vieja casa de los Miller, en la colina —explicó él, recorriendo con la mirada las estanterías con una apreciación que hizo sonreír a Alice interiormente. Solo las personas que amaban los libros los miraban así, como si fueran viejos amigos esperando ser saludados.

—La casa Miller... —Alice abrió los ojos con sorpresa—. Ha estado vacía durante años. Dicen que las corrientes de aire allí son terribles.

—Lo son —admitió él, y una pequeña sonrisa curvó la comisura de sus labios, transformando su rostro por completo. De repente, parecía más joven, más accesible—. Por eso he venido a buscar refugio aquí. Mi chimenea se niega a encenderse correctamente y, francamente, necesitaba algo más cálido que una casa vacía. Y no me refiero solo a la temperatura.

Sus ojos se encontraron con los de ella a través de la distancia que los separaba. Fue un contacto breve, apenas unos segundos, pero Alice sintió un calor súbito subir por su cuello. No era una mirada depredadora ni coqueta; era una mirada de reconocimiento, como si él estuviera viendo realmente a la persona detrás del mostrador, no solo a una empleada de tienda.

—Entonces ha venido al lugar correcto —dijo ella, bajando la vista hacia sus libros de contabilidad para ocultar su sonrojo—. Los libros son excelentes para aislar del frío. ¿Buscaba algo en particular?

El hombre avanzó lentamente, pasando la mano por los lomos de una colección de historia natural.

—Poesía, creo. Algo que no requiera lógica, ni estrategia, ni hechos fríos. He tenido suficiente de eso últimamente. Necesito algo que... —se detuvo, buscando la palabra adecuada—... que simplemente sienta.

El corazón de Alice dio un vuelco. La sección de poesía era su favorita, aunque era la menos visitada por los granjeros y comerciantes locales.

—Tenemos una edición preciosa de Lord Byron que llegó la semana pasada —sugirió ella, saliendo de nuevo de su refugio.

—Byron es demasiado tempestuoso para esta tarde —dijo él suavemente—. Buscaba algo más... sereno. Quizás Keats. O Wordsworth.

Alice asintió, sintiendo una afinidad inmediata con este extraño. Caminó hacia la estantería del fondo, consciente de que él la seguía a una distancia respetuosa. El olor a lluvia que emanaba de su abrigo se mezclaba ahora con el aroma a papel y vainilla de la tienda, creando una fragancia nueva, embriagadora.

Ella alcanzó un pequeño volumen encuadernado en tela verde.

—Baladas Líricas —dijo ella, extendiéndole el libro. Sus dedos rozaron los de él al entregarle el volumen. Su piel estaba fría por la lluvia, pero el contacto envió una corriente eléctrica, sutil y vibrante, que recorrió el brazo de Alice hasta su hombro.

Él no se apartó de inmediato. Sostuvo el libro, pero su mirada estaba fija en las manos de ella.

—Gracias... —hizo una pausa, esperando.

—Alice. Me llamo Alice Moore.

—Alice —repitió él, probando el nombre en su lengua. Sonó diferente dicho por él, más importante, más dulce—. Un nombre hermoso. Como una constelación.

—¿Y usted es...? —preguntó ella, atreviéndose a mantenerle la mirada.

—Arthur. Arthur Sterling.

El nombre le resultaba vagamente familiar, tal vez leído en algún periódico de Londres que llegaba con semanas de retraso, pero no podía ubicarlo. Sin embargo, en ese momento, no importaba quién fuera fuera de esas cuatro paredes.

Arthur abrió el libro con delicadeza, leyendo una línea al azar. El silencio que siguió no fue incómodo; fue un silencio compartido, lleno de la lluvia repiqueteando fuera y el suave tictac del reloj dentro. Por primera vez en años, Alice no se sintió sola en la librería. Sintió que el espacio, antes simplemente seguro, se había llenado de algo vivo.

—Creo que me lo llevaré —dijo Arthur finalmente, cerrando el libro con suavidad—. Y si no es mucho atrevimiento, señorita Moore, me gustaría pedirle un consejo.

—¿Sobre libros? —preguntó ella.

—Sobre cómo sobrevivir a un invierno en Oakhaven cuando uno no sabe ni cómo encender su propia chimenea sin ahumarse.

Alice rió, un sonido espontáneo y cristalino que pareció sorprenderla incluso a ella misma.

—Bueno, señor Sterling, el primer paso es asegurarse de que el tiro de la chimenea esté abierto. El segundo es tener paciencia. Y el tercero... bueno, el tercero es saber dónde encontrar un buen libro y una tetera caliente cuando todo lo demás falla.

Arthur sonrió de nuevo, y esta vez, la sonrisa llegó plenamente a sus ojos ámbar, derritiendo cualquier rastro de la severidad que Alice había notado al principio.

—Me aseguraré de recordar eso. Especialmente la última parte.

Mientras Alice envolvía el libro en papel marrón y lo ataba con un cordel, sentía la mirada de Arthur sobre ella. No era insistente, pero era constante, como una luz cálida en un día oscuro. Cuando él pagó, sus dedos volvieron a rozarse, y esta vez, ninguno de los dos se apresuró a romper el contacto.

—Espero que deje de llover pronto para usted —dijo Alice, entregándole el paquete.

Arthur tomó el libro, se colocó el sombrero y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró una última vez.

—Para ser honesto, señorita Moore —dijo él con voz suave, con la mano en el pomo de la puerta—, por primera vez en mucho tiempo, no me importa en absoluto que llueva. De hecho, creo que empiezo a encontrarle el encanto a la tormenta.

La campanilla sonó de nuevo cuando él salió a la calle gris. Alice se quedó de pie, sola otra vez entre sus libros. Pero algo había cambiado. La librería ya no se sentía solo como un refugio seguro y tranquilo; se sentía como un lugar donde algo estaba a punto de comenzar.

Alice se llevó una mano al pecho, donde su corazón latía con un ritmo nuevo y esperanzado, un ritmo que parecía susurrar que la soledad segura de su vida acababa de ser desafiada por un par de ojos ámbar y una promesa tácita bajo la lluvia. Y, mientras miraba a través del cristal empañado la figura de Arthur Sterling alejándose bajo el aguacero, Alice supo que este no era el final de un encuentro casual, sino la primera página de una historia que su alma había estado esperando leer.

La lluvia seguía cayendo, pero por primera vez, Alice no sintió frío. Sintió, inexplicablemente, el inicio de una primavera en pleno otoño.

Capítulo 2: Un Paseo Bajo las Estrellas de Otoño

Los días siguientes a la tormenta transcurrieron en Oakhaven con una lentitud exasperante para Alice Moore. Aunque el sol había vuelto a salir, bañando los adoquines húmedos con una luz dorada y crujiente, la librería "El Tintero de Bronce" parecía haber perdido un poco de su brillo habitual. O tal vez, pensó Alice mientras ordenaba una pila de novelas victorianas, era ella quien había cambiado, esperando ver una figura alta y de abrigo oscuro cada vez que sonaba la campanilla de la entrada.

El pueblo, por supuesto, ya bullía con los rumores. En un lugar tan pequeño, la llegada de un inquilino a la vieja mansión Miller era el equivalente a un terremoto social. La señora Gable, la panadera, juraba haber visto al señor Sterling caminando por los páramos al amanecer. El cartero decía que recibía correspondencia de Londres con sellos de lacre muy oficiales. Todos tenían una teoría, pero Alice guardaba su propio recuerdo: unos ojos ámbar cálidos y una voz que le había pedido poesía para sanar el alma.

Era jueves por la tarde, tres días después de su primer encuentro, cuando el destino decidió dejar de hacerla esperar.

Alice estaba subida a una pequeña escalera de madera, intentando alcanzar un volumen de historia local en el estante más alto, cuando la campanilla repicó. No fue el sonido tímido de un niño buscando dulces, ni el golpe seco del cartero. Fue una apertura firme, seguida de unos pasos que su memoria reconoció al instante.

Alice se giró con tanta rapidez sobre la escalera que el libro se le resbaló de las manos. Se preparó para el golpe sordo contra el suelo, pero este nunca llegó.

—Parece que tengo la costumbre de llegar justo cuando el caos está a punto de desatarse, o tal vez yo soy quien lo provoca —dijo una voz profunda justo debajo de ella.

Arthur Sterling estaba allí, al pie de la escalera, sosteniendo el libro de historia con una mano y el volumen de poesía de Keats que se había llevado el lunes en la otra. Llevaba un traje de tweed marrón claro que resaltaba la calidez de su mirada y, a diferencia de la última vez, su rostro no mostraba cansancio, sino una expresión de divertida preocupación.

—Señor Sterling —exhaló Alice, sintiendo cómo sus mejillas se encendían. Bajó los escalones con cuidado, consciente de lo cerca que él estaba—. Gracias. Mis manos parecen haber cobrado vida propia hoy.

Arthur le entregó el libro rescatado, pero no se apartó de inmediato. La cercanía en el pasillo estrecho de la librería era embriagadora. Olía a jabón de sándalo y al aire fresco del exterior.

—Espero no haberla asustado —dijo él, su tono bajando a una suavidad que parecía reservada solo para ella—. Venía a devolver esto. —Le tendió el libro de poemas—. Ha sido... una compañía extraordinaria.

Alice tomó el libro, rozando deliberadamente el cuero de la cubierta donde sus dedos habían estado.

—¿Tan rápido? —preguntó ella, abrazando el libro contra su pecho como si fuera un escudo contra la intensidad de su presencia—. Pensé que le duraría al menos una semana.

—Cuando uno encuentra algo que resuena con su propia voz interior, es difícil dejarlo —confesó Arthur, mirándola fijamente a los ojos—. Leí algunos pasajes tres veces. Especialmente aquel sobre la belleza encontrando un refugio en la soledad. Me hizo pensar en esta librería. Y en usted.

El corazón de Alice dio un vuelco violento. Nadie en Oakhaven hablaba así. Los hombres del pueblo hablaban de cosechas, de clima y de precios del mercado. Arthur hablaba como si cada palabra fuera un regalo cuidadosamente envuelto.

—Me alegra que le haya servido —dijo ella, con la voz un poco temblorosa—. ¿La casa Miller está siendo más amable con usted?

—La casa sigue siendo una fortaleza helada, me temo —rio él, una risa grave que hizo vibrar algo en el estómago de Alice—. Pero he seguido su consejo. Paciencia y libros. Aunque, debo admitir, he encontrado que la soledad de la casa es más llevadera si pienso que pronto podré bajar al pueblo de nuevo.

Hubo un silencio cargado de significado. No era una declaración de amor, era demasiado pronto para eso, pero era una declaración de intención. Arthur no estaba allí solo por los libros.

El reloj de pie dio las seis. La hora del cierre.

—Vaya, he perdido la noción del tiempo —dijo Arthur, mirando el reloj—. No quiero retrasarla, señorita Moore. Seguramente alguien la espera.

Alice negó con la cabeza, quizás demasiado rápido.

—No, no. Vivo sola, en la casa de campo al final de Lane's End. Solo mi gato, Jasper, me espera, y él no es muy exigente con los horarios.

Arthur pareció procesar esa información con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Ya está oscureciendo —observó él, mirando hacia la ventana donde el crepúsculo teñía el cielo de violeta y naranja—. Lane's End está un poco apartado. ¿Me permitiría... —dudó un momento, como si temiera ofenderla—... me permitiría acompañarla? No me perdonaría si le sucediera algo en el camino, y francamente, me vendría bien una guía para no perderme de regreso a mi propia fortaleza.

Alice sabía que las normas sociales de Oakhaven eran estrictas. Caminar sola con un caballero recién llegado podría levantar cejas. Pero al mirar el rostro honesto y esperanzado de Arthur, todas las reglas victorianas le parecieron irrelevantes.

—Me encantaría, señor Sterling. Solo déjeme cerrar.

Minutos después, salieron juntos al aire fresco del atardecer. Alice cerró la puerta con llave y, al girarse, encontró a Arthur ofreciéndole

su brazo. Fue un gesto caballeroso, automático, pero cuando ella posó su mano sobre el antebrazo de su abrigo, sintió la solidez de sus músculos bajo la tela. Se sentía protegida. Se sentía correcta.

Caminaron a un paso pausado. Las farolas de gas comenzaban a encenderse, creando pozas de luz amarilla sobre el empedrado.

—Cuénteme, Alice —dijo él, usando su nombre de pila con una naturalidad que la estremeció—, ¿siempre ha vivido aquí? Parece conocer el alma de este lugar mejor que nadie.

—Nací aquí —respondió ella, ajustando su chal—. Mi padre era el antiguo librero. Crecí entre esas estanterías. A veces siento que he viajado por todo el mundo a través de las páginas, aunque mis pies nunca hayan salido del condado.

—A veces, viajar con la mente es más vívido que hacerlo con el cuerpo —dijo Arthur con un tono melancólico—. Yo he viajado mucho. He estado en Viena, en París, en las colonias... y sin embargo, nunca me he sentido tan "en casa" como me sentí el lunes por la tarde, sentado en su tienda mientras llovía.

Alice levantó la vista hacia él, sorprendida por la vulnerabilidad de su confesión.

—¿Por qué vino a Oakhaven, Arthur? —se atrevió a preguntar—. Si no le molesta la pregunta. Un hombre como usted, acostumbrado al mundo... este lugar debe parecerle muy pequeño.

Arthur suspiró, y su aliento formó una nube blanca en el aire frío.

—El mundo es ruidoso, Alice. Londres es... ensordecedor. Hay demasiadas expectativas, demasiadas máscaras que uno debe usar. —Apretó ligeramente el brazo de ella con el suyo, un gesto inconsciente de búsqueda de apoyo—. Necesitaba silencio. Necesitaba un lugar donde nadie esperara nada de mí, excepto quizás que pagara mi alquiler a tiempo. Vine buscando paz.

Se detuvo y la miró, deteniéndose bajo la luz de una farola.

—Pero creo que he encontrado algo mejor que la paz. He encontrado calidez.

Alice sintió que el corazón le latía con tanta fuerza que temía que él pudiera escucharlo. Estaban parados en el cruce que llevaba a su casa, rodeados por el susurro de las hojas secas y el aroma a leña quemada de las chimeneas cercanas.

—Oakhaven puede ser un buen lugar para sanar —susurró ella—. Y... me alegra que haya venido.

Arthur sonrió, y esta vez la sonrisa no fue solo gentil, fue tierna. Se quitó el sombrero con la mano libre.

—A mí también. Más de lo que puedo expresar con propiedad en nuestra segunda conversación.

Llegaron a la verja de madera de la casa de Alice. Una pequeña cabaña con hiedra trepando por las paredes y una luz encendida en el porche.

—Gracias por acompañarme —dijo Alice, soltándose de su brazo con reticencia. Se sentía repentinamente fría sin su contacto.

—El placer ha sido enteramente mío —respondió Arthur. Hizo una pausa, como si debatiera consigo mismo, y luego añadió—: Mañana... mañana tengo que ir al mercado del pueblo a comprar provisiones. Soy un desastre eligiendo verduras y frutas decentes. Si usted... si no estuviera ocupada a la hora del almuerzo...

Alice sonrió, una sonrisa radiante que iluminó su rostro más que la lámpara del porche.

—Cierro de una a dos. Y soy experta en distinguir las manzanas dulces de las harinosas.

—Entonces, ¿puedo contar con su experta asesoría? —preguntó él, con los ojos brillando de esperanza.

—Puede contar con ella.

—Hasta mañana, Alice.

—Hasta mañana, Arthur.

Él esperó junto a la verja hasta que ella entró en la casa y cerró la puerta. Alice se apoyó contra la madera cerrada, cerrando los ojos y

respirando hondo. Su casa estaba en silencio, salvo por el ronroneo de Jasper que se acercaba a saludar, pero dentro de ella había una orquesta tocando.

Se llevó los dedos a los labios, recordando la intensidad de la mirada de Arthur bajo la farola. No había habido besos, ni declaraciones grandilocuentes, pero en ese paseo de veinte minutos, en esa conversación sobre la soledad y el hogar, Alice supo que su vida había cambiado irrevocablemente.

Se acercó a la ventana y descorrió la cortina un poco. Arthur seguía allí, una silueta oscura contra la noche estrellada, mirando hacia su casa como si fuera el único faro en un mar oscuro. Finalmente, se dio la vuelta y comenzó a caminar, ya no con el paso cansado del viajero, sino con el paso ligero de un hombre que tiene una razón para despertar al día siguiente.

Alice dejó caer la cortina y abrazó a su gato.

—Oh, Jasper —susurró al aire cálido de su cocina—, creo que vamos a tener que comprar más té. Y creo... creo que voy a ser muy feliz.

Esa noche, por primera vez, Alice no soñó con mundos lejanos leídos en libros. Soñó con un paseo bajo las estrellas, con el olor a sándalo y con la promesa de unas manzanas elegidas entre dos a la mañana siguiente.

Capítulo 3: Manzanas Dulces y Miradas Furtivas

El viernes amaneció con un cielo de un azul tan intenso que parecía pintado a mano, sin una sola nube que estorbara al sol de otoño. Para Alice Moore, sin embargo, el brillo del día no provenía del astro rey, sino de la nerviosa anticipación que le revoloteaba en el estómago desde que abrió los ojos.

Se pasó más tiempo del habitual frente al pequeño espejo de su tocador. Eligió su mejor vestido de diario, uno de lana color verde musgo que resaltaba el tono avellana de sus ojos, y se permitió la

vanidad de atar una cinta de terciopelo crema en su cabello recogido.

—Es solo una compra de provisiones, Jasper —le dijo al gato, que la observaba perezosamente desde la colcha—. No es un baile en la ópera.

Pero su corazón sabía la verdad: en Oakhaven, pasear con un caballero a la luz del día, entre los puestos del mercado, era una declaración mucho más íntima que cualquier baile.

Llegó a la librería con las mejillas sonrosadas por la caminata. El señor Abernathy ya estaba allí, desempolvando el mostrador con su lentitud habitual.

—Buenos días, señorita Alice. Parece usted muy... alegre hoy —comentó el anciano, ajustándose las gafas—. ¿Esperamos alguna entrega importante?

—Solo voy a salir a la hora del almuerzo, señor Abernathy. Asuntos... asuntos de intendencia —respondió ella, intentando sonar casual mientras revisaba el libro de caja, aunque las letras bailaban ante sus ojos.

Cuando el reloj marcó la una, Alice sintió que el aire se le escapaba. Se puso su abrigo, se aseguró de que el sombrero estuviera recto y salió a la calle.

Arthur ya estaba allí.

Estaba de pie junto a la farola, revisando su reloj de bolsillo. Al verla salir, cerró la tapa con un chasquido metálico y una sonrisa iluminó su rostro, transformando sus facciones serias en algo deslumbrante. Llevaba un abrigo gris marengo y una bufanda de lana oscura. Se veía elegante, impecable, y dolorosamente guapo entre el entorno rústico del pueblo.

—Puntualidad británica —dijo él a modo de saludo, ofreciéndole el brazo con una naturalidad que a Alice le robó el aliento—. Empezaba a temer que las cuentas de la librería la hubieran secuestrado.

—Jamás dejaría que los números me impidieran cumplir una promesa, señor Sterling —respondió Alice, aceptando su brazo. El contacto fue firme y cálido a través de las capas de ropa, un ancla en medio de sus nervios—. ¿Está listo para enfrentar el mercado de Oakhaven? Puede ser... abrumador.

—Con usted como guía, me siento capaz de enfrentar a los leones romanos —bromeó él, guiándola hacia la plaza principal.

El mercado estaba en su apogeo. El aire olía a pan recién horneado, a especias, a tierra húmeda y a manzanas maduras. Los granjeros gritaban sus ofertas, los niños corrían entre las piernas de los adultos y las matronas del pueblo regateaban con ferocidad.

Arthur parecía un poco fuera de lugar, como un cisne en un corral de patos, pero no parecía importarle. Su atención estaba completamente centrada en Alice.

—Bien, experta —dijo él, deteniéndose frente al puesto de la señora Gable—. Enséñeme. ¿Cómo distingo una manzana digna de un pastel de una que solo sirve para los caballos?

La señora Gable, una mujer redonda con mejillas como tomates, dejó de acomodar sus calabazas y los miró con ojos como platos. Alice sabía que, antes del anochecer, todo el pueblo sabría de este paseo.

—Buenas tardes, señora Gable —dijo Alice con cortesía, ignorando la mirada inquisitiva de la mujer—. Buscamos manzanas Reineta.

—Para el caballero, supongo —dijo la vendedora, limpiándose las manos en el delantal y mirando a Arthur de arriba abajo con aprobación descarada—. Se dice que ha alquilado la casa Miller.

—Así es, señora —respondió Arthur con una inclinación de cabeza encantadora—. Y temo que mi despensa está tristemente vacía. Por suerte, la señorita Moore se ha apiadado de mi ignorancia culinaria.

Alice sintió una oleada de gratitud hacia él. Con esa frase, Arthur había transformado lo que podría haber sido un chisme escandaloso

en un acto de caridad cristiana por parte de ella. Era una protección sutil, caballerosa.

—Mire aquí, Arthur —dijo Alice, tomando una manzana verde y rojiza—. —Sienta el peso. Debe sentirse pesada para su tamaño. Si la aprieta suavemente... —Alice presionó su pulgar contra la cáscara —... no debe ceder. Debe ser firme. Si cede, es harinosa.

Arthur tomó la manzana de su mano. Sus dedos rozaron la palma de Alice, y el mundo pareció detenerse por un segundo en medio del bullicio del mercado. Él no miraba la fruta; la miraba a ella.

—Firme —repitió él, con voz ronca—. Entiendo.

Alice retiró la mano lentamente, sintiendo un hormigueo que subía por su brazo.

—Y el olor... —continuó ella, tratando de recuperar la compostura—. Debe oler dulce, incluso a través de la cáscara.

Arthur se llevó la manzana a la nariz e inhaló.

—Huele a otoño —dijo, depositándola con cuidado en la cesta—. Nos llevaremos una docena, por favor.

Mientras la señora Gable empacaba las frutas, Arthur insistió en pagar, ignorando las protestas de Alice de que ella podía conseguir un mejor precio.

—El dinero no es problema cuando la compañía es inmejorable —le susurró él mientras se alejaban del puesto.

Caminaron entre los puestos, comprando pan de centeno, un poco de queso curado y un frasco de miel local. Con cada compra, Alice notaba cómo Arthur confiaba ciegamente en su juicio. Le preguntaba su opinión sobre todo, desde la calidad de la lana hasta el mejor tipo de té. No la trataba como a una simple pueblerina, sino como a una autoridad, como a una igual.

—Nunca imaginé que comprar comida pudiera ser una aventura —confesó Arthur mientras se detenían cerca de la fuente de piedra en el centro de la plaza.

—Eso es porque siempre lo ha hecho su servicio, imagino —dijo Alice con una sonrisa suave.

—Es cierto —admitió él, mirando el agua cristalina—. En Londres, la comida simplemente aparecía en la mesa. Aquí... aquí siento que me gano mi cena simplemente por el esfuerzo de elegirla. Me hace sentir... más vivo. Más humano.

Alice lo observó. El viento le había desordenado ligeramente el cabello y tenía las mejillas coloradas por el frío. Se veía menos como el misterioso extraño de la tormenta y más como un hombre que estaba redescubriendo el placer de las cosas simples.

—A veces, Arthur, las cosas más sencillas son las que más llenan el espíritu. Como una manzana perfecta. O una tarde de sol después de la lluvia.

Arthur dejó las bolsas de la compra en el borde de la fuente y se giró hacia ella. La gente pasaba a su alrededor, pero para Alice, el ruido del mercado se desvaneció, quedando solo ellos dos en una burbuja de silencio cómplice.

—O una sonrisa amable en una librería oscura —añadió él suavemente. Dio un paso hacia ella, acortando la distancia—. Alice, debo confesarle algo. No necesitaba tanta comida. Podría haber sobrevivido con pan y queso otra semana.

El corazón de Alice latía desbocado contra sus costillas.

—¿Entonces por qué...?

—Porque quería verla —la interrumpió él, con una honestidad brutal que la desarmó—. Porque desde el lunes, la casa Miller se siente demasiado grande y mis libros demasiado silenciosos. Quería ver cómo le da el sol en el cabello. Y tenía razón... es un espectáculo digno de verse.

Alice bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos ámbar, abrumada por una felicidad que la calentaba más que el sol de mediodía.

—Yo también quería verlo, Arthur —susurró a su guante.

Arthur extendió la mano y, con un atrevimiento que desafiaba las normas, tomó suavemente la mano de ella, apretándola brevemente.

—Hay un puesto de flores al final de la calle —dijo él, cambiando de tema para darle un respiro a la emoción del momento, aunque no soltó su mano del todo—. Vi unos crisantemos que creo que harían juego con la entrada de su librería. ¿Me permitiría regalárselos? Como agradecimiento por salvarme de comprar manzanas podridas.

Alice levantó la vista, sonriendo con lágrimas de emoción brillando en sus ojos.

—Me encantan los crisantemos.

Caminaron hacia el puesto de flores, y Alice se dio cuenta de que no le importaba lo que dijera la señora Gable, ni el señor Abernathy, ni nadie en Oakhaven. Caminaba junto a un hombre que veía magia en las cosas cotidianas porque las compartía con ella.

Arthur compró un ramo enorme de flores doradas y cobrizas. Se lo entregó con una reverencia juguetona.

—Para la dama que conoce los secretos del otoño.

Mientras regresaban a la librería, cargados con bolsas y flores, Alice sintió una certeza profunda. Este hombre, con su abrigo elegante y su torpeza encantadora en el mercado, estaba derribando, ladrillo a ladrillo, los muros de seguridad que ella había construido alrededor de su vida solitaria.

Al llegar a la puerta de "El Tintero de Bronce", Arthur dejó las bolsas en el suelo para despedirse.

—Gracias, Alice. Ha sido... la mejor hora que he pasado en años.

—Para mí también, Arthur.

—Mañana... —empezó él, dudando—. Mañana quizás podría pasar a ver cómo le quedan las flores a la librería. ¿Sería eso... aceptable?

Alice rió, apretando el ramo contra su pecho.

—Sería más que aceptable. Sería bienvenido.

Arthur asintió, visiblemente aliviado. Se tocó el borde del sombrero y se alejó calle arriba, hacia la colina. Alice entró en la librería, donde el olor a papel viejo se mezcló ahora con el aroma fresco y vibrante de los crisantemos.

El señor Abernathy la miró desde el fondo, notando el brillo en sus ojos y el rubor en sus mejillas.

—Buenas manzanas, supongo —dijo el anciano con una sonrisa astuta.

—Las mejores, señor Abernathy —respondió Alice, colocando las flores en un jarrón—. Las mejores y más dulces manzanas del mundo.

Y mientras el reloj marcaba las dos, Alice supo que su vida tranquila y segura había terminado, y que una vida llena de riesgos maravillosos y promesas de amor acababa de comenzar.

Capítulo 4: El Idioma del Silencio

El sábado en Oakhaven amaneció con una neblina baja que se aferraba a los tobillos de los transeúntes y difuminaba los contornos de los edificios, convirtiendo el mundo en una pintura de acuarela suave. Para Alice, sin embargo, el día tenía una nitidez cristalina. Cada vez que su mirada se posaba en el jarrón de cristal sobre el mostrador, donde los crisantemos dorados y cobrizos resplandecían con una vitalidad desafiante, sentía un vuelco en el pecho. No eran solo flores; eran un estandarte, una prueba tangible de que la tarde anterior no había sido un sueño febril provocado por demasiadas novelas románticas.

El señor Abernathy, con su infinita sabiduría de ochenta años, había decidido que el clima húmedo era "una ofensa personal a sus articulaciones" y se había quedado en la trastienda organizando viejos inventarios cerca de la estufa, dejando a Alice sola en la sala principal.

La mañana transcurrió tranquila. La señora Miller vino a buscar un devocionario; el joven Tom, el hijo del herrero, entró tímidamente a comprar un pliego de papel de carta de buena calidad (sin duda para escribirle a la hija del molinero), y Alice le sonrió con una complicidad nueva, entendiendo por primera vez la urgencia que impulsaba a alguien a querer plasmar sus sentimientos en papel.

Cuando el reloj de la torre de la iglesia dio las tres, la puerta de la librería se abrió.

Alice no necesitó levantar la vista para saber quién era. El cambio en la presión del aire, el aroma sutil a lluvia fresca y tabaco de pipa de

cerezo, y el repentino aceleramiento de su propio pulso se lo anunciaron antes de que sus ojos lo confirmaran.

Arthur entró, sacudiéndose unas gotas de llovizna de los hombros de su abrigo. Al verla, su rostro se relajó en esa expresión de alivio que Alice empezaba a atesorar como su posesión más valiosa.

—Buenas tardes, guardiana de las letras —saludó él, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

—Buenas tardes, señor de las manzanas —respondió ella, incapaz de contener la sonrisa que curvaba sus labios.

Arthur se quitó el sombrero y sus ojos buscaron inmediatamente el mostrador. Al ver las flores, su sonrisa se ensanchó.

—Veo que han sobrevivido a su primera noche en cautiverio.

—Parecen muy contentas aquí —aseguró Alice, acariciando suavemente uno de los pétalos—. Creo que les gusta el olor a libros viejos. O quizás es que saben que fueron elegidas con mucho esmero.

Arthur se acercó al mostrador, apoyando las manos sobre la madera pulida. Estaban tan cerca que Alice podía ver las pequeñas motas doradas en sus ojos ámbar.

—Traigo algo —dijo él, bajando la voz como si fuera a compartir un secreto de estado. Metió la mano en el bolsillo profundo de su abrigo y sacó una pequeña lata plateada y cuadrada—. Llegó en el correo de la mañana, desde Londres. Es una mezcla de té Earl Grey con un toque de lavanda. Mi hermana insiste en que tiene propiedades calmantes, aunque sospecho que solo quiere que huela a flores.

Alice tomó la lata, sintiendo el metal frío contra sus dedos calientes.

—Es un gesto muy amable, Arthur. ¿Le gustaría... le gustaría probarlo ahora? Tengo la tetera caliente en la trastienda.

La invitación quedó flotando en el aire, cargada de una intimidad doméstica que iba más allá de lo apropiado para un cliente y una comerciante. Pero Arthur no dudó.

—No se me ocurre nada que desee más.

Alice le indicó el camino hacia la pequeña sala de lectura al fondo de la tienda, un rincón privado con dos sillones de terciopelo orejeros, desgastados por el tiempo pero infinitamente cómodos, situados frente a una pequeña chimenea donde un fuego modesto crepitaba alegremente.

Mientras Alice preparaba el té, sus manos temblaban ligeramente. Vertió el agua hirviendo sobre las hojas y el aroma cítrico y floral llenó el pequeño espacio, mezclándose con el olor a leña. Colocó las tazas de porcelana sobre una mesita baja y se sentó frente a Arthur.

Él parecía extrañamente en casa en ese sillón viejo. Con las piernas largas estiradas hacia el fuego y la taza humeante entre las manos, parecía haber pertenecido a ese lugar desde siempre.

—Esto es magnífico —dijo él después del primer sorbo, cerrando los ojos un momento—. Mucho mejor que en mi fría fortaleza de la colina.

—La compañía ayuda —dijo Alice, y luego se mordió el labio, temiendo haber sido demasiado atrevida.

Arthur abrió los ojos y la miró con una intensidad que la dejó clavada en el sitio.

—La compañía lo es todo —corrigió él suavemente—. Sabe, Alice... ayer, después de dejarla, me sentí extrañamente... incompleto. Es curioso, he pasado años rodeado de gente en salones de baile y clubes de caballeros, sintiéndome absolutamente solo. Y aquí, en el silencio de Oakhaven, después de una hora con usted, la soledad se sintió por primera vez como... una ausencia específica. La ausencia de usted.

Alice sintió que el corazón se le subía a la garganta. Dejó su taza en el platillo con un tintineo nervioso.

—Arthur, yo... yo he sentido lo mismo. Mi vida aquí es tranquila, y siempre me he dicho que estaba contenta con eso. Pero desde que usted entró por esa puerta el lunes, la tranquilidad se siente un poco

vacía si no puedo compartirla con alguien que entienda... que entienda lo que dicen los libros sin palabras.

Arthur se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, acortando la distancia entre ellos.

—Cuénteme algo, Alice. Algo que no le haya contado a nadie más. Un sueño. Un deseo. Algo que guarde en ese corazón suyo.

La petición era audaz, pero en ese refugio de libros y fuego, Alice sintió que las barreras no existían.

—Siempre he querido ver el mar —confesó ella en un susurro, mirando las llamas—. He leído cientos de descripciones. Sé que es inmenso, que huele a sal y que el sonido de las olas es como la respiración del mundo. Pero nunca he salido de este condado. A veces, cierro los ojos e intento imaginar que el viento en los árboles es el océano, pero sé que no es lo mismo. Es un sueño tonto, lo sé.

Arthur no se rió. No sonrió con condescendencia. La miró con una seriedad reverente.

—No es tonto en absoluto —dijo él con firmeza—. Es un anhelo de inmensidad. De libertad. Y tiene razón, Alice. Ningún libro, por bien escrito que esté, puede prepararla para la primera vez que el horizonte se abre ante usted y solo hay agua hasta donde alcanza la vista. Te hace sentir pequeño y, al mismo tiempo, infinito.

Se quedó callado un momento, observándola como si estuviera memorizando sus facciones a la luz del fuego.

—Un día —dijo él, y su voz sonó como una promesa solemne—, un día me gustaría estar allí cuando lo vea por primera vez. Me gustaría ver el reflejo del mar en sus ojos. Creo que sería una vista más hermosa que el propio océano.

Alice contuvo el aliento. La declaración era tan clara, tan directa, que el aire entre ellos pareció vibrar.

—Arthur... —su voz apenas era un hilo—. Apenas nos conocemos. Llevamos aquí menos de una semana.

—El tiempo es una medida extraña para el corazón —respondió él, dejando su taza en la mesa y extendiendo una mano hacia ella, con la palma abierta hacia arriba, invitándola pero sin forzarla—. He conocido personas durante décadas a las que nunca he llegado a ver realmente. Y he pasado cinco días en este pueblo y siento que he encontrado algo que he buscado toda mi vida sin saberlo. ¿Me cree loco, Alice?

Alice miró esa mano grande y fuerte, una mano que había sostenido libros con delicadeza y que había elegido manzanas con ella. Lentamente, como si fuera lo más natural del mundo, extendió su propia mano y la colocó sobre la de él. Sus dedos se cerraron alrededor de los suyos, cálidos, seguros, protectores.

—Si está loco, Arthur Sterling —dijo ella, sintiendo cómo una lágrima de pura emoción se deslizaba por su mejilla—, entonces yo también lo estoy. Porque siento que le he estado esperando cada día que he mirado por esa ventana.

Arthur entrelazó sus dedos con los de ella, un gesto de unión que sellaba algo mucho más profundo que una amistad. Con su pulgar, acarició suavemente el dorso de la mano de Alice, enviando oleadas de calor por todo su cuerpo.

—Entonces no hay prisa —dijo él, con una voz llena de una ternura abrumadora—. Tenemos tiempo. Tenemos todos los libros de estas estanterías, y todo el té de Londres, y todas las manzanas del mercado. Vamos a descubrir esto juntos, página a página.

Se quedaron así, en silencio, tomados de la mano mientras el fuego consumía los leños y la tarde caía suavemente fuera de la ventana. No necesitaban hablar más. En ese silencio cómodo, lleno de promesas tácitas y de la certeza de haber encontrado un puerto seguro, Alice supo que el amor no siempre llegaba con fanfarrias y dramas. A veces, el amor llegaba en una tarde de lluvia, se quedaba a tomar el té y te tomaba de la mano para decirte que ya no tenías que soñar con el mar sola.

Cuando Arthur finalmente se levantó para irse, mucho después de que el té se hubiera enfriado, no soltó su mano hasta el último momento posible en la puerta.

—Hasta mañana, Alice —dijo él.

—Hasta mañana, Arthur.

Y al cerrar la puerta y echar el cerrojo, Alice se apoyó contra la madera, sintiendo que su corazón, por fin, estaba completamente lleno, caliente y rebosante de una felicidad tranquila y profunda que sabía que duraría mucho más que el invierno.

Capítulo 5: El Horizonte desde la Colina

El domingo amaneció en Oakhaven con un repique de campanas que rebotaba alegremente contra las laderas del valle, dispersando los

últimos jirones de niebla matutina. Para los habitantes del pueblo, el sonido marcaba el inicio del día del Señor, una jornada de descanso, oración y, por supuesto, de observación social meticulosa. Para Alice Moore, sin embargo, las campanas sonaban peligrosamente parecidas a los latidos desbocados de su propio corazón.

Se vistió con un cuidado esmerado, eligiendo un vestido de lana de color azul pálido con puños de encaje blanco. Se colocó su sombrero más bonito, uno adornado con una cinta de seda gris, y se miró al espejo. Sus ojos brillaban más que de costumbre, y sus mejillas tenían un color natural que ningún colorete de la ciudad podría imitar.

—Solo vas a misa, Alice —se reprendió a sí misma en voz alta, aunque Jasper, el gato, la miró con escepticismo desde la cama—. No es como si fuera a suceder nada extraordinario.

Pero en el fondo, sabía que mentía. Desde la tarde anterior, con el té Earl Grey y las manos entrelazadas, todo en su vida se sentía extraordinario.

La iglesia de San Judas era el corazón de piedra de Oakhaven. Al entrar, el olor a incienso, cera de abejas y madera antigua la envolvió. Alice caminó hacia su banco habitual, cerca del vitral de los ángeles, sintiendo las miradas de los vecinos. Saludó con una inclinación de cabeza a la señora Gable y al panadero, pero su atención estaba fija en un punto más adelante.

Allí, en el banco que tradicionalmente había pertenecido a la familia Miller, estaba Arthur.

Se veía imponente con su levita negra de domingo, su postura recta y elegante contrastando con la sencillez rústica de los bancos de pino. No se giró cuando ella entró, pero Alice vio cómo sus hombros se tensaban ligeramente, como si hubiera sentido su presencia magnéticamente.

Durante el servicio, Alice luchó por concentrarse en el sermón del vicario sobre la virtud de la paciencia. Sus ojos se desviaban una y otra vez hacia la nuca de Arthur, hacia la forma en que su cabello

oscuro tocaba el cuello de su camisa almidonada. Cuando llegó el momento de los himnos, la voz de Arthur se elevó por encima de las demás: un barítono rico y seguro que parecía vibrar en el pecho de Alice, haciendo que las palabras sagradas sonaran extrañamente íntimas.

Al finalizar la misa, la salida fue lenta. El atrio se llenó de saludos y conversaciones sobre el clima y las cosechas. Alice intentó escabullirse hacia el sendero lateral, sintiéndose repentinamente tímida ante la idea de hablar con él frente a todo el pueblo, pero no fue lo suficientemente rápida.

—Señorita Moore.

La voz la detuvo en seco. Se giró y encontró a Arthur a unos pasos de distancia, con el sombrero en la mano y esa mirada ámbar fija exclusivamente en ella, ignorando al resto de la congregación que, disimuladamente, aguzaba el oído.

—Señor Sterling —respondió ella, haciendo una pequeña reverencia —. Espero que el sermón haya sido de su agrado.

—Instructivo, sin duda —dijo él con una sonrisa ligera—. Especialmente la parte sobre la paciencia. Aunque debo confesar que la paciencia no es mi mayor virtud cuando hay un día tan espléndido esperando fuera.

Arthur dio un paso adelante, acortando la distancia socialmente aceptable apenas unos centímetros, lo suficiente para que Alice oliera su aroma a sándalo.

—Tenía la intención de dar un paseo hacia Cresta Alta —dijo él, refiriéndose a la colina más alta que bordeaba el pueblo—. Me han dicho que las vistas desde allí son... aclaradoras. Pero temo perderme en los senderos. ¿Sería mucho atrevimiento pedirle que me muestre el camino?

El murmullo a su alrededor cesó casi por completo. Una invitación directa, a plena luz del día, frente a la iglesia. Era audaz. Era una declaración.

Alice miró a su alrededor, viendo las caras curiosas, y luego miró a Arthur. En sus ojos no había desafío hacia el pueblo, solo una invitación honesta para ella. Él le estaba ofreciendo su protección contra los chismes simplemente demostrando que no le importaban.

—El camino a Cresta Alta es empinado, señor Sterling —dijo ella, con voz firme—. Pero la vista vale la pena. Será un placer guiarle.

Arthur le ofreció el brazo, y Alice lo tomó. Juntos, salieron del atrio y enfilaron el camino que subía hacia las colinas, dejando atrás los susurros para adentrarse en la paz de la naturaleza.

La subida fue vigorizante. El aire se volvía más fresco y puro a medida que ascendían, dejando atrás el humo de las chimeneas del valle. Caminaban a un ritmo cómodo, sus pasos sincronizados sobre la hierba verde y húmeda.

—¿Fue muy terrible? —preguntó Arthur de repente, rompiendo el silencio cómodo.

—¿El qué? —preguntó Alice.

—La emboscada social. Sé que mi invitación fue pública. No quería ponerla en una situación comprometedora, pero tampoco quería pasar otro domingo solo, deseando estar hablando con usted.

Alice apretó ligeramente su brazo.

—No fue terrible, Arthur. Fue... valiente. En Oakhaven, la gente habla de todos modos. Prefiero que hablen de algo que es verdad: que disfruto de su compañía.

Arthur se detuvo y la miró, con el viento revolviéndole el cabello.

—Y yo de la suya, Alice. Más que de cualquier otra cosa.

Continuaron subiendo hasta llegar a la cima de Cresta Alta. Desde allí, el mundo se abría. Abajo, Oakhaven parecía un pueblo de juguete, con sus tejados de pizarra y el humo gris subiendo en espirales rectas. A lo lejos, las colinas se sucedían como olas de tierra verde y marrón, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. No había mar, es cierto, pero había una inmensidad que cortaba el aliento.

Arthur buscó una roca plana y grande, sacó un pañuelo inmaculado de su bolsillo y lo extendió para que ella se sentara sin mancharse el vestido.

—Lamentablemente, mi talento culinario no ha mejorado desde el viernes —dijo él, sacando un pequeño paquete envuelto en papel encerado de su bolsillo—, pero logré secuestrar unos bollos de pasas de la cocina antes de salir.

Alice rió, aceptando el bollo.

—Están un poco aplastados —observó con cariño.

—El viaje ha sido duro para ellos —bromeó él, sentándose a su lado en la hierba, sin importarle sus pantalones elegantes.

Comieron en silencio, observando el horizonte. El viento soplaba con fuerza allí arriba, libre de los obstáculos del valle. A Alice se le soltó un mechón de cabello de la cinta, y el viento lo empujó contra su rostro.

Antes de que ella pudiera apartarlo, Arthur levantó la mano. Con una delicadeza infinita, retiró el cabello de su mejilla y lo colocó detrás de su oreja. Sus dedos se demoraron un segundo en la piel de su mandíbula, un toque que quemó deliciosamente a pesar del aire frío.

—Alice —dijo él, su voz grave casi perdida en el viento—. Ayer me habló de su deseo de ver el mar. Hoy quería traerla aquí porque... bueno, este es el punto más alto de la región. Sé que no es el océano. Sé que solo son más colinas y más tierra. Pero quería que viera que el horizonte está ahí. Que no estamos atrapados.

Alice giró la cabeza para mirarlo. Sus rostros estaban a escasos centímetros. Podía ver las líneas finas alrededor de sus ojos cuando las entrecerraba por el sol, y la forma firme de sus labios.

—Es hermoso, Arthur —susurró ella—. Desde aquí, el valle no parece una jaula. Parece... un nido. Un punto de partida.

—Exacto —dijo él, deslizando su mano para cubrir la de ella, que descansaba sobre la roca—. Un punto de partida. No quiero que sienta nunca que su vida es pequeña, Alice. Usted tiene una mente y

un corazón demasiado grandes para eso. Si alguna vez se siente encerrada... quiero ser yo quien abra la puerta. O la ventana. O quien la lleve a la cima de la colina.

Alice sintió que las lágrimas picaban en sus ojos, no de tristeza, sino de una gratitud abrumadora. Nadie le había ofrecido nunca alas; todos esperaban que ella echara raíces.

—Me hace sentir capaz de volar, Arthur —confesó ella, con una sinceridad que le nació del alma—. Cuando estoy con usted, no soy solo la librera soltera de Oakhaven. Soy... soy más.

Arthur se inclinó un poco más hacia ella. El momento parecía suspendido en el tiempo. El viento, el sol, las colinas lejanas, todo desapareció. Solo existía la gravedad que tiraba de ellos, uno hacia el otro.

—Usted ya lo es todo, Alice —murmuró él, sus ojos recorriendo su rostro como si fuera el mapa de un tesoro—. Yo solo soy el hombre afortunado que ha tenido el privilegio de darse cuenta.

Por un instante, Alice pensó que la besaría. Su corazón se detuvo, esperando. Arthur bajó la mirada a sus labios, y la tensión fue tan dulce que dolió. Pero entonces, con un respeto casi doloroso, él se apartó ligeramente, tomando su mano y llevándosela a los labios para depositar un beso suave en sus nudillos, un gesto de adoración pura.

—Se está haciendo tarde —dijo él, con la voz un poco ronca—. El viento se está levantando y no me perdonaría si cogiera frío.

Alice asintió, aunque una parte de ella quería quedarse en esa colina para siempre, congelada en ese momento de casi-beso. Pero también sabía que el "casi" era una promesa en sí mismo. Una promesa de que había más por venir.

La bajada fue más fácil, pero también más íntima. Arthur no soltó su mano, entrelazando sus dedos con firmeza mientras descendían por el sendero. Hablaron de cosas triviales: de los libros que él estaba leyendo, de las travesuras de Jasper, de las flores que crecían

silvestres en los bordes del camino. Pero bajo las palabras sencillas, corría un río subterráneo de emoción nueva y poderosa.

Al llegar de nuevo a la entrada del pueblo, el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos lavanda y oro, los mismos colores de los crisantemos en su mostrador.

Se detuvieron en el cruce que llevaba a la librería.

—Gracias por mostrarme el mundo desde arriba —dijo Arthur.

—Gracias por invitarme a subir —respondió Alice.

Arthur apretó su mano una última vez antes de soltarla.

—Mañana es lunes —dijo él—. La realidad vuelve. Pero espero... espero que guarde un poco de este domingo con usted.

—Todo él —aseguró Alice—. Guardaré cada minuto.

Arthur sonrió, se tocó el borde del sombrero y comenzó a caminar hacia su casa solitaria. Alice se quedó mirando cómo se alejaba, pero esta vez no sintió la melancolía de la despedida. Al contrario, sentía una calidez radiante en el pecho, una certeza absoluta.

Mientras caminaba hacia su propia casa, Alice se dio cuenta de que ya no necesitaba imaginar el mar para sentir la inmensidad. La inmensidad estaba allí, en el toque de unos dedos sobre su mejilla y en la promesa de un horizonte compartido. Y por primera vez en su vida, Alice Moore no tuvo prisa por refugiarse en sus libros; su propia realidad empezaba a ser mucho mejor que cualquier ficción.

Capítulo 6: La Promesa de Tinta y Papel

El lunes llegó a Oakhaven no con el brillo dorado del domingo, sino con la sobriedad gris de la rutina. Las nubes bajas habían vuelto a descender sobre el valle, cubriendo las cimas de las colinas como si el mundo hubiera decidido cerrar las cortinas después del espectáculo del día anterior.

Para Alice Moore, despertar sola en su casa de campo se sintió, por primera vez en años, como una carencia. Mientras se preparaba el té del desayuno y alimentaba a Jasper, sus pensamientos volaban inevitablemente hacia la mansión en la colina. ¿Había sido real la conversación en Cresta Alta? ¿O había sido un espejismo provocado por la altitud y el viento? La duda, esa compañera insidiosa de los lunes por la mañana, intentaba colarse en su mente.

Al llegar a la librería, la realidad del pueblo se hizo presente. Si el domingo hubo miradas, el lunes hubo susurros. Mientras barría la entrada, Alice notó cómo dos vecinas cruzaban la acera solo para pasar más cerca y saludar con una curiosidad mal disimulada.

—Buenos días, Alice —dijo la señora Higgins, con los ojos brillando de intriga—. Te vimos ayer subiendo al sendero. Un paseo... vigorizante, supongo.

—Muy saludable, señora Higgins. El aire fresco es bueno para los pulmones —respondió Alice con una sonrisa educada pero firme, negándose a dar más detalles.

Entró en la tienda y cerró la puerta, apoyando la frente contra el cristal frío por un segundo. El señor Abernathy la observaba desde

su taburete con una expresión bondadosa.

—Deja que hablen, muchacha —dijo el anciano, limpiándose las gafas con un pañuelo—. La gente de Oakhaven no tiene otra cosa que hacer que tejer historias donde no tienen lana propia. Lo que importa es lo que tú sepas que es verdad.

—Lo sé, señor Abernathy —suspiró ella—. Es solo que... todo parece tan frágil. Como si una palabra equivocada pudiera romperlo.

La mañana transcurrió lenta. Cada vez que la campanilla sonaba, el corazón de Alice daba un salto, solo para descender suavemente al ver que era el cartero o un granjero buscando un almanaque. Arthur no apareció.

A las dos de la tarde, cuando la lluvia empezaba a repiquetear tímidamente contra los cristales, la puerta se abrió de nuevo. Pero no fue Arthur quien entró. Fue un muchacho joven, el hijo del jardinero que cuidaba los terrenos de la mansión Miller. Venía con las mejillas coloradas por el frío y una gorra calada hasta las cejas.

—¿Señorita Moore? —preguntó el chico, sacudiéndose el agua como un cachorro mojado.

—Sí, soy yo, Timmy. ¿Qué sucede?

—El señor de la casa grande... el señor Sterling —corrigió el chico, buscando en su morral de lona—, me pidió que le entregara esto personalmente. Dijo que era muy importante y que no debía dárselo a nadie más.

El chico sacó un paquete rectangular envuelto cuidadosamente en papel marrón y atado con un cordel de cáñamo. Alice sintió que las manos le temblaban al recibirlo. Le dio al chico una moneda por las molestias y este salió corriendo de vuelta a la lluvia.

Alice se llevó el paquete al mostrador, lejos de la vista del señor Abernathy, buscando un poco de privacidad. Desató el nudo con dedos torpes y retiró el papel.

Era el libro de Baladas Líricas de Wordsworth, el mismo que Arthur se había llevado el primer día. Pero algo había cambiado.

Sobresaliendo de entre las páginas, como un marcapáginas de lujo, había un sobre de papel grueso color crema, sellado con lacre rojo pero sin escudo, solo una "A" marcada en la cera.

Alice se sentó en su taburete, sintiendo que las piernas le fallaban. Rompió el sello con cuidado, tratando de no rasgar el papel, y desplegó la carta. La caligrafía de Arthur era firme, inclinada hacia la derecha, con trazos de tinta negra que denotaban una mano segura pero apasionada.

Mi querida Alice:

Le ruego me perdone por no presentarme en persona esta mañana. La "realidad del lunes" que mencioné ayer ha llegado en forma de abogados y documentos de Londres que requieren mi atención urgente y me tienen encadenado a este escritorio de caoba que, le aseguro, es mucho menos cómodo que la roca en Cresta Alta.

Sin embargo, me encontré incapaz de dejar pasar el día sin comunicarme con usted. Mientras intentaba concentrarme en cláusulas y contratos, mi mente volvía una y otra vez al viento en la colina y a la luz en sus ojos.

Le devuelvo a Wordsworth. Ha sido un excelente compañero, pero me temo que ya no lo necesito para encontrar poesía. He descubierto que la poesía más vibrante no está en las rimas de los muertos, sino en la conversación de los vivos, específicamente en la suya.

Si mira en la página 42, encontrará subrayada una estrofa. No se atreva a pensar que es presunción mía marcar sus libros; considérelo una anotación al margen de mi propio corazón.

Espero liberarme de estas cadenas de papel antes del anochecer. Si la lluvia lo permite, y si usted me lo permite, me gustaría pasar a verla antes del cierre. Necesito asegurarme de que el valle sigue siendo un nido y no una jaula.

Suyo, con impaciencia,

Arthur.

Alice presionó la carta contra su pecho, cerrando los ojos mientras una ola de calor la recorría de pies a cabeza. "Suyo, con impaciencia". Esas tres palabras valían más que toda la biblioteca entera.

Con dedos ansiosos, abrió el libro en la página 42. Allí, marcado con un trazo muy leve de lápiz, se leía un verso de Tintern Abbey:

"...mientras que con un ojo serenado por el poder de la armonía, y el profundo poder de la alegría, vemos dentro de la vida de las cosas."

Y al margen, escrito con la letra de Arthur: "Yo solo veo la vida cuando estoy con usted".

Alice tuvo que cubrirse la boca con la mano para ahogar un sollozo de felicidad. No era solo un coqueteo; era una conexión intelectual y espiritual. Él la leía a ella mejor que a cualquier libro.

Las horas siguientes pasaron en una neblina dorada. Alice atendió a los clientes con una sonrisa tan radiante que la vieja señora Gable se olvidó de regatear el precio de una revista. La lluvia arreció fuera, convirtiendo la calle en un río de barro, pero dentro de "El Tintero de Bronce", era primavera.

Faltaban quince minutos para las seis cuando la puerta se abrió con fuerza, empujada por una ráfaga de viento y un hombre decidido.

Arthur entró, empapado. Su abrigo oscuro goteaba, y su sombrero estaba arruinado por el agua, pero su rostro estaba iluminado por una urgencia febril.

—¡Arthur! —exclamó Alice, saliendo de detrás del mostrador—. ¡Está empapado! ¡No debería haber salido con este tiempo!

—Al diablo el tiempo —dijo él, quitándose el sombrero y lanzándolo descuidadamente sobre una silla—. Los abogados pueden esperar. La lluvia puede esperar. Yo no podía.

Cruzó la distancia que los separaba en tres zancadas largas. No la tocó, pero se detuvo tan cerca que el calor de su cuerpo irradiaba hacia ella, contrarrestando el frío que traía de fuera.

—¿Recibió el libro? —preguntó, con la voz un poco ronca, buscándole la mirada con intensidad.

—Sí —susurró Alice—. Y la nota. Y... la página 42.

Arthur exhaló, como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el día.

—Tenía miedo de haber sido demasiado atrevido. Escribir cosas es peligroso, Alice. Las palabras escritas no tienen tono de voz, no tienen la excusa del momento. Quedan fijas para siempre.

—Fue perfecto —le aseguró ella, atreviéndose a poner una mano sobre la manga mojada de su abrigo—. Fue lo más hermoso que he leído nunca. Y he leído mucho, Arthur Sterling.

Él sonrió, esa sonrisa torcida y vulnerable que hacía que las rodillas de Alice temblaran.

—Estaba sentado en esa casa enorme, escuchando la lluvia, y todo me parecía gris. Me di cuenta de que el color de Oakhaven no viene del paisaje, Alice. Viene de usted. Usted es el color de este lugar.

Alice sintió que el rubor le subía por el cuello.

—La gente está hablando, Arthur. Hoy me han mirado...

—Que hablen —interrumpió él con ferocidad, pero luego suavizó su tono—. Que hablen, Alice. Pero no dejaremos que sean solo chismes. Quiero hacer las cosas bien. No quiero esconder esto como si fuera un pecado. Quiero cortejarla, Alice Moore. Quiero que todo el pueblo sepa que si subo a la colina con usted, es porque no hay nadie más en la tierra con quien prefiera estar.

La palabra "cortejar" quedó suspendida en el aire, pesada y dulce como la miel. Era una palabra antigua, formal, llena de promesas y de intenciones serias. No era un pasatiempo de verano; era un camino hacia un futuro.

—¿Cortejarme? —repitió ella, apenas un hilo de voz—. ¿A la librera sencilla del valle?

Arthur levantó la mano y, con un dedo, le levantó el mentón suavemente para que no pudiera desviar la mirada.

—A la mujer que me enseñó a elegir manzanas. A la mujer que sueña con el mar. A la única mujer que hace que el silencio sea un idioma que quiero hablar el resto de mi vida. Sí, quiero cortejarla. Si usted me da permiso, claro.

Alice miró esos ojos ámbar, tan honestos, tan llenos de una devoción que ella nunca creyó merecer. Pensó en su vida tranquila, en sus libros de cuentas, en su soledad segura. Y luego pensó en la carta en su bolsillo, quemando contra su corazón.

—Tiene mi permiso, Arthur —dijo ella, y su voz sonó firme y clara—. Y tiene mi corazón, me temo que ya se adelantó a pedir permiso para eso.

Arthur soltó una risa suave, de puro alivio, y por primera vez, rompió la última barrera del decoro dentro de la tienda. Tomó las manos de Alice entre las suyas, las levantó y besó las palmas, una por una, con una reverencia que se sentía sagrada.

—Entonces, que llueva —murmuró él contra su piel—. Mañana traeré un paraguas más grande. Y pasado mañana también. Y todos los días que haga falta hasta que salga el sol.

El señor Abernathy, desde el fondo de la tienda, hizo un ruido sospechosamente parecido a un carraspeo de aprobación y se retiró discretamente a la bodega, dejándolos solos en la penumbra iluminada por las lámparas de aceite.

Mientras la lluvia golpeaba el techo, encerrándolos en su propio mundo, Alice supo que el lunes ya no era el enemigo. El lunes era simplemente el primer día de una promesa escrita en tinta y sellada con una mirada color ámbar. La realidad había vuelto, sí, pero era una realidad mucho mejor que cualquier sueño que hubiera tenido jamás.

Capítulo 7: Un Invierno de Manos Cálidas

La semana siguiente a la declaración de Arthur trajo consigo el primer aliento verdadero del invierno a Oakhaven. El viento, que antes solo jugaba con las hojas secas, ahora soplaba con una mordida helada que se colaba por debajo de las puertas y a través de los marcos de las ventanas. El valle, encerrado entre sus montañas protectoras, se convirtió en una copa de escarcha plateada.

En la librería "El Tintero de Bronce", Alice luchaba su propia batalla silenciosa contra el clima. Aunque la estufa de hierro en el centro de

la tienda rugía valientemente, alimentada por el leal señor Abernathy, el frío parecía tener una afinidad especial por los rincones donde Alice pasaba sus horas revisando inventarios y ordenando volúmenes.

Era miércoles por la tarde. El cielo estaba de un blanco lechoso, prometiendo nieve antes del anochecer. Alice se frotó las manos, intentando devolverles la circulación. Sus dedos, enrojecidos y entumecidos, apenas podían sostener la pluma con firmeza para anotar la venta de un diccionario de latín.

—Deberías ir a casa temprano, muchacha —gruñó el señor Abernathy desde su silla—. Se te van a congelar hasta las ideas.

—Estoy bien, señor Abernathy. Solo necesito terminar estas cuentas —respondió ella, forzando una sonrisa, aunque sus pies dentro de las botas de cuero se sentían como dos bloques de hielo.

La campanilla de la puerta sonó, no con un tintineo ligero, sino con un repique fuerte provocado por una entrada decidida.

Arthur entró, trayendo consigo una ráfaga de aire polar, pero su presencia llenó instantáneamente la habitación de una energía cálida. Llevaba un abrigo grueso de lana azul marino que hacía resaltar la anchura de sus hombros y unos guantes de piel oscura. Sus mejillas estaban encendidas por el frío, lo que hacía que sus ojos ámbar brillaran con más intensidad al posarse sobre ella.

Desde aquel lunes lluvioso, Arthur había cumplido su promesa al pie de la letra. No había pasado un solo día sin que visitara la librería. A veces se quedaba una hora, a veces solo diez minutos para dejarle un periódico de Londres o una flor de invierno resistente, pero siempre estaba allí. El pueblo ya no susurraba; ahora observaba con una especie de respeto reverencial, como si estuvieran presenciando el desarrollo de una obra de teatro favorita.

—Buenas tardes, Arthur —saludó Alice. Su nombre en sus labios ya no sonaba vacilante, sino natural, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Arthur no respondió de inmediato. Se quitó el sombrero y se acercó al mostrador, frunciendo el ceño ligeramente mientras la observaba.

—Alice —dijo, su voz grave bajando a ese tono de preocupación que a ella le hacía sentir mariposas en el estómago—. Está temblando.

—Es solo un poco de frío. La librería es antigua y las corrientes de aire son... persistentes —intentó restarle importancia, escondiendo sus manos bajo el mostrador.

Pero Arthur no era un hombre que se dejara engañar fácilmente. Sin pedir permiso, rodeó el mostrador, invadiendo su espacio personal de esa manera que, en cualquier otro hombre, hubiera sido una ofensa, pero en él se sentía como un refugio.

—Déjeme ver sus manos —ordenó suavemente.

Alice dudó un segundo, pero sacó las manos. Estaban pálidas, con los nudillos enrojecidos por el frío. Arthur se quitó sus propios guantes rápidamente y tomó las manos de ella entre las suyas. Sus palmas eran grandes, ásperas y maravillosamente calientes.

Alice soltó un suspiro involuntario ante el contacto. El calor de él se filtró en su piel helada, enviando oleadas de alivio hasta sus muñecas y brazos.

—Están heladas —murmuró Arthur, frotando suavemente sus pulgares sobre el dorso de las manos de ella—. Esto es inaceptable, Alice. No puedo permitir que la guardiana de las historias se congele mientras trabaja.

—No es para tanto, Arthur. Siempre tengo las manos frías en invierno. Mi madre solía decir que manos frías significan corazón cálido.

Arthur levantó la vista de sus manos y la miró a los ojos. La intensidad de su mirada la dejó clavada en el sitio.

—De su corazón cálido no tengo ninguna duda —dijo él—. Pero prefiero que sus manos también lo estén. —Soltó una de sus manos para buscar en el bolsillo interior de su abrigo—. Tenía la intención

de esperar hasta Navidad, pero viendo que el invierno de Oakhaven no tiene paciencia, yo tampoco la tendré.

Sacó un paquete pequeño envuelto en papel de seda blanco.

—Arthur... no es necesario... —empezó a protestar Alice, sintiendo el rubor subir a sus mejillas.

—Es absolutamente necesario. Ábralo, por favor.

Con dedos un poco torpes, Alice deshizo el envoltorio. Dentro había un par de guantes. Pero no eran unos guantes cualquiera. Eran de piel de cabritilla, del color de la crema batida, tan suaves que parecían líquidos al tacto. Al mirar dentro, vio que estaban forrados completamente de una piel de conejo densa y sedosa.

—Son... son hermosos —susurró Alice, acariciando el cuero—. Nunca he tenido algo tan fino. Son demasiado elegantes para trabajar en la tienda.

—Están hechos para ser usados, no para ser admirados en una caja —dijo Arthur. Tomó el guante derecho y, con una delicadeza infinita, se lo colocó a Alice. Deslizó el cuero sobre sus dedos, ajustándolo con cuidado en cada falange, como si estuviera vistiendo a una reina. Alice sintió el calor inmediato, suave y lujoso, envolviendo su mano.

Cuando tuvo ambos guantes puestos, Arthur volvió a tomar sus manos enguantadas entre las suyas.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mucho mejor —respondió ella, con la voz temblorosa de emoción —. Gracias, Arthur. Son el regalo más considerado que me han hecho nunca.

—Solo quiero que esté bien, Alice. Que esté cómoda. —Hizo una pausa, y una sonrisa traviesa cruzó su rostro—. Además, tengo un motivo egoísta. Quería invitarla a dar un paseo para ver cómo la escarcha ha cubierto los árboles del parque, y no quería que la excusa del frío me privara de su compañía.

Alice rió. Era imposible decirle que no.

—Creo que con estos guantes podría caminar hasta el Polo Norte.

—El parque será suficiente por hoy.

Salieron juntos a la tarde gris. El aire era cortante, pero Alice se sentía invencible con sus manos abrigadas y el brazo de Arthur bajo el suyo. Caminaron hacia el pequeño parque en el centro del pueblo, donde los bancos de hierro estaban cubiertos de hielo y los árboles parecían esculturas de cristal.

Mientras paseaban, se encontraron con el vicario y su esposa. En otro momento, Alice se habría sentido cohibida, tal vez habría intentado poner un poco de distancia entre ella y Arthur. Pero hoy, con el calor de los guantes recordándole que alguien se preocupaba profundamente por su bienestar, mantuvo su mano firmemente sujeta al brazo de él.

—Buenas tardes, señor Sterling, señorita Moore —saludó el vicario con una sonrisa benevolente.

—Reverendo —respondió Arthur con una inclinación de cabeza cortés, pero sin detener el paso, simplemente aminorando—. Hermosa tarde para admirar la creación, ¿no le parece?

—Ciertamente, aunque un poco fría para mi gusto —comentó la esposa del vicario, mirando con curiosidad los guantes nuevos de Alice.

—El frío es solo una cuestión de perspectiva cuando se tiene la compañía adecuada y el abrigo correcto —dijo Arthur, dándole una palmadita suave a la mano de Alice que reposaba en su brazo.

Fue un gesto público de posesión y protección tan claro que la esposa del vicario abrió ligeramente los ojos, comprendiendo el mensaje implícito: Ella está conmigo. Y yo cuido de ella.

Continuaron su camino, dejando atrás a la pareja. Alice miró a Arthur de reojo.

—Le gusta hacer eso, ¿verdad? —preguntó.

—¿Hacer qué? —dijo él con inocencia fingida.

—Dejar claro a todo el mundo que... bueno, que estamos caminando juntos.

Arthur se detuvo bajo un roble antiguo cuyas ramas desnudas formaban un arco sobre ellos. Se giró hacia ella, tomando sus manos enguantadas y llevándolas hacia su pecho, justo sobre su corazón. Alice podía sentir el latido fuerte y constante a través de las capas de ropa y cuero.

—Alice, he pasado mi vida siendo discreto, siendo correcto, siguiendo las normas de una sociedad fría en Londres. Aquí, con usted, no quiero ser discreto. Quiero que el mundo sepa, que el viento sepa, que hasta las piedras de este camino sepan que mi lugar está a su lado. —Apretó sus manos un poco más fuerte—. No quiero que nadie en este pueblo tenga la menor duda de que la valoro más que a nada. Quiero protegerla de las habladurías dándoles una verdad tan sólida que no puedan torcerla.

Alice sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, calientes y dulces.

—Arthur... nunca nadie me había hecho sentir tan... segura.

—Esa es mi intención —murmuró él, inclinándose un poco. Su rostro estaba tan cerca que el vaho de sus respiraciones se mezclaba en el aire frío—. Usted me da paz, Alice. Déjeme darle seguridad. Déjeme darle calor.

Por un momento, el tiempo se detuvo. Alice cerró los ojos, sintiendo la promesa de un beso flotando en el aire, una posibilidad eléctrica. Arthur rozó su frente con la suya, un gesto de intimidad que era a la vez casto y profundamente apasionado.

—Vamos —susurró él contra su piel—, empieza a nevar.

Alice abrió los ojos y vio los primeros copos, delicados y perfectos, cayendo del cielo blanco. Uno aterrizó en la pestaña oscura de Arthur y se derritió al instante.

Regresaron a la librería bajo la nevada suave, caminando más cerca el uno del otro de lo que la estricta propiedad dictaba, pero

exactamente donde sus corazones necesitaban estar.

Al llegar a la puerta de "El Tintero de Bronce", Arthur no entró.

—Tengo asuntos que terminar en casa antes de que la nieve cierre el camino a la colina —dijo él con pesar—. Pero la veré mañana.

—Mañana —prometió Alice.

Arthur tomó su mano derecha, la llevó a sus labios y besó el cuero suave del guante, justo sobre sus nudillos.

—Mantenga las manos calientes, Alice. Y sueñe conmigo.

—Siempre lo hago, Arthur.

Él se alejó calle arriba, su figura oscura volviéndose borrosa entre los copos que caían cada vez con más fuerza. Alice entró en la tienda, donde el señor Abernathy ya había encendido una lámpara extra.

—Bonitos guantes —comentó el anciano sin levantar la vista de su libro.

Alice se quitó uno lentamente, sintiendo que su mano, por primera vez en muchos inviernos, estaba perfectamente cálida. Y supo que el calor no venía solo de la piel de conejo, sino del amor de un hombre que se había dado cuenta de que tenía frío antes de que ella misma lo admitiera.

—Sí, señor Abernathy —dijo Alice, mirando la nieve caer fuera con una sonrisa soñadora—. Son los guantes más cálidos del mundo.

Capítulo 8: Luces de Invierno y Promesas de Cristal

Diciembre llegó a Oakhaven cubriendo el valle con un manto blanco y silencioso que amortiguaba el ruido de los carruajes y hacía que las luces de las ventanas brillaran con una calidez dorada y acogedora. El pueblo entero parecía contener la respiración en anticipación a las festividades, y en ningún lugar se sentía más ese espíritu que en la librería "El Tintero de Bronce".

Para Alice Moore, la primera semana de diciembre siempre significaba una cosa: la decoración del escaparate principal. Era una tradición que había mantenido desde que era niña, ayudando a su padre a colocar guirnaldas de acebo y figuras de madera tallada entre los libros. Pero este año, la tarea tenía un matiz diferente. No sentía la nostalgia melancólica de años anteriores, sino una burbujeante alegría que la hacía tararear villancicos mientras desempolvaba las cajas de adornos en la trastienda.

Era martes por la tarde y la nieve caía suavemente fuera. El señor Abernathy se había marchado temprano para evitar el hielo en los caminos, dejando a Alice sola con su tarea.

—Muy bien, Jasper —dijo Alice, mirando al gato que dormitaba sobre una pila de periódicos—, tú supervisas desde ahí abajo. Yo me encargo de las alturas.

Alice arrastró la vieja escalera de madera hacia el escaparate. Tenía en las manos una larga guirnalda de pino fresco, entrelazada con cintas de terciopelo rojo y pequeñas campanas de latón. Su objetivo era colgarla en la parte superior del marco de la ventana, pero la escalera crujía de manera inquietante y, a pesar de estirarse sobre la

punta de los pies, le faltaban unos centímetros para alcanzar el gancho central.

—Solo... un poco... más —murmuró, estirando el brazo hasta que le dolió el hombro.

La campanilla de la puerta sonó, seguida de una ráfaga de aire frío y unos pasos firmes que ya conocía de memoria.

—Si esa escalera se mueve un centímetro más, me temo que tendré que arrestarla por atentar contra la seguridad de la librera más encantadora del condado —dijo una voz profunda y divertida a sus espaldas.

Alice se giró con cuidado, bajando los brazos pero sin descender de la escalera. Arthur estaba allí, sacudiéndose la nieve de los hombros de su abrigo. Su rostro estaba iluminado por esa sonrisa que parecía reservada solo para ella, una mezcla de admiración y ternura que siempre lograba acelerarle el pulso.

—Arthur —exclamó ella, sintiendo que el calor le subía a las mejillas —. Llegaste justo a tiempo para salvarme de una caída indigna.

—Siempre a su servicio, señorita Moore —respondió él, acercándose rápidamente.

Con movimientos eficientes, Arthur se quitó el abrigo y los guantes, dejándolos sobre el mostrador. Debajo llevaba un chaleco de brocado gris perla y una camisa blanca impoluta, arremangada hasta los codos, revelando unos antebrazos fuertes que contrastaban con la delicadeza de los libros que lo rodeaban.

—Baje de ahí, por favor —pidió él, extendiéndole una mano para ayudarla—. Esos ganchos están demasiado altos. Permítame ser su herramienta de altura hoy.

Alice aceptó su mano, sintiendo la firmeza de su agarre mientras descendía. Una vez en el suelo, le entregó la guirnalda.

—Tiene que ir en el centro, y luego caer hacia los lados en forma de arco —instruyó ella, intentando sonar profesional a pesar de lo cerca que él estaba.

Arthur tomó la guirnalda con cuidado, como si fuera una joya, y subió a la escalera sin ningún esfuerzo. Con su altura, ni siquiera tuvo que estirarse mucho para alcanzar el marco superior.

—¿Aquí? —preguntó, mirando hacia abajo.

—Un poco más a la izquierda... ¡Ahí! Perfecto.

Mientras Arthur acomodaba las ramas de pino y las cintas, Alice lo observaba desde abajo. Había algo increíblemente doméstico y conmovedor en ver a ese hombre elegante y culto realizando una tarea tan sencilla para ella.

—Nunca había decorado una ventana —confesó Arthur desde las alturas, ajustando una campana de latón—. En mi casa familiar en Londres, los sirvientes se encargaban de todo. Un día la casa era normal, y a la mañana siguiente parecía un palacio de invierno. Nunca vi el proceso, solo el resultado. Era... hermoso, supongo, pero frío. Perfecto e intocable.

Terminó de fijar la guirnalda y bajó de la escalera, girándose para mirarla.

—Esto me gusta más. Huele a pino de verdad, no a perfume. Y tiene su toque.

Alice se acercó a la caja de adornos y sacó un objeto envuelto en tela. Lo desenvolvió con cuidado, revelando una estrella de madera tallada a mano, pintada de dorado, con los bordes un poco desgastados por el tiempo.

—Mi padre talló esto el año que nací —dijo ella suavemente, pasando el dedo por una de las puntas—. Siempre la ponía él. Decía que era la estrella que guiaba a los lectores perdidos hacia el refugio de los libros.

Levantó la vista hacia Arthur y le tendió la estrella.

—¿Le gustaría ponerla usted este año?

Arthur se quedó inmóvil, mirando la estrella y luego a los ojos de Alice. La emoción en su rostro fue palpable; una mezcla de sorpresa y gratitud profunda. Sabía lo que ese gesto significaba. No le estaba

pidiendo simplemente ayuda; le estaba invitando a formar parte de su historia, de su familia, de sus recuerdos más sagrados.

—Alice... —su voz se quebró ligeramente—. Sería un honor. Más grande del que merezco.

Tomó la estrella con una reverencia casi religiosa. Volvió a subir a la escalera y la colocó en el punto más alto de la guirnalda, asegurándose de que quedara perfectamente recta.

Cuando bajó, no se apartó. Se quedó de pie frente a ella, en el pequeño espacio entre el escaparate y las estanterías, rodeados por el olor a pino y libros viejos. La luz de las farolas de la calle se filtraba a través del cristal, iluminando los copos de nieve que caían fuera y reflejándose en sus ojos ámbar.

—Ha quedado precioso —susurró Alice, mirando la ventana, aunque en realidad solo podía sentir la presencia de él.

—Sí —dijo Arthur, pero no miraba la ventana. La miraba a ella—. Precioso.

El silencio que cayó sobre ellos no fue incómodo; fue denso, cargado de electricidad y dulzura. Arthur dio un paso más cerca, invadiendo suavemente su espacio, y Alice no retrocedió. Al contrario, levantó la barbilla, su corazón latiendo tan fuerte que temía que él pudiera escucharlo en el silencio de la tienda.

—Alice —dijo él, su voz bajando a un susurro ronco—, me ha dado un lugar en su pueblo, en sus paseos, en sus lecturas... y ahora en sus tradiciones. No sé qué he hecho para merecer tanta generosidad, pero pretendo pasar el resto de mi vida intentando compensarla.

—Solo tiene que seguir siendo usted, Arthur —respondió ella, su voz temblorosa—. Solo tiene que quedarse.

Arthur levantó una mano y acarició su mejilla con el dorso de los dedos, un toque tan suave como la nieve que caía fuera.

—No podría irme aunque quisiera. Mi brújula ya no apunta al norte, Alice. Apunta hacia donde usted esté.

Se inclinó lentamente, dándole todo el tiempo del mundo para apartarse si así lo deseaba. Pero Alice no quería apartarse. Cerró los ojos y se inclinó imperceptiblemente hacia él.

Cuando sus labios finalmente se encontraron, no fue un choque de pasiones tormentosas, sino un aterrizaje suave, como llegar a casa después de un largo viaje. Los labios de Arthur eran cálidos y firmes, moviéndose con una ternura exquisita contra los de ella. Fue un beso casto, dulce, pero cargado de una promesa tan profunda que hizo temblar los cimientos del mundo de Alice.

Sus manos subieron instintivamente para aferrarse a las solapas de su chaleco, anclándose a él, mientras la mano de Arthur se deslizaba desde su mejilla hasta su nuca, sosteniéndola con cuidado, profundizando el beso solo un poco, saboreando el momento.

Se separaron lentamente, con las frentes unidas, respirando el mismo aire. Alice abrió los ojos y vio que el ámbar de los de Arthur se había oscurecido por la emoción.

—Feliz Navidad, Alice —susurró él contra sus labios.

—Feliz Navidad, Arthur —respondió ella, sonriendo con una felicidad que le iluminaba el alma.

Fuera, la nieve seguía cubriendo Oakhaven, borrando los caminos y silenciando el mundo. Pero dentro de la librería, bajo la luz de una estrella de madera vieja y una guirnalda de pino, dos corazones acababan de encontrar su propio milagro de invierno. Y Alice supo, con una certeza absoluta, que ese beso era solo el primer verso de la balada más hermosa que jamás se hubiera escrito.

Capítulo 9: Un Vals de Terciopelo Azul

Los días posteriores al beso en la librería transcurrieron en una especie de ensoñación luminosa para Alice. Aunque la nieve seguía acumulándose en los alféizares de Oakhaven y el viento aullaba por las noches, ella vivía en un eterno verano interior. Cada vez que la campanilla de la puerta sonaba y Arthur entraba, se producía un

intercambio de miradas que valía más que mil palabras; era un secreto compartido, una electricidad suave que hacía que incluso catalogar libros viejos pareciera la tarea más romántica del mundo.

Sin embargo, el pueblo tenía sus propios ritmos y exigencias. Se acercaba el Gran Baile del Solsticio, el evento social más importante del año en Oakhaven, organizado por el alcalde en el salón del ayuntamiento. Tradicionalmente, Alice asistía sola, se quedaba en un rincón conversando con las matronas, tomaba un vaso de ponche y regresaba a casa antes de la medianoche, contenta pero invisible.

Pero este año, todo era diferente.

Faltaban dos días para el baile cuando Arthur abordó el tema. Estaban en la librería, tomando el té de la tarde que ya se había convertido en un ritual sagrado.

—Supongo —dijo Arthur, dejando su taza con cuidado sobre el plato —, que ya ha reservado el primer vals para mí. Y el segundo. Y, si soy lo suficientemente afortunado y persuasivo, también el último.

Alice sintió un nudo de nerviosismo en el estómago.

—Arthur... yo no estaba segura de ir este año.

Él la miró con genuina sorpresa, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Por qué no? Todo el pueblo estará allí. Es la celebración de la luz en medio del invierno. Y, egoístamente, he estado practicando mis pasos de baile en la soledad de mi salón solo para no pisarle los pies.

Alice bajó la mirada hacia sus manos, jugando con el borde de su delantal.

—Es que... bueno, Arthur, tú has estado en los salones de Londres. Has bailado con damas vestidas de seda francesa y joyas verdaderas. Yo soy la librera del pueblo. Mi mejor vestido tiene tres años y lo he zurcido dos veces. No quiero... no quiero avergonzarte.

El silencio que siguió fue breve, pero pesado. Luego, Alice sintió la mano de Arthur posarse sobre la suya, deteniendo su inquieto movimiento.

—Míreme, Alice —pidió él con voz suave pero imperativa.

Cuando ella levantó la vista, encontró sus ojos ámbar ardiendo con una intensidad feroz.

—Escúcheme bien. He estado en esos salones de Londres. He visto las sedas y las joyas. Y le aseguro, por todo lo que es sagrado, que ninguna de esas mujeres tenía la mitad de la luz que usted tiene cuando habla de un libro que ama, o cuando sonríe al ver caer la nieve. No me importa el vestido, Alice. Me importa la mujer que lo lleva. Si fuera vestida con un saco de arpillera, seguiría siendo la persona más radiante de la sala para mí.

Alice sintió que las lágrimas picaban en sus ojos, pero esta vez no eran de inseguridad, sino de alivio.

—Entonces —dijo ella, con una sonrisa temblorosa—, supongo que tendré que buscar mis zapatos de baile.

La noche del baile, Alice estaba frente al espejo de cuerpo entero en su habitación. Había trabajado incansablemente las dos últimas noches transformando su viejo vestido. Era de terciopelo azul noche, un color profundo y rico que contrastaba maravillosamente con su piel pálida. Había cambiado el encaje viejo de los puños por una cinta de raso plateada que había encontrado en el fondo de un baúl de su madre, y había recogido su cabello en un peinado alto, dejando caer algunos rizos suaves sobre su cuello, adornados con pequeñas horquillas de perlas falsas.

No era un vestido de París, pero cuando se miró, no vio a la librera tímida. Vio a una mujer enamorada.

A las ocho en punto, se oyó el sonido de cascos de caballos y ruedas sobre la nieve compacta. Alice tomó su capa, respiró hondo para calmar el aleteo de su corazón y abrió la puerta.

Arthur estaba al pie de los escalones de su porche, junto a un carruaje negro alquilado para la ocasión. Llevaba un traje de etiqueta impecable, con un chaleco blanco y una corbata de lazo negra que le daba un aire de distinción aristocrática casi intimidante. Pero cuando la vio salir, se quedó inmóvil.

Su mirada recorrió a Alice desde los zapatos hasta el último rizo de su cabello, y su expresión se suavizó en una de pura reverencia.

—Dios mío —murmuró él cuando ella llegó a su altura—. Le dije que sería la más radiante, pero creo que me quedé corto. Parece usted la reina de la noche, Alice.

—Es solo terciopelo viejo y un poco de imaginación —dijo ella, ruborizándose.

—Es perfección —corrigió él, tomándola de la mano para ayudarla a subir al carruaje—. Absoluta perfección.

El trayecto hacia el ayuntamiento fue corto, pero mágico. Dentro del carruaje oscuro, Arthur no soltó su mano ni un instante, acariciando su pulgar sobre los guantes nuevos que él le había regalado.

Al llegar, la música de una pequeña orquesta de cuerdas ya se escuchaba desde la calle. El salón estaba decorado con cientos de velas, guirnaldas de acebo y lazos rojos. El aire olía a cera caliente, ponche de especias y perfume de lavanda.

Cuando Arthur y Alice entraron en el salón, hubo un momento perceptible en el que las conversaciones se detuvieron. Oakhaven era un pueblo pequeño, y ver al misterioso y rico forastero del brazo de la querida librera, ambos luciendo tan elegantes y compenetrados, fue un espectáculo que alimentaría las charlas durante meses.

Pero a Alice, sorprendentemente, no le importó. Con el brazo de Arthur firme bajo el suyo, se sentía protegida por una armadura invisible.

—No mire a nadie —le susurró Arthur al oído, notando su ligera tensión—. Solo míreme a mí. Estamos solos tú y yo.

La orquesta comenzó a tocar los primeros acordes de un vals lento y melodioso. Arthur se giró hacia ella y le hizo una reverencia formal, tan perfecta que algunas jóvenes al otro lado del salón suspiraron audiblemente.

—¿Me concede el honor, señorita Moore?

—El honor es mío, señor Sterling.

Arthur colocó una mano en su cintura, un toque firme y respetuoso, y tomó su otra mano. Cuando empezaron a moverse, Alice se dio cuenta de que no había olvidado cómo bailar; o quizás era que Arthur guiaba con tal maestría que era imposible equivocarse. Giraban por la pista como si fueran una sola entidad, fluyendo con la música.

El mundo a su alrededor se desdibujó en manchas de color y luz. Lo único nítido eran los ojos de Arthur, fijos en los de ella, y la sensación de su mano en su espalda.

—¿Sabe en qué estoy pensando? —preguntó Arthur suavemente mientras giraban cerca de los grandes ventanales.

—¿En que espera no pisarme el vestido? —bromeó ella, sin aliento.

—Estoy pensando —dijo él, ignorando su broma con una sonrisa tierna— que he asistido a bailes en Viena donde la música era interpretada por orquestas imperiales, y en París donde el champán fluía como agua. Pero nunca, en toda mi vida, he sido tan feliz como en este salón municipal con suelo de madera que cruje, bailando con usted.

Alice sintió que el corazón se le hinchaba hasta doler de pura felicidad.

—Yo nunca había bailado un vals así, Arthur. Siempre miraba desde la orilla. Gracias por sacarme a la pista.

Arthur la atrajo imperceptiblemente un poco más cerca, rompiendo por un milímetro más la distancia social, creando una burbuja de intimidad en medio de la multitud.

—Alice, no quiero sacarla a la pista solo por una noche. Quiero bailar con usted todos los bailes que nos queden. Quiero verla brillar así cada día, no solo en Navidad.

La música llegó a su crescendo y terminó con una nota larga y vibrante. Arthur y Alice se detuvieron, respirando un poco agitados, pero sin soltarse. Se quedaron allí, en el centro del salón, mirándose

mientras los aplausos estallaban a su alrededor. Pero para ellos, el aplauso era lejano, como el sonido de la lluvia en otro tejado.

—¿Tiene sed? —preguntó Arthur finalmente, recuperando la compostura social pero sin perder el brillo en la mirada.

—Un poco de ponche sería maravilloso —admitió ella.

Arthur la guio hacia la mesa de refrescos con un orgullo evidente, presentándola a quienes se acercaban a saludar no como "la librera", sino con una deferencia que la elevaba a su nivel, o incluso por encima.

Más tarde esa noche, salieron al balcón de piedra del ayuntamiento para tomar un poco de aire fresco. La nieve había dejado de caer y el cielo se había despejado, mostrando un tapiz de estrellas brillantes sobre el valle dormido.

Alice se apoyó en la barandilla de piedra, sintiendo el contraste del aire helado con el calor del baile en sus mejillas. Arthur se colocó detrás de ella, lo suficientemente cerca para darle calor sin tocarla, una presencia sólida y reconfortante.

—Mira allá —dijo Arthur, señalando hacia el sur, donde la luna iluminaba las crestas de las montañas—. Más allá de esas montañas está el mar que quiere ver. Y prometo que iremos.

Alice se giró para quedar frente a él, apoyando la espalda en la barandilla.

—Ya no tengo tanta prisa, Arthur.

—¿No? —preguntó él, divertido.

—No —dijo ella, levantando la mano para acomodar la solapa de su abrigo—. Porque me he dado cuenta de que la aventura no es el lugar al que vas, sino con quién vas. Y ahora mismo, estar aquí, en este balcón, contigo... se siente más emocionante que cualquier océano.

Arthur ahogó un gemido suave y tomó la mano que descansaba en su solapa, besando la palma con devoción.

—Me está malcriando, Alice. Va a hacer que no quiera salir nunca de Oakhaven.

—Oh, saldremos —aseguró ella con una sonrisa traviesa—. Pero siempre tendremos un lugar al que volver.

Bajo la luz de la luna y las estrellas de invierno, Arthur se inclinó y la besó de nuevo, no con la timidez de la librería, sino con la seguridad de un hombre que sabe que tiene entre sus brazos a su destino. Fue un beso que sabía a promesa, a futuro y a un amor tan profundo y sereno como la noche que los rodeaba. Y Alice, envuelta en su vestido de terciopelo azul, supo que ese era el mejor regalo de Navidad que la vida podía haberle dado.

Capítulo 10: Un Hogar para el Corazón

La Víspera de Navidad descendió sobre Oakhaven con una solemnidad mágica. La nieve, que había estado cayendo intermitentemente durante días, se detuvo justo al atardecer, dejando el mundo cubierto por un silencio algodonoso y puro, roto solo por el lejano tañido de las campanas llamando a la Misa del Gallo. Sin embargo, para Alice Moore, la verdadera celebración no tendría lugar en los bancos de la iglesia ni en el salón del ayuntamiento, sino en la pequeña sala de estar de su cabaña en Lane's End.

Desde temprano, la casa se había llenado de aromas que evocaban recuerdos de infancia: canela, clavo, naranja asada y el olor rico y terroso de un asado cocinándose lentamente en el horno de leña. Alice se movía por la cocina con un delantal blanco sobre su vestido de lana color granate, tarareando suavemente mientras terminaba de preparar la salsa de arándanos.

Jasper, el gato, la observaba desde su posición estratégica frente a la chimenea, con los ojos entrecerrados de placer. La cabaña, aunque modesta, brillaba. Alice había colocado ramas de acebo sobre la repisa de la chimenea y encendido docenas de velas que

hacían bailar las sombras en las paredes de yeso, creando un refugio dorado contra la noche azulada del exterior.

El reloj de pared marcó las siete. Un instante después, tres golpes firmes y familiares sonaron en la puerta de roble.

Alice se alisó el delantal, respiró hondo para calmar la anticipación que le hacía cosquillas en el estómago y fue a abrir.

Al otro lado del umbral, Arthur Sterling parecía la encarnación misma del espíritu navideño, aunque uno vestido con un abrigo de lana oscura y cargado de paquetes envueltos en papel brillante.

—Feliz Navidad, Alice —dijo él, y su voz profunda pareció calentar el aire frío de la entrada al instante.

—Feliz Navidad, Arthur. Entra, por favor, antes de que te conviertas en un muñeco de nieve.

Arthur entró, sacudiéndose unos pocos copos de los hombros, y dejó los paquetes sobre la mesa de la entrada con cuidado. Cuando se giró hacia ella, sus ojos ámbar recorrieron su figura con esa mezcla de adoración y respeto que todavía hacía que Alice se sonrojara como una colegiala.

—Huele a gloria aquí dentro —comentó él, inspirando profundamente mientras se quitaba los guantes—. Y se siente... se siente como debería sentirse la Navidad. En la mansión Miller, el eco de mis propios pasos es lo único que suena en los pasillos. Aquí, hasta el silencio parece tener música.

—Es el asado, espero que no se haya secado —dijo Alice con modestia, ayudándole a colgar su abrigo—. Y el vino caliente con especias.

—No me refería a la comida, aunque estoy seguro de que será exquisita —Arthur se acercó y tomó sus manos, besándolas suavemente—. Me refería a ti. Tú eres el calor de esta casa, Alice.

Cenaron en la pequeña mesa redonda junto a la ventana, que Alice había vestido con su mejor mantel de lino bordado. La conversación fluyó fácil y sin prisas, llena de risas suaves y silencios cómodos que

no necesitaban ser llenados. Hablaron de los libros que habían leído esa semana, de las excentricidades de la señora Gable en el mercado y de cómo el pueblo parecía haber aceptado tácitamente que Arthur y Alice eran ahora una entidad indivisible.

Arthur comió con un apetito que Alice no le había visto antes, elogiando cada plato como si fuera un banquete real.

—Nunca había disfrutado tanto de una cena —confesó él, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. En Londres, las cenas de Navidad eran eventos interminables de doce platos, con platería fría y conversaciones aún más frías sobre política y negocios. Esto... este asado, este vino, esta mesa... esto es vida.

Al terminar, se trasladaron a la alfombra frente a la chimenea. Arthur se sentó en el suelo, estirando sus largas piernas, y Alice se acomodó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro mientras observaban las llamas danzar. Jasper, traicionando su lealtad habitual, se ovilló en el regazo de Arthur, ronroneando como un motor pequeño cuando este le acarició detrás de las orejas.

—Creo que he sido reemplazada —bromeó Alice suavemente.

—Jamás —respondió Arthur, pasando su brazo libre alrededor de los hombros de ella y atrayéndola más cerca—. Jasper solo reconoce una buena fuente de calor, pero mi corazón sabe exactamente a quién pertenece.

Se quedaron así un rato, disfrutando de la paz absoluta. Luego, Arthur se aclaró la garganta y señaló hacia la mesa de la entrada.

—He traído algo para ti. Sé que acordamos no hacer grandes gastos, pero... bueno, soy débil cuando se trata de querer verte sonreír.

Alice se incorporó.

—Yo también tengo algo para ti, Arthur. Aunque temo que no es tan elegante como lo que tú podrías conseguir en la ciudad.

Fue hacia un cajón de su costurero y sacó un paquete blando envuelto en papel de seda. Se sentaron frente a frente, con el fuego iluminando sus rostros.

—Tú primero —insistió Arthur, con la emoción de un niño brillando en sus ojos.

Alice le entregó el paquete. Arthur lo abrió despacio, saboreando el momento. Cuando retiró el papel, sus manos tocaron una bufanda de lana de cachemira, tejida a mano en un color gris carbón profundo, con un patrón de trenzas complejo y elegante.

Él pasó los dedos por el tejido, admirando la uniformidad de los puntos.

—¿Hiciste esto? —preguntó, levantando la vista.

—Me llevó las últimas tres semanas —confesó Alice tímidamente—. Tejía por las noches, después de cerrar la tienda. No es seda importada, pero es lana de las ovejas del valle, y es muy abrigada. Pensé que la necesitarías para tus paseos hacia la colina.

Arthur se llevó la bufanda al rostro, enterrando la nariz en la lana suave.

—Huele a ti —murmuró—. A lavanda y a hogar. Alice, esto no es solo una bufanda. Es tu tiempo. Son tus horas, tus manos trabajando para mí mientras yo dormía. Es el regalo más valioso que he recibido jamás.

Se la colocó alrededor del cuello inmediatamente, ajustándola con orgullo.

—Gracias, mi amor. No me la quitaré en todo el invierno.

El uso del apelativo "mi amor", tan natural y directo, hizo que el corazón de Alice diera un vuelco. Era la primera vez que lo decía.

Arthur alcanzó entonces uno de los paquetes que había traído. Era una caja pequeña de madera de cerezo, pulida y brillante.

—Para ti —dijo él, poniéndola en sus manos.

Alice abrió la tapa con cuidado. Dentro, descansando sobre un lecho de terciopelo azul oscuro, había un relicario de plata ovalado. No era ostentoso ni estaba cubierto de diamantes; era sencillo, elegante y

antiguo, con un grabado delicado de unas olas entrelazadas en la tapa.

—Ábrelo —instó Arthur en un susurro.

Alice presionó el pequeño cierre. El relicario se abrió, revelando en su interior no un retrato, sino una pequeña perla blanca, perfecta y luminosa, incrustada en el metal.

—Sé que tu sueño es ver el mar —explicó Arthur, tomando la mano de ella—. Y te prometí que te llevaría. Pero hasta que llegue ese día, quería traerte un pedacito del océano. Esa perla viene de mares del sur que ni siquiera yo he visitado. Es una promesa, Alice. Una promesa de que el mundo es vasto y hermoso, y de que lo veremos juntos. Pero también es un recordatorio de que, no importa lo lejos que vayamos, tú eres mi perla. Tú eres el tesoro que encontré cuando ya había dejado de buscar.

Las lágrimas rodaron libremente por las mejillas de Alice, calientes y felices. No podía hablar; la emoción era un nudo dulce en su garganta. Simplemente se inclinó hacia adelante y abrazó a Arthur con todas sus fuerzas, enterrando el rostro en el hueco de su cuello, donde la nueva bufanda se encontraba con su piel.

Arthur la envolvió en sus brazos, meciéndola suavemente mientras el fuego crepitaba.

—Te quiero, Alice —susurró él contra su cabello. Las palabras flotaron en el aire, pesadas y perfectas, llenando cada rincón de la pequeña cabaña.

—Y yo a ti, Arthur —respondió ella entre sollozos de felicidad—. Te quiero más de lo que cabe en todos los libros de mi tienda.

Arthur se separó lo suficiente para mirarla, limpiando sus lágrimas con los pulgares. Luego, sacó la cadena de plata del estuche y le abrochó el relicario al cuello. La plata fría se asentó contra su piel, pero el significado quemaba con calidez.

—Ahora llevas el mar contigo —dijo él, sonriendo—. Y llevas mi corazón también.

Alice tocó el relicario, sintiendo el latido de su propio pulso bajo él.

—Y tú llevas mi tiempo y mi abrigo alrededor de tu cuello.

Se besaron a la luz de las velas, un beso lento y profundo que sabía a vino especiado y a promesas eternas. Fuera, el viento comenzó a soplar de nuevo, agitando los pinos del valle, pero dentro de la cabaña no había frío, ni miedo, ni soledad.

Esa Nochebuena, mientras Oakhaven dormía bajo la nieve, dos almas que habían estado vagando por caminos separados finalmente comprendieron que el destino no era un lugar en un mapa, ni siquiera el mar lejano. El destino era esto: una alfombra frente al fuego, un gato dormido, y la mano de la persona amada sosteniendo la tuya con la fuerza de quien ha encontrado su hogar definitivo.

Alice apoyó la cabeza en el pecho de Arthur, escuchando el ritmo constante de su corazón, y cerró los ojos, deseando que ese momento se congAlice para siempre en el tiempo, perfecto e inmaculado como la primera nevada del invierno.

Capítulo 11: El Despertar de la Casa en la Colina

Enero se asentó sobre el valle de Oakhaven con una quietud de cristal. Después de las fiestas, cuando las luces de Navidad se guardaron y el acebo se secó, el pueblo entró en un letargo invernal profundo. Los caminos se volvieron más silenciosos y las noches más largas, pero para Alice Moore, el invierno nunca había sido tan brillante.

La rutina había cambiado sutilmente, pero de una manera que hacía cantar a su corazón. Ahora, cada mañana, antes de que ella abriera la librería, encontraba huellas frescas de botas en la nieve frente a su puerta y, a menudo, un pequeño ramillete de ramas de pino o una nota doblada encajada en el marco de la entrada. Eran los "buenos días" silenciosos de Arthur, su manera de decirle que ella era su primer pensamiento al despertar.

Una mañana de martes, el cielo estaba de un azul pálido y el sol brillaba con esa luz fría pero deslumbrante típica de mitad del invierno. Cerca del mediodía, el sonido alegre de unos cascabeles rompió la tranquilidad de la calle principal.

Alice levantó la vista de su libro de contabilidad justo a tiempo para ver un trineo elegante, tirado por dos caballos negros que exhalaban nubes de vapor, detenerse frente a "El Tintero de Bronce".

Arthur bajó del asiento del conductor con una agilidad juvenil. Llevaba la bufanda gris que ella le había tejido enrollada al cuello, destacando contra su abrigo oscuro. Al entrar en la tienda, trajo consigo una energía vibrante que hizo sonreír incluso al señor Abernathy.

—Buenos días, señorita Moore —saludó él, con los ojos brillando de entusiasmo—. Señor Abernathy, espero que no le importe si secuestro a su jefa por unas horas. El día es demasiado hermoso para estar encerrado entre cuatro paredes.

—Llévesela, llévesela —respondió el anciano, agitando la mano—. Aquí solo hay polvo y cuentas viejas. La juventud necesita aire.

Alice se puso su abrigo y sus guantes nuevos de piel de conejo.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella mientras Arthur la ayudaba a subir al trineo y la cubría con una manta de piel gruesa y suave.

—A la colina —respondió él, subiendo a su lado y tomando las riendas—. Ha visto mi casa desde lejos, como una fortaleza gris que vigila el pueblo. Pero creo que ya es hora de que vea lo que hay dentro. He estado... haciendo algunos cambios. Y necesito su opinión experta.

El viaje hacia la mansión Miller fue como un sueño. El trineo se deslizaba suavemente sobre la nieve compacta, y el sonido de los cascabeles era la única música que necesitaban. Arthur conducía con una mano, mientras con la otra buscaba la mano de Alice bajo la manta, entrelazando sus dedos con fuerza.

—¿No le da miedo la casa? —preguntó Alice mientras se acercaban a la imponente estructura de piedra—. La gente del pueblo dice que es demasiado grande para un solo hombre. Que tiene eco.

—Tenía eco —corrigió Arthur, mirándola de reojo—. Pero el eco desaparece cuando uno deja de sentirse solo. Además, espero que hoy, con su presencia, las paredes recuerden lo que es la calidez.

Llegaron a la entrada principal. La mansión era, en efecto, enorme y señorial, con ventanas altas y chimeneas de piedra. Pero cuando Arthur abrió la puerta principal, Alice no sintió el frío húmedo de una casa abandonada. Sintió calor.

Un fuego rugía en la enorme chimenea del vestíbulo de entrada. Había alfombras persas cubriendo el suelo de piedra y, sorprendentemente, un jarrón con flores frescas de invernadero sobre una mesa consola.

—Bienvenida a mi refugio, Alice —dijo Arthur, ayudándola a quitarse el abrigo.

El servicio era discreto, casi invisible. Arthur la guio a través de los pasillos, mostrándole el salón de música, el comedor formal y el solárium que miraba hacia el jardín nevado. Todo era elegante, de un gusto exquisito, pero Alice notaba que Arthur pasaba rápido por esas habitaciones, como si fueran meros preámbulos.

—Pero la razón principal por la que la he traído no es para que vea los muebles —confesó él, deteniéndose frente a una puerta doble de roble tallado al final del pasillo oeste—. Es esto.

Arthur abrió las puertas y Alice soltó una exclamación ahogada.

Ante ella se extendía una biblioteca de dos pisos. Estanterías de caoba oscura subían hasta un techo abovedado pintado con frescos descoloridos. Una escalera de caracol permitía acceder al nivel superior. Había miles de libros; lomos de cuero, pergaminos antiguos, enciclopedias y novelas.

Sin embargo, la habitación estaba en un estado de semi-abandono romántico. Había sábanas cubriendo algunos sillones y el polvo bailaba en los rayos de luz que entraban por los ventanales altos.

—Cuando alquilé la casa, esta habitación estaba cerrada —explicó Arthur, caminando hacia el centro de la sala y pasando la mano por el respaldo de un sillón—. Los dueños anteriores no eran grandes lectores, al parecer. Pero desde que la conocí a usted... desde que entendí que los libros son puertas y no solo objetos, he sentido la necesidad de despertar este lugar.

Se giró hacia ella, con una expresión de vulnerabilidad en el rostro.

—Alice, tengo el espacio. Tengo los libros. Pero no tengo el alma de este lugar. Usted... usted es el alma. Quería pedirle que me ayudara. No, más bien, quería ofrecerle este espacio. Úselo. Léalo. Ordénelo si su corazón de librera no soporta el caos. Quiero que esta biblioteca sea tan suya como mía.

Alice caminó lentamente hacia las estanterías, abrumada por la magnitud del regalo. No le estaba dando joyas ni vestidos; le estaba dando un reino de papel y tinta. Tocó el lomo de una primera edición de Dickens y sintió un escalofrío de emoción pura.

—Arthur... esto es... es el sueño de cualquier amante de los libros.

—Es un lugar solitario sin alguien con quien compartir las historias —dijo él, acercándose a ella—. He mandado traer el almuerzo aquí, si no le importa comer rodeada de un poco de polvo.

Había una pequeña mesa preparada cerca de la chimenea de la biblioteca, con un servicio de té de plata y platos de porcelana fina con sándwiches y pasteles. Se sentaron allí, rodeados por las paredes de libros que parecían inclinarse para escuchar su conversación.

Pasaron la tarde explorando los estantes. Alice subió a la escalera de caracol, riendo como una niña cuando descubrió una colección de mapas antiguos del siglo anterior. Arthur la observaba desde abajo, sosteniendo la escalera, con una expresión de pura felicidad en el rostro. Verla así, dueña y señora de su mundo, llenaba un vacío en su pecho que no había sabido que tenía hasta ese momento.

—Mire esto, Arthur —dijo ella, bajando con un libro grande entre las manos—. Es un atlas de las estrellas.

Se sentaron juntos en un sofá de terciopelo que Arthur había destapado. Alice abrió el libro sobre sus rodillas y Arthur pasó su brazo por detrás de los hombros de ella, acercándola a su costado. Sus cabezas se inclinaron juntas sobre las páginas, rozándose.

—Aquí está Orión —señaló Alice—. Y aquí... aquí está la Osa Mayor.

—Y aquí —dijo Arthur, señalando no al libro, sino al rostro de ella, trazando suavemente la línea de su mandíbula con el dedo—, está mi estrella polar.

Alice levantó la vista del libro. La biblioteca quedó en silencio, salvo por el crepitar del fuego. Estaban solos en esa casa inmensa, aislados del mundo por la nieve y la piedra, pero nunca se habían sentido más conectados.

—Arthur —susurró ella—, esta casa no es fría. Solo estaba esperando.

—Esperaba por ti —respondió él con firmeza—. Todo esperaba por ti, Alice. Incluso yo. Antes de llegar a Oakhaven, mi vida era como esta habitación: llena de cosas, pero cubierta de polvo y sombras. Tú has abierto las cortinas.

Arthur se inclinó y la besó. Fue un beso diferente al de la Navidad o al del baile. Fue un beso de pertenencia. Un beso que decía "aquí es donde vivimos ahora". Alice sintió que el sabor de sus labios era más dulce que cualquier pastel, más embriagador que el vino. Se aferró a las solapas de su chaqueta, sintiendo la lana suave de la bufanda que ella había tejido bajo sus dedos, cerrando el círculo de dar y recibir.

Se quedaron allí hasta que la luz del sol comenzó a desvanecerse, tiñendo la biblioteca de tonos dorados y violetas. Leyeron fragmentos en voz alta el uno al otro, rieron con las ilustraciones extrañas de libros antiguos y planearon qué estanterías necesitaban ser reorganizadas.

Cuando finalmente tuvieron que partir para regresar al pueblo antes de que la noche cayera por completo, Alice sintió una punzada de tristeza al dejar la biblioteca.

—No se ponga triste —le susurró Arthur mientras la ayudaba a ponerse el abrigo en el vestíbulo—. Esto no es una despedida. Esta biblioteca es suya siempre que quiera. Le daré una llave.

—¿Una llave de la casa? —preguntó ella, sorprendida por la implicación.

—Una llave de la biblioteca, por ahora —dijo él con una sonrisa traviesa, guiñándole un ojo—. Aunque sospecho que la llave de mi casa y la de mi corazón ya las tiene usted, las use o no.

El viaje de regreso en el trineo fue bajo un cielo que empezaba a mostrar las primeras estrellas. Alice se acurrucó contra Arthur, apoyando la cabeza en su hombro. El viento frío les mordía las mejillas, pero ella ardía por dentro.

Al llegar a la puerta de su pequeña casa, Arthur detuvo los caballos.

—Gracias por venir hoy, Alice. Gracias por darle vida a mi casa.

—Gracias por compartir tu mundo conmigo, Arthur.

Él bajó para ayudarla a descender, y se quedaron un momento parados en la nieve, reacios a separarse.

—Mañana iré a la tienda —prometió él—. Necesito comprar un cuaderno.

—¿Un cuaderno? —preguntó ella, curiosa.

—Sí. Para empezar a catalogar nuestra biblioteca. Si vamos a hacerlo, vamos a hacerlo bien.

El uso del plural "nuestra biblioteca" hizo que el corazón de Alice diera un vuelco de alegría.

—Hasta mañana, Arthur.

—Hasta mañana, mi amor.

Mientras el trineo se alejaba tintineando en la oscuridad, Alice entró en su casa. Jasper la recibió con un maullido exigente, pero ella apenas lo oyó. Se tocó los labios, donde aún sentía el calor del beso de Arthur, y sonrió. La mansión en la colina ya no era una fortaleza prohibida; era un lugar donde los libros esperaban ser leídos por dos voces al unísono, y donde el futuro se escribía página a página, juntos. El invierno podía ser largo y frío, pensó Alice mientras avivaba su propio fuego, pero el amor... el amor era la primavera eterna que vivía en el pecho, y el suyo estaba en plena floración.

Capítulo 12: El Deshielo y las Cartas de Febrero

Febrero llegó a Oakhaven con un cambio sutil en el viento. Aunque la nieve seguía cubriendo los tejados y los campos, el aire ya no tenía ese filo cortante de enero. Había días en los que el sol lograba derretir la escarcha de las ventanas al mediodía, y el sonido del goteo del agua en los canalones anunciaba el lento pero inevitable deshielo. Era el preludio de la primavera, una promesa susurrada de que la vida volvería a brotar.

Para Alice, este febrero era diferente a todos los anteriores. Antes, el final del invierno significaba simplemente esperar a que el barro de los caminos se secara. Ahora, significaba contar los días para ver qué nueva maravilla traería Arthur a su vida.

Sin embargo, la dicha tranquila de sus tardes en la biblioteca de la mansión se vio interrumpida una mañana de martes. Arthur llegó a la librería temprano, con el rostro un poco más serio de lo habitual y vestido con ropa de viaje.

—Tengo que ir a Londres, Alice —dijo él, sin preámbulos, tomándola de las manos sobre el mostrador—. Solo serán tres días. Mi abogado insiste en mi firma para cerrar la venta de unas propiedades en la

ciudad. Estoy liquidando mis lazos allá para asegurarme de que mi futuro esté completamente aquí.

Alice sintió una punzada fría en el estómago, una sensación de vacío anticipado. Tres días no eran nada en el gran esquema de las cosas, pero después de semanas de verlo a diario, la idea de no tenerlo cerca parecía una eternidad.

—Es necesario, lo entiendo —dijo ella, forzando una sonrisa valiente —. Oakhaven estará aquí cuando vuelvas. Y yo también.

Arthur levantó sus manos y besó sus dedos con devoción.

—Oakhaven sin ti es solo un punto en el mapa, Alice. Volveré el catorce. Te lo prometo. No dejaría que pasáramos el día de San Valentín separados.

—Ten cuidado en el camino, Arthur. El deshielo hace que las carreteras sean traicioneras.

—Volaré si es necesario —aseguró él.

La partida de Arthur dejó un silencio extraño en el pueblo. Para Alice, los días siguientes transcurrieron con una lentitud exasperante. La librería parecía más grande y vacía. Se descubrió a sí misma mirando hacia la puerta cada vez que sonaba la campanilla, solo para sentir una pequeña decepción al ver al cartero o a la señora Gable.

Por las noches, en su casa, Alice releía las notas que Arthur le había dejado en los meses anteriores. Se dio cuenta de que el amor no era solo la presencia de la persona amada, sino también la forma en que su ausencia llenaba cada rincón de tus pensamientos. Lo extrañaba. Extrañaba su voz grave leyendo poesía, el calor de su mano sobre la suya, y la forma en que la miraba como si ella fuera la única mujer en el mundo.

El catorce de febrero amaneció gris y lluvioso. El deshielo estaba en su apogeo, convirtiendo las calles empedradas en espejos húmedos. Alice abrió la tienda con el corazón encogido. ¿Y si el clima lo retrasaba? ¿Y si los caminos estaban bloqueados?

A media mañana, un mensajero empapado entró en la tienda.

—Paquete para la señorita Moore —anunció, dejando una caja plana sobre el mostrador.

Alice firmó el recibo con manos temblorosas. El remitente era de Londres. Abrió la caja con cuidado. Dentro, protegido por capas de papel de seda, había una tarjeta de San Valentín victoriana, una obra de arte de encaje de papel, cintas de raso y pequeñas flores pintadas a mano. Pero lo que hizo que a Alice se le llenaran los ojos de lágrimas fue la carta adjunta.

Mi querida Alice:

Te escribo esto desde mi habitación en Londres, rodeado por el ruido de la ciudad que solía llamar hogar y que ahora me parece tan ajeno. Cada carruaje que pasa me hace desear el silencio de tu valle. Cada rostro que veo me hace extrañar la luz de tus ojos avellana.

La gente aquí me pregunta por qué tengo tanta prisa por volver al campo, por qué rechazo las invitaciones a las cenas y los bailes. Les digo que tengo un jardín que atender. No les miento. Tú eres el jardín donde quiero que florezca el resto de mi vida.

Espérame. El camino es largo, pero mi caballo conoce la ruta hacia su establo, y mi corazón conoce el camino hacia el suyo.

Tuyo, eternamente, Arthur.

Alice presionó la carta contra su pecho, sintiendo que el papel le transmitía el calor que tanto le faltaba.

El día pasó entre suspiros y miradas al reloj. El señor Abernathy, notando su estado, la mandó a casa a las cinco.

—Vete, niña. No sirves para nada aquí hoy. Estás mirando la ventana como si esperaras al Mesías. Vete a casa, enciende el fuego y espera.

Alice corrió bajo la lluvia hasta su cabaña. Encendió todas las lámparas y avivó el fuego de la chimenea hasta que la sala brilló. Se

sentó en el sofá con Jasper, intentando leer, pero las letras bailaban ante sus ojos.

Las seis. Las siete. Las ocho.

La lluvia golpeaba el techo con fuerza. El miedo empezó a filtrarse en su esperanza. ¿Y si había tenido un accidente?

De repente, por encima del ruido de la tormenta, escuchó el sonido inconfundible de unos cascos chapoteando en el barro del camino, deteniéndose justo frente a su puerta.

Alice se levantó de un salto y abrió la puerta antes de que llamaran.

Allí estaba Arthur. Estaba empapado, con el cabello pegado a la frente y barro en las botas, pero estaba allí.

—¡Arthur! —gritó ella, sin importarle la lluvia ni el frío, lanzándose a sus brazos en el porche.

Él la atrapó en el aire, envolviéndola en un abrazo aplastante, húmedo y maravilloso. Olía a lluvia, a caballo y a cansancio, pero para Alice era el mejor aroma del mundo.

—Te dije que volvería —jadeó él contra su cuello, besando su piel fría—. Te lo prometí.

—Estaba tan preocupada... el camino... la lluvia...

—Shhh —la calló él, entrando con ella en la casa y cerrando la puerta con el pie, dejando la tormenta fuera—. Nada iba a detenerme. Ni una inundación habría podido mantenerme lejos de ti esta noche.

Se quedaron abrazados en el recibidor, goteando agua sobre la alfombra, pero incapaces de soltarse. Arthur le tomó el rostro entre las manos y la besó con una pasión desesperada, una necesidad nacida de la ausencia. Fue un beso que borraba los tres días de soledad, un beso que reafirmaba que estaban hechos el uno para el otro.

—Mírate —dijo él, apartándose un poco para observarla, acariciando su mejilla con el pulgar—. Estás preciosa. Incluso preocupada estás

preciosa.

—Estás empapado, Arthur. Te vas a enfermar.

—Estoy bien. Solo necesito un poco de calor.

Se quitaron los abrigos mojados y pasaron a la sala, frente al fuego. Arthur sacó de su bolsillo interior, milagrosamente seco, un pequeño paquete envuelto en tela de saco rústica.

—Feliz San Valentín, Alice. La tarjeta llegó esta mañana, espero. Pero esto... esto quería dártelo yo mismo.

Alice se sentó junto a él en la alfombra y tomó el paquete. Al abrirlo, no encontró joyas ni sedas. Encontró una docena de sobres de papel grueso, cada uno con un dibujo botánico diferente en el frente.

—¿Semillas? —preguntó ella, levantando la vista, sorprendida y encantada.

—No son cualquier semilla —explicó Arthur, con los ojos brillando a la luz del fuego—. Son rosas antiguas. Lirios del valle. Nomeolvides. Y guisantes de olor. Pasé por el mejor vivero de Londres antes de salir.

Tomó la mano de Alice y entrelazó sus dedos con los de ella sobre los paquetes de semillas.

—Alice, la mansión tiene un jardín de invierno que ha estado muerto durante diez años. Solo hay zarzas y malas hierbas. Quiero... quiero que lo plantemos juntos. Quiero que cuando llegue la primavera de verdad, en unas semanas, tú y yo tengamos las manos llenas de tierra, sembrando estas flores.

La metáfora era tan clara y tan hermosa que a Alice se le cortó la respiración. Plantar un jardín no era un acto efímero; era una apuesta por el futuro. Significaba estaciones, significaba años de ver crecer algo juntos. Significaba permanencia.

—Arthur... —susurró ella, conmovida hasta la médula—. ¿Quieres plantar un jardín conmigo?

—Quiero plantar una vida contigo, Alice —corrigió él suavemente—. Las flores son solo el comienzo. Quiero ver cómo estas rosas trepan por los muros de piedra año tras año. Y quiero que tú estés allí para verlas florecer cada verano.

Alice miró las semillas y luego a Arthur. Vio el cansancio en sus ojos por el largo viaje, pero sobre todo vio el amor inquebrantable que lo había impulsado a cabalgar bajo la lluvia solo para estar con ella.

—Sí —dijo ella, y fue la palabra más fácil que había pronunciado nunca—. Sí, plantaremos ese jardín. Y será el más hermoso de toda Inglaterra.

Arthur sonrió, una sonrisa de alivio y dicha absoluta. Se recostó en la alfombra, apoyando la cabeza en el regazo de Alice, dejando que el cansancio finalmente lo alcanzara.

—Cuéntame qué vamos a plantar dónde —murmuró él, cerrando los ojos mientras Alice le acariciaba el cabello húmedo—. Háblame de las flores hasta que me duerma. Tu voz es lo único que quería escuchar en Londres.

Y así, mientras la tormenta de febrero rugía fuera, intentando en vano enfriar el mundo, Alice le habló en susurros sobre rosas blancas y lirios azules. Le habló de la primavera que vendría, de la tierra fértil y del sol. Y mientras Arthur se quedaba dormido en su regazo, seguro y amado, Alice supo que el invierno ya no tenía poder sobre ellos. El deshielo había comenzado, no solo en el valle, sino en las últimas defensas de sus corazones, dejando al descubierto un terreno listo para florecer.

Esa noche de San Valentín no hubo bailes ni grandes fiestas, solo dos personas, un puñado de semillas y la certeza absoluta de que, pasara lo que pasara, crecerían juntos hacia la luz.

Capítulo 13: Raíces en la Tierra Húmeda

Marzo llegó a Oakhaven como un niño travieso, alternando días de lluvias torrenciales con tardes de un sol glorioso que hacía brillar las gotas de agua en las ramas desnudas. El valle comenzaba a despertar. Pequeños brotes verdes desafiaban la dureza del suelo y los pájaros regresaban con canciones nuevas, llenando el silencio del invierno con una sinfonía de vida.

Para Alice y Arthur, el cambio de estación marcaba el inicio de su "gran proyecto". Las semillas que Arthur le había regalado en San Valentín no podían esperar eternamente en sus sobres de papel.

Fue un sábado por la mañana, inusualmente cálido para la época, cuando decidieron comenzar. Alice cerró la librería al mediodía, dejando al señor Abernathy a cargo con una sonrisa de complicidad, y se dirigió hacia la mansión en la colina. Llevaba puesto su vestido más viejo, uno de algodón gris resistente, y un delantal de jardinería que había pertenecido a su madre, con los bolsillos llenos de herramientas y cordeles.

Arthur la esperaba en la entrada del antiguo invernadero de cristal, una estructura victoriana que se adosaba al costado oeste de la casa. Durante años había sido un esqueleto de hierro oxidado y cristales sucios, pero esa mañana, al llegar, Alice se detuvo en seco, maravillada.

Los cristales habían sido limpiados hasta quedar transparentes. La estructura de hierro había sido pintada de un verde oscuro elegante. Y dentro... dentro se veía el movimiento de la vida.

—Bienvenida a nuestro laboratorio de primavera —dijo Arthur, saliendo a recibirla.

Alice tuvo que parpadear dos veces. Arthur Sterling, el caballero que había llegado con trajes de sastre impecables y abrigos de lana fina, estaba allí de pie con una camisa de lino blanca arremangada hasta los codos, el cuello abierto y unos pantalones de trabajo manchados de tierra en las rodillas. Tenía el cabello revuelto por el viento y una

mancha de barro en la mejilla, pero Alice pensó que nunca lo había visto tan increíblemente atractivo.

—Arthur... —susurró ella, acercándose—. Has estado trabajando duro.

—Llevo despierto desde el amanecer —confesó él con una sonrisa orgullosa, limpiándose las manos en un trapo—. Quería preparar el terreno antes de que llegaras. Timmy, el hijo del jardinero, me ha estado enseñando cómo remover la tierra y mezclar el abono. Parece que la jardinería es mucho más exigente físicamente que firmar contratos en Londres.

Alice rió suavemente y, sin pensarlo, levantó la mano para limpiarle la mancha de barro de la mejilla con su pulgar. El contacto de su piel contra la de él fue eléctrico, un recordatorio constante de la intimidad que había crecido entre ellos durante el invierno.

—Te queda bien la tierra, Arthur. Te hace parecer... parte del valle.

Arthur atrapó su mano y besó la palma, sin importarle que ella también tuviera restos de polvo de la librería.

—Esa es la idea. Vamos, entra. Las semillas nos esperan.

El interior del invernadero olía a humedad rica, a turba y a esperanza. Arthur había dispuesto una larga mesa de madera con macetas de terracota de todos los tamaños, sacos de tierra fértil y regaderas de latón.

—Empezaremos aquí —explicó él, tomando los sobres de semillas que Alice había traído—. Los guisantes de olor necesitan un comienzo suave antes de enfrentarse al mundo exterior.

Pasaron las siguientes horas trabajando codo con codo. Alice le enseñaba con paciencia infinita: cómo hundir el dedo en la tierra negra solo hasta la primera falange, cómo depositar la semilla con delicadeza, como si fuera un bebé durmiendo, y cómo cubrirla sin asfixiarla.

—No la aprietes tanto, Arthur —le corrigió suavemente, poniendo su mano sobre la de él mientras cubrían una semilla de capuchina—.

Las raíces necesitan aire para respirar. La tierra debe ser un abrazo, no una prisión.

Arthur se detuvo, dejando su mano bajo la de ella, sintiendo el calor compartido.

—Eres una maestra excelente —murmuró, mirándola de perfil. El sol de la tarde entraba por los cristales, iluminando las pestañas de Alice y haciendo brillar los cabellos sueltos que se habían escapado de su gorro—. Tienes una delicadeza que me asombra. Yo estoy acostumbrado a forzar las cosas, a hacer que sucedan con voluntad y dinero. Tú... tú dejas que las cosas sucedan a su propio ritmo.

—Las plantas son como el amor, Arthur —respondió ella sin levantar la vista de la maceta, aunque sus mejillas se tiñeron de rosa—. No puedes obligarlas a crecer tirando de ellas hacia arriba. Solo puedes darles agua, sol y tiempo. Y confiar.

Arthur se quedó en silencio un momento, absorbiendo sus palabras. Luego, volvió al trabajo con una suavidad renovada en sus movimientos.

Llenaron docenas de macetas. Arthur, a pesar de su inexperiencia, mostraba un entusiasmo contagioso. Se reía cuando el agua de la regadera salpicaba sus botas, y celebraba cada maceta terminada como una pequeña victoria. Ver a un hombre tan serio y compuesto permitirse jugar y ensuciarse por ella, por su sueño compartido, hizo que el corazón de Alice se hinchara de ternura.

Cuando el sol comenzó a bajar, tiñendo el cielo de naranja y violeta a través del techo de cristal, se sentaron en el suelo de ladrillo del invernadero, cansados pero satisfechos. Arthur había traído una cesta con limonada casera y unos sándwiches sencillos.

—Mira eso —dijo Arthur, señalando las filas de macetas alineadas sobre la mesa—. Cientos de vidas potenciales durmiendo ahí dentro.

—En unas semanas, esto será una selva verde —aseguró Alice, bebiendo un sorbo de limonada—. Y luego podremos trasplantarlas al jardín exterior. Las rosas irán junto al muro de piedra, y los guisantes de olor treparán por los arcos de la entrada.

Arthur se recostó contra una de las patas de la mesa, estirando las piernas, y tiró suavemente de la mano de Alice hasta que ella se recostó contra su pecho, su espalda apoyada en el torso firme de él. Sus brazos la rodearon inmediatamente, un refugio sólido y cálido.

—Alice —dijo él, con la barbilla apoyada en la cabeza de ella—. ¿Alguna vez pensaste que estarías aquí, llena de tierra, en la mansión de la colina?

—Nunca —admitió ella, cerrando los ojos y dejándose llevar por la sensación de su respiración—. Siempre pensé que esta casa estaba prohibida. Que pertenecía a un mundo que no era el mío.

—Ahora es tu mundo —dijo Arthur con firmeza—. De hecho, estaba pensando... que esta casa es demasiado grande para un solo jardinero.

Alice sintió que el pulso se le aceleraba. Sabía hacia dónde iba la conversación, pero el miedo a la felicidad, ese viejo hábito de protegerse, la hizo dudar.

—Timmy es un buen ayudante —bromeó ella, intentando aligerar el momento.

Arthur soltó una risa grave que vibró en su espalda.

—No me refiero a Timmy. Me refiero a que... he plantado semillas hoy, Alice. He puesto raíces en esta tierra literalmente. Ya no soy un visitante. Ya no soy el inquilino de Londres. Soy un hombre de Oakhaven. Y quiero que mis mañanas empiecen contigo y mis noches terminen contigo. No quiero tener que llevarte de vuelta al pueblo cuando oscurece. Odio ese momento. Odio ver cómo el carruaje se aleja.

Giró a Alice entre sus brazos para que quedaran frente a frente. La luz del atardecer hacía que sus ojos ámbar parecieran oro líquido fundido.

—Quiero despertar y ver cómo te quitas el pelo de la cara mientras lees en la cama. Quiero discutir sobre dónde poner las rosas cada primavera durante los próximos cincuenta años. —Tomó sus manos

sucias de tierra entre las suyas—. Alice, no te estoy pidiendo matrimonio hoy porque prometí cortejarte correctamente y quiero que disfrutemos de cada etapa. Pero quiero que sepas... quiero que sepas que estoy construyendo este jardín para nosotros. Para nuestros hijos, si Dios quiere. Para nuestros nietos.

Alice sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos, calientes y felices. No había anillo (aún), ni una pregunta formal, pero había algo más profundo: una visión de vida completa desplegada ante ella.

—Arthur... —su voz se quebró—. Yo ya he echado raíces aquí. En este invernadero. Contigo. No necesito cincuenta años para saberlo, aunque los quiero todos.

Arthur sonrió, una sonrisa que iluminó la penumbra del invernadero más que cualquier lámpara. Se inclinó y la besó, un beso que sabía a limonada y a promesas cumplidas, pero también a tierra y a realidad. No era un beso de cuento de hadas etéreo; era un beso humano, terrenal, de dos personas que acababan de trabajar juntas y que estaban dispuestas a trabajar juntas el resto de sus vidas.

—Entonces —dijo él al separarse, acariciando su mejilla manchada —, creo que deberíamos limpiar este desastre antes de irnos. O el señor Abernathy pensará que he estado arrastrándote por los pantanos.

—El señor Abernathy es muy sabio —rio Alice—. Probablemente sabrá que hemos estado haciendo algo mucho más peligroso: ser felices.

Recogieron sus herramientas mientras la luz se desvanecía, lavándose las manos en un cubo de agua fría, salpicándose y riendo como niños. Y mientras salían del invernadero, dejando atrás las semillas durmientes en la oscuridad segura de la tierra, Alice miró hacia atrás una última vez.

No vio solo macetas y tierra. Vio el futuro. Vio las flores que nacerían, vio los veranos que pasarían bajo ese techo de cristal, y vio a dos ancianos, muchos años después, sentados en ese mismo

lugar, recordando el día en que un hombre de ciudad se manchó las manos para construir un paraíso para la mujer que amaba.

Caminaron hacia el carruaje bajo las primeras estrellas de la primavera, con las manos entrelazadas, sucias y trabajadas, pero infinitamente cálidas. Alice Moore, la librera solitaria, había encontrado su propia historia, y era mucho mejor que cualquiera que hubiera vendido en su tienda. Era una historia de raíces profundas y cielos abiertos, y apenas acababa de comenzar.

Capítulo 14: Lluvia de Abril y Páginas Nuevas

Abril llegó a Oakhaven con su temperamento habitual, una mezcla caprichosa de sol radiante y chaparrones repentinos que lavaban los adoquines del pueblo hasta dejarlos relucientes. El valle, que semanas atrás había sido un tapiz de marrones y grises, estallaba ahora en un verde tan vibrante que lastimaba la vista. Los brotes en las ramas de los robles se abrían tímidamente y el aire olía a tierra mojada y a savia nueva.

Para Alice Moore, la llegada de la primavera significaba también la llegada de las novedades editoriales desde Londres. Era una época de mucho trabajo en "El Tintero de Bronce", con cajas pesadas

llegando en el carro de suministros, llenas de las últimas novelas por entregas y volúmenes de poesía que los habitantes del pueblo esperaban con ansia tras el largo invierno.

Era un jueves por la tarde y el cielo se había oscurecido repentinamente, tiñéndose de un color pizarra amenazante. El viento comenzó a golpear los cristales del escaparate, haciendo tintinear la campanilla de la puerta sin que nadie entrara.

Alice estaba sola. El señor Abernathy se había retirado a casa al mediodía debido a un dolor en la rodilla que, según él, predecía la lluvia con más precisión que cualquier barómetro. Alice se encontraba detrás del mostrador, luchando con una caja de madera particularmente rebelde que acababan de entregar. El transportista, con prisa por ganarle a la tormenta, la había dejado en medio del pasillo principal.

—Vamos... solo un poco más —gruñó Alice, haciendo palanca con una herramienta de hierro para soltar la tapa clavada.

Un trueno retumbó sobre el valle, tan fuerte que hizo vibrar las estanterías, y en ese mismo instante, la puerta de la librería se abrió de golpe.

Arthur entró, empujado por una ráfaga de viento y lluvia. Venía empapado, con el sombrero goteando y el abrigo oscuro pesado por el agua, pero en cuanto vio a Alice forcejeando con la caja, su expresión de urgencia por refugiarse cambió a una de preocupación inmediata.

—¡Alice! —exclamó, cerrando la puerta tras de sí y bloqueando el rugido de la tormenta—. Deja eso, por favor. Te vas a lastimar las manos.

—Arthur —dijo ella, soltando la herramienta y suspirando de alivio al verlo—. Llegaste justo antes del diluvio. Intentaba abrir esto antes de que oscureciera del todo.

Arthur se quitó el abrigo mojado y lo colgó en el perchero, donde goteó formando un charco oscuro. Se arremangó la camisa,

revelando esos antebrazos que Alice había aprendido a admirar en el invernadero, y se acercó a la caja.

—Permíteme —dijo él suavemente, tomando la herramienta de sus manos. Su toque fue cálido, un contraste reconfortante con el aire frío que había entrado con él.

Con dos movimientos precisos y fuertes, Arthur hizo saltar la tapa de madera, que crujió en señal de rendición. Alice sonrió, sintiendo esa mezcla de gratitud y atracción que siempre le provocaba la capacidad de Arthur para resolver problemas, grandes o pequeños.

—Mi héroe —bromeó ella suavemente.

—Solo un hombre que no quiere que su amada se astille los dedos —respondió él, guiñándole un ojo—. Veamos qué tesoros nos envía Londres.

Fuera, la lluvia comenzó a caer con una fuerza torrencial, convirtiendo la calle en un río y oscureciendo el día como si fuera de noche. Arthur fue a encender las lámparas de aceite mientras Alice comenzaba a sacar los libros. La luz dorada llenó la tienda, creando un refugio cálido y aislado contra la furia de los elementos.

Pasaron la siguiente hora trabajando juntos en un silencio cómodo y doméstico. Alice sacaba los libros, acariciando las cubiertas de cuero y tela, y Arthur los colocaba en las estanterías altas siguiendo las instrucciones de ella.

—Mira esto —dijo Alice, sosteniendo un volumen encuadernado en azul—. La nueva novela de Thomas Hardy. La señora Higgins ha estado preguntando por ella desde Navidad.

Arthur tomó el libro, pero no leyó el título. La miró a ella a través de la luz de la lámpara.

—Me encanta verte así, Alice.

—¿Cómo? —preguntó ella, levantando la vista, con un mechón de pelo cayéndole sobre la frente.

—En tu elemento. Rodeada de historias. Tienes un brillo especial cuando sostienes un libro nuevo, como si estuvieras sosteniendo un

mundo entero en las manos. —Se apoyó en la escalera, mirándola con una intensidad que hizo que el corazón de Alice latiera más fuerte que la lluvia en el techo—. A veces me pongo celoso de los libros.

Alice soltó una risa suave y cristalina.

—¿Celoso? ¿De un montón de papel y tinta?

—Celoso de la atención que les das. De cómo te pierdes en ellos. —Arthur bajó de la escalera y se acercó a ella, acorralándola suavemente contra el mostrador, pero sin tocarla, solo envolviéndola con su presencia—. Aunque, si soy sincero, mi historia favorita es la que estamos escribiendo nosotros.

La atmósfera en la librería cambió. Ya no era solo un lugar de trabajo; se había convertido en un espacio íntimo, cargado de electricidad. El olor a lluvia, a aceite de lámpara y a libros nuevos se mezclaba con el aroma a sándalo de Arthur.

—Arthur... —susurró Alice, sintiendo que las piernas le fallaban un poco—. Estamos atrapados. La lluvia no va a parar pronto.

—Lo sé —dijo él, y su voz sonó satisfecha—. No tengo ninguna prisa por irme. De hecho, esperaba que sucediera. Traje provisiones.

Arthur fue hacia su abrigo mojado y sacó de un bolsillo interior, que milagrosamente había permanecido seco, una bolsa de papel encerado.

—Pasteles de limón de la señora Gable —anunció triunfante—. Y creo que todavía queda té en tu trastienda.

Prepararon el té en la pequeña estufa del fondo mientras la tormenta rugía fuera. Se sentaron en los sillones de lectura, con los pasteles en una mesita entre ellos y las tazas humeantes en las manos. Alice se quitó los zapatos, algo que nunca habría hecho frente a nadie más, y subió los pies al sillón, cubriéndose con una manta que guardaba allí.

Arthur la observó con una ternura infinita.

—¿Te acuerdas del primer día que entré aquí? —preguntó él, rompiendo el silencio—. Buscaba refugio de la lluvia, igual que hoy.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Alice, mirando el vapor de su té —. Parecías un náufrago elegante. Y pediste poesía.

—Y tú me diste a Wordsworth. Y, sin saberlo, me diste una razón para quedarme en Oakhaven.

Arthur dejó su taza y se inclinó hacia adelante, tomando un libro de la pila que acababan de desempaquetar. Era una antología de poemas de amor.

—Léeme algo, Alice —pidió él—. Me encanta tu voz. Es lo único que calma el ruido de mi cabeza.

Alice tomó el libro. Sus dedos temblaron ligeramente al abrir las páginas al azar. Encontró un poema de Elizabeth Barrett Browning. Se aclaró la garganta y comenzó a leer, su voz suave llenando el espacio entre el trueno y el silencio.

"¿Cómo te amo? Déjame contar las formas. Te amo hasta la profundidad, la anchura y la altura que mi alma puede alcanzar, cuando busca a ciegas los fines del Ser y la Gracia ideal..."

Mientras leía, Alice levantó la vista. Arthur no miraba el fuego, ni la ventana. La miraba a ella, con una expresión tan desnuda, tan llena de amor absoluto, que Alice sintió que las palabras del poema se quedaban cortas. Él estaba absorbiendo cada sílaba, cada inflexión, guardándolas en su memoria.

Cuando terminó el poema, el silencio en la habitación era denso y dulce.

—"Te amo con el aliento, sonrisas, lágrimas, de toda mi vida" — recitó Arthur el final del poema de memoria, completando la lectura de ella—. Eso es lo que siento, Alice. Antes de conocerte, pensaba que el amor era algo que se leía en los libros, una exageración de los poetas. Ahora sé que los poetas se quedaban cortos. No hay palabras suficientes para describir la paz que siento cuando estoy sentado aquí contigo, mientras el mundo se cae a pedazos ahí fuera.

Arthur se levantó de su sillón y se arrodilló frente al de ella. No era una postura de sumisión, sino de devoción. Tomó las manos de Alice, que descansaban sobre el libro abierto en su regazo.

—Alice, la primavera ha llegado. Las semillas que plantamos en el invernadero ya tienen brotes verdes. He visto cómo las miras, cómo las cuidas. Y quiero... quiero pedirte algo.

El corazón de Alice se detuvo. ¿Sería ahora?

—Quiero que vayamos al baile de mayo juntos —dijo él, y aunque no era la propuesta de matrimonio, la promesa en sus ojos decía que eso llegaría pronto, muy pronto—. Pero quiero ir no como el inquilino de la mansión y la librera. Quiero ir como Arthur y Alice. Quiero que todo el mundo sepa que ya no hay un "tú" y un "yo", sino un "nosotros".

Alice soltó el aire que había estado conteniendo y sonrió, acariciando el rostro de Arthur, sintiendo la aspereza de su barba de un día bajo sus dedos suaves.

—Ya lo saben, Arthur. Creo que lo saben desde el momento en que me ayudaste con las manzanas. Pero iré contigo al fin del mundo, y ciertamente iré al baile de mayo.

Arthur giró la cabeza y besó la palma de su mano, un gesto que se había convertido en su sello personal.

—Bien. Porque tengo planes para ese baile. Planes importantes.

Se quedaron allí mientras la lluvia amainaba lentamente, convirtiéndose en un repiqueteo suave y rítmico. Arthur le contó historias de su infancia, y Alice le habló de los sueños que tenía para la librería. En esa pequeña habitación trasera, rodeados de miles de historias inventadas, la realidad de su amor era la narrativa más poderosa de todas.

Cuando finalmente la lluvia cesó y Arthur tuvo que acompañarla a casa, el aire olía a limpio, a ozono y a flores nocturnas. Caminaron bajo los charcos que reflejaban la luna que asomaba entre las nubes.

Al llegar a su puerta, Arthur no la besó en los labios de inmediato. En su lugar, apoyó su frente contra la de ella, cerrando los ojos.

—Gracias por el refugio, Alice. Hoy y siempre.

—Tú eres mi refugio, Arthur —respondió ella.

Entonces sí, la besó. Un beso lento, húmedo por la llovizna residual, que dejó a Alice con las rodillas temblorosas y el corazón ardiendo. Mientras lo veía alejarse calle abajo, Alice tocó sus labios y supo que esa primavera no solo traería flores al jardín de la mansión, sino que traería el florecimiento definitivo de su vida junto a él. La lluvia de abril había regado no solo los campos de Oakhaven, sino las raíces profundas de un amor que ya era imposible de arrancar.

Capítulo 15: Una Pregunta entre Rosas y Música

El primero de mayo amaneció en Oakhaven con una explosión de color que parecía celebrar la victoria definitiva de la primavera sobre el invierno. El valle, antes dormido bajo la escarcha, era ahora un mar de verde esmeralda salpicado por el amarillo de los narcisos y el blanco de los espinos en flor. El aire estaba cargado con el aroma dulce de la hierba recién cortada y la promesa de una noche que todo el pueblo llevaba esperando durante semanas: el Gran Baile de Mayo.

Para Alice Moore, el día transcurrió en una bruma de nerviosismo y anticipación. Había cerrado la librería al mediodía, incapaz de concentrarse en los libros de contabilidad cuando su mente estaba ocupada imaginando la velada que se avecinaba. Arthur había sido misterioso respecto a sus "planes" mencionados aquel día de lluvia, y esa incertidumbre, lejos de asustarla, le provocaba un cosquilleo de emoción en el estómago.

Se pasó la tarde preparándose en su habitación. Había decidido estrenar un vestido nuevo, confeccionado con una muselina de color lavanda pálido que había encargado a la modista del pueblo vecino con los ahorros de una buena temporada de ventas. Era un vestido sencillo, sin la opulencia de la seda pesada, pero tenía una caída suave y romántica que la hacía sentir ligera, casi etérea. Se recogió el cabello en un peinado suelto, adornándolo con unas pocas flores frescas de violeta que había recogido de su propio jardín, y se colocó el relicario de plata con la perla que Arthur le había regalado en Navidad. Al mirarse al espejo, no vio a la chica práctica que cargaba cajas de libros; vio a una mujer enamorada, lista para bailar hasta el amanecer.

A las siete en punto, el carruaje de Arthur se detuvo frente a su verja.

Cuando Alice salió al porche, el sol comenzaba a descender, bañando el mundo en una luz dorada y suave. Arthur la esperaba al pie de los escalones. Llevaba un traje de etiqueta negro, impecable, con un chaleco de seda color crema y una flor de lavanda en la solapa, a juego con el vestido de ella. Al verla, se quedó inmóvil un momento, con la mano a medio camino de quitarse el sombrero, como si el aire se le hubiera escapado de los pulmones.

—Alice... —dijo él cuando ella llegó a su altura, ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar el último escalón—. Si la primavera tuviera forma humana, sería usted esta noche. Me deja sin palabras.

—Usted está muy apuesto, Arthur —respondió ella, sonrojándose bajo su mirada intensa—. Y veo que llevamos los mismos colores.

—Un detalle premeditado, lo confieso —admitió él con una sonrisa traviesa, guiñándola hacia el interior del carruaje—. Le pregunté a la modista qué tela había elegido. Quería que no hubiera duda alguna de que pertenecemos al mismo cuadro.

El carruaje se puso en marcha, pero para sorpresa de Alice, no giró hacia el centro del pueblo, donde la música de la banda ya empezaba a sonar en la plaza mayor. En su lugar, los caballos tomaron el camino que subía hacia la colina, hacia la mansión Miller.

—Arthur, el baile es en la plaza —dijo Alice, confundida pero no alarmada.

—Lo sé —respondió él, tomando su mano enguantada y besando sus nudillos—. Y prometo que iremos. Bailaremos hasta que nos duelan los pies. Pero antes... antes hay algo que necesito hacer. Algo que no puede esperar ni un minuto más y que requiere un escenario más tranquilo que una plaza llena de gente.

El corazón de Alice comenzó a latir con fuerza contra sus costillas. Había una seriedad vibrante en la voz de Arthur, una tensión subyacente que no era miedo, sino una emoción contenida a punto de desbordarse.

Llegaron a la mansión, que se alzaba majestuosa contra el cielo del atardecer. Pero Arthur no la llevó a la puerta principal. La guio alrededor de la casa, por el sendero de grava que crujía bajo sus pies, hacia el jardín del oeste y el invernadero que habían restaurado juntos en marzo.

El jardín exterior, que meses atrás era un terreno baldío de zarzas, mostraba ahora los primeros signos de su trabajo conjunto. Los brotes verdes asomaban con fuerza, y los guisantes de olor comenzaban a trepar por los arcos de hierro. Pero lo más impresionante era el invernadero. Con la luz del atardecer atravesando los cristales limpios, parecía una caja de joyas resplandeciente.

Arthur abrió la puerta y el aroma a tierra húmeda y flores jóvenes los envolvió. Dentro, había colocado docenas de velas encendidas entre las macetas, creando un camino de luz parpadeante que llevaba hasta el centro del espacio, donde habían puesto un banco de madera bajo el arco de jazmines incipientes.

—Arthur... —susurró Alice, llevándose una mano a la boca—. Es mágico.

—Es nuestro trabajo, Alice —dijo él, cerrando la puerta tras de ellos y dejándolos solos en ese santuario de cristal—. ¿Recuerdas cuando plantamos estas semillas? Me dijiste que había que tener paciencia. Que había que confiar en que crecerían.

Caminó con ella hasta el centro del invernadero y se giró para quedar frente a frente. La luz de las velas se reflejaba en sus ojos ámbar, que brillaban con una humedad sospechosa.

—He aprendido mucho de ti en estos meses, Alice. He aprendido a diferenciar una manzana dulce. He aprendido que un libro puede ser un mejor compañero que un salón lleno de gente. He aprendido que el hogar no son cuatro paredes de piedra, sino la sensación de paz que tengo cuando tú estás cerca.

Arthur tomó ambas manos de Alice entre las suyas. Sus manos temblaban ligeramente, algo que Alice nunca había visto en él, y ese

pequeño signo de vulnerabilidad hizo que su amor por él se desbordara.

—Pero sobre todo —continuó él, con la voz quebrándose por la emoción—, he aprendido que no quiero pasar ni un solo día más de mi vida sin ti. Cuando fui a Londres en febrero, cada hora lejos de ti fue una tortura. Me di cuenta de que no estaba simplemente viajando; estaba esperando volver a respirar. Tú eres mi aire, Alice. Eres mi sol y mi lluvia.

Alice sentía las lágrimas rodando por sus mejillas, calientes y felices. No podía hablar; solo podía asentir, animándolo con la mirada, diciéndole con los ojos todo lo que su garganta cerrada no podía expresar.

Arthur soltó una de sus manos y, con un movimiento fluido y solemne, hincó una rodilla en el suelo de ladrillo del invernadero. Allí, entre las flores que habían sembrado juntos, el orgulloso Arthur Sterling se arrodilló ante la librera del pueblo como un caballero ante su reina.

Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una pequeña caja de terciopelo azul oscuro.

—Alice Moore —dijo él, abriendo la caja.

Dentro brillaba un anillo. No era una joya ostentosa y fría de la realeza. Era un anillo de oro antiguo, delicado, con un zafiro central del color del mar profundo que ella soñaba conocer, rodeado por dos pequeños diamantes que brillaban como estrellas.

—Este anillo perteneció a mi abuela, una mujer que se casó por amor en contra de los deseos de toda su familia y que fue inmensamente feliz hasta el último de sus días. Siempre dije que solo se lo daría a una mujer que me hiciera sentir lo mismo. Alice... ¿me harías el honor infinito de casarte conmigo? ¿Me dejarías plantar este jardín y todos los jardines futuros a tu lado? ¿Aceptarías ser mi esposa, mi compañera y mi amor eterno?

Alice se dejó caer de rodillas frente a él, sin importarle que el vestido nuevo tocara el suelo. Estar a su altura era lo único que importaba.

—Sí —sollozó ella, con una sonrisa que le dolía en las mejillas de pura dicha—. Sí, Arthur. Sí a todo. Sí al jardín, sí a la vida contigo, sí a ser tu esposa. Mil veces sí.

Arthur soltó un suspiro tembloroso, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante un siglo. Con manos delicadas, sacó el anillo de la caja y lo deslizó en el dedo anular de Alice. Encajaba perfectamente, como si hubiera sido forjado para ella.

Luego, la tomó del rostro y la besó. No fue un beso suave como el de Navidad, ni tímido como el primero. Fue un beso apasionado, profundo, lleno de gratitud y de promesa. Un beso que sellaba un pacto sagrado entre sus almas.

Se quedaron allí arrodillados, abrazados entre las velas y las flores, mientras la noche terminaba de caer fuera. Alice apoyó la frente contra la de Arthur, mirando el anillo en su mano, brillando a la luz de las llamas.

—Es hermoso, Arthur. Es el color del mar.

—Porque tú eres mi océano, Alice —susurró él, acariciando su cabello—. Y ahora, oficialmente, estamos navegando juntos.

Arthur se puso de pie y la ayudó a levantarse, sacudiendo con ternura el polvo de su vestido.

—Ahora —dijo él, recuperando esa sonrisa encantadora y segura—, creo que tenemos un baile al que asistir. Y tengo muchas ganas de entrar en esa plaza y presentarle a todo Oakhaven a mi prometida.

—¿Crees que se sorprenderán? —preguntó Alice, limpiándose las lágrimas de felicidad.

—Creo que dirán que por fin el hombre de la colina ha entrado en razón y ha asegurado el único tesoro verdadero del valle.

Volvieron al carruaje, pero esta vez el viaje fue diferente. Ya no había nervios, solo una euforia burbujeante. Arthur la mantenía abrazada contra su costado, besando su sien cada pocos minutos, como si necesitara comprobar que ella seguía allí y que había dicho que sí.

Cuando llegaron a la plaza del pueblo, la fiesta estaba en su apogeo. Había farolillos de papel colgando de los árboles, músicos tocando violines y flautas sobre un estrado de madera, y parejas girando en el centro de la plaza. El olor a sidra y pasteles llenaba el aire.

Arthur bajó primero y ofreció su mano a Alice. Cuando ella descendió, la luz de los farolillos iluminó su rostro radiante y el destello azul en su dedo.

Caminaron hacia la multitud. Al principio, nadie los notó, pero a medida que avanzaban hacia el centro, se abrió un pequeño camino. La señora Gable fue la primera en verlos, y sus ojos se abrieron como platos al ver la mano de Alice entrelazada con la de Arthur y el anillo brillando inconfundiblemente.

Arthur no se detuvo hasta llegar al centro de la pista de baile. Hizo una señal a los músicos, que detuvieron la melodía rápida y comenzaron un vals lento y dulce.

—¿Me concede este baile, futura señora Sterling? —preguntó él en voz alta, para que todos pudieran oírlo.

Un murmullo recorrió la plaza como una ola. "Prometida", "¿Ha oído eso?", "¡Se van a casar!".

Alice sonrió, sintiéndose la mujer más afortunada de la historia.

—Será un placer, señor Sterling.

Arthur la tomó en sus brazos y comenzaron a girar. Y mientras bailaban bajo las estrellas de mayo y los farolillos de papel, rodeados por las caras sonrientes de sus vecinos, Alice supo que este no era el final de su historia, sino el comienzo del capítulo más hermoso. El invierno había pasado, la soledad se había derretido, y en los brazos de Arthur, con un zafiro en el dedo y el corazón lleno de amor, Alice Moore había encontrado por fin su refugio contra cualquier tormenta que la vida pudiera traer.

Capítulo 16: El Color de Nuestro Amanecer

Junio se derramó sobre Oakhaven como miel dorada. Los días se estiraron, perezosos y cálidos, y las rosas que Arthur y Alice habían soñado durante el invierno estallaron en los jardines del valle, llenando el aire de un perfume embriagador y dulce. El pueblo, habitualmente tranquilo, bullía con una energía nueva. La noticia del compromiso entre el señor de la colina y la librera había sido el combustible de todas las conversaciones, y ahora, con la fecha de la boda fijada para el solsticio de verano, la emoción era palpable en cada esquina.

Para Alice, sin embargo, el mundo exterior se sentía como un zumbido lejano. Su realidad se había reducido a un círculo mágico trazado alrededor de Arthur y ella misma. Aunque seguía abriendo

"El Tintero de Bronce" cada mañana, su mente estaba ocupada tejiendo el futuro.

Era una tarde de martes, y el sol entraba a raudales por el escaparate de la librería, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire. Alice estaba ordenando una pila de novelas románticas que acababan de llegar, sonriendo para sus adentros al darse cuenta de que, por primera vez, su propia historia superaba a cualquiera de las que estaba apilando.

La campanilla de la puerta sonó, pero no con la urgencia de un cliente, sino con la familiaridad de alguien que llega a casa.

—He venido a secuestrarte, futura señora Sterling —anunció Arthur desde el umbral.

Llevaba una camisa de lino blanco, sin chaqueta debido al calor, lo que le daba un aire relajado y juvenil que a Alice le fascinaba. Parecía menos el aristócrata de Londres y más el hombre de campo en el que se estaba convirtiendo por amor a ella.

—¿Secuestrarme? —preguntó Alice, dejando los libros y rodeando el mostrador para ir a su encuentro—. Tengo un negocio que atender, señor mío. El señor Abernathy está tomando su siesta.

Arthur se acercó y la tomó por la cintura con una naturalidad posesiva y tierna, besándola brevemente en los labios.

—El señor Abernathy me ha dado su bendición implícita al roncar tan fuerte que se oye desde la calle. Además, hoy es un día importante. Hoy no vamos a plantar semillas, Alice. Hoy vamos a preparar el terreno interior.

Alice lo miró con curiosidad.

—¿El terreno interior?

—La casa —dijo él, y su expresión se volvió suave, casi vulnerable—. La mansión Miller ha sido mi refugio, sí. Pero ha sido un refugio de soltero. Gris, funcional y un poco triste. Si vas a vivir allí en tres semanas... necesito que deje de ser mi casa y empiece a ser nuestra. Y no puedo hacerlo sin ti.

Alice sintió un vuelco en el corazón. Cerró la tienda, colgó el cartel de "Vuelvo pronto" y se dejó llevar de la mano hacia el carruaje que esperaba fuera.

El trayecto hacia la colina fue diferente esta vez. No iban como invitados, ni como novios furtivos. Iban como compañeros que se dirigían a su hogar compartido. Arthur mantuvo su mano entrelazada con la de ella todo el camino, acariciando con el pulgar el zafiro de su anillo de compromiso, que destellaba bajo el sol de junio.bre

Al llegar, la mansión se alzaba imponente contra el cielo azul, pero las enredaderas verdes que habían empezado a trepar por la piedra suavizaban su aspecto, haciéndola parecer menos una fortaleza y más un abrazo de piedra.

Arthur la guio no a la biblioteca, ni al invernadero, sino escaleras arriba, hacia el ala este de la casa, una zona que Alice nunca había visitado.

—Esta es la habitación principal —dijo Arthur, deteniéndose frente a una puerta doble de madera oscura—. Mi habitación.

Abrió la puerta y dejó que Alice pasara primero. La estancia era enorme, con techos altos y una chimenea de mármol negro. Tenía ventanales inmensos que miraban hacia el valle, ofreciendo una vista espectacular de Oakhaven y las colinas lejanas. Sin embargo, la decoración era austera, casi monástica. Muebles de roble pesado, cortinas de terciopelo granate oscuro que bloqueaban la luz y una cama con dosel que parecía más un monumento que un lugar de descanso.

Alice caminó hacia el centro de la habitación, sintiendo la solemnidad masculina del espacio.

—Es... impresionante, Arthur. Y la vista es maravillosa.

Arthur se quedó en el marco de la puerta, observándola.

—Es fría —corrigió él—. Es la habitación de un hombre que no esperaba compartir su vida. Mira esas cortinas, Alice. Son pesadas.

Ahogan la luz. Y esa alfombra... creo que ha absorbido más silencio que pasos.

Se acercó a ella y la tomó de los hombros, girándola suavemente para que mirara la habitación a través de sus ojos.

—No quiero que te sientas como una invitada en esta habitación, Alice. Quiero despertar cada mañana y saber que este espacio es tan tuyo como mío. Quiero que traigas tu luz aquí. Quiero cambiarlo todo.

—¿Todo? —preguntó ella, sorprendida por la vehemencia en su voz —. Pero son muebles antiguos, valiosos...

—Son cosas —dijo él con desdén—. Tú eres la vida. Quiero tirar esas cortinas. Quiero poner telas ligeras que dejen entrar el sol de la mañana para poder verte bien al despertar. Quiero pintar estas paredes oscuras de un color que te haga sonreír. Crema, quizás. O ese azul pálido que te gusta tanto.

Arthur la abrazó desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro y rodeando su cintura con los brazos.

—Dime qué ves, Alice. Cierra los ojos e imagina cómo debería ser nuestro santuario.

Alice se recostó contra él, sintiendo el calor sólido de su pecho en su espalda. Cerró los ojos y dejó volar su imaginación.

—Veo... veo luz —murmuró—. Cortinas de lino blanco que se muevan con la brisa de verano. Veo una alfombra suave, de colores claros, donde podamos caminar descalzos sin frío. Y flores. Siempre flores sobre la repisa de la chimenea.

—Hecho —susurró Arthur en su oído, enviando un escalofrío delicioso por su columna—. ¿Qué más?

—Veo un sillón grande cerca de la ventana —continuó ella, sonriendo—. Lo suficientemente grande para dos personas, para leer juntos cuando llueva.

—Imprescindible —coincidió él—. ¿Y la cama?

Alice se ruborizó, aunque él no podía verla.

—La cama es hermosa, Arthur. Solo necesita... sábanas que huelan a lavanda, no a encierro. Y quizás quitar ese dosel tan pesado para que podamos ver el techo alto.

Arthur la giró entre sus brazos y la miró con una intensidad que le robó el aliento.

—Entonces empezaremos mañana. Llamaré a los pintores, a los tapiceros. Quiero que cuando entres aquí como mi esposa, dentro de tres semanas, no sientas que estás entrando en la habitación de Arthur Sterling, sino en el corazón de nuestro matrimonio.

La besó allí, en medio de la habitación oscura que pronto estaría llena de luz. Fue un beso lento, profundo, cargado de una promesa de intimidad que hizo que las rodillas de Alice temblaran. En ese beso no solo había deseo, había una reverencia absoluta por la vida que estaban a punto de compartir. Arthur no solo le estaba ofreciendo un espacio en su cama; le estaba ofreciendo reescribir su entorno para que ella cupiera en él cómodamente.

Pasaron el resto de la tarde recorriendo la casa, decidiendo qué cuadros cambiar de lugar y qué habitaciones se convertirían en cuartos de invitados para los amigos que Alice quisiera invitar. Arthur escuchaba cada sugerencia de ella como si fuera un decreto real.

Al atardecer, terminaron en la biblioteca, su lugar favorito. Pero esta vez, Arthur tenía algo preparado. Sobre el escritorio de caoba había dos pilas de libros: una pequeña, que Alice reconoció como sus propios volúmenes favoritos que había traído de su casa poco a poco, y la inmensa colección de Arthur.

—Hay un último asunto legal que debemos tratar —dijo Arthur con una sonrisa solemne, tomando un libro de la pila de Alice y otro de la suya.

—¿Legal? —preguntó ella, divertida.

—La fusión de bienes —bromeó él—. He estado pensando... una biblioteca dividida es una tristeza. He dejado estantes vacíos

intercalados con los míos. Quiero que mezclemos nuestros libros, Alice. Quiero que tu Jane Austen viva al lado de mi Shakespeare. Quiero que tus poetas románticos se mezclen con mis tratados de historia.

Alice sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Para dos amantes de los libros, aquello era el acto de intimidad definitivo.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con voz temblorosa—. Mis ediciones son viejas, de segunda mano. Las tuyas son de piel y pan de oro. Desentonarán.

—No —dijo Arthur con firmeza—. Se complementarán. Tus libros tienen las marcas de tus dedos, las esquinas dobladas, las anotaciones... tienen vida. Mis libros estaban impolutos y solos. Necesitan a los tuyos para aprender a ser amados.

Arthur le tendió su ejemplar de Baladas Líricas, el libro con el que todo había empezado.

—¿Me haces los honores?

Alice tomó el libro y caminó hacia la estantería principal. Arthur la siguió con su propio libro favorito. Juntos, colocaron los volúmenes uno al lado del otro en el estante central. El lomo desgastado del libro de Alice se apoyó contra el cuero fino del de Arthur, sosteniéndose mutuamente.

—Ahí está —dijo Arthur, rodeándola con un brazo—. El matrimonio perfecto.

Se quedaron mirando los libros un momento, y luego Arthur la giró hacia él. La luz dorada del atardecer entraba por los ventanales altos, bañándolos en un resplandor ámbar.

—Alice —dijo él, acariciando su rostro—, he pasado años viajando, buscando algo que no sabía nombrar. Hoy, mirando esa habitación vacía y pensando en cómo la llenaremos, y viendo nuestros libros juntos... sé que he llegado. Tú eres mi destino. No el mar, no Londres. Tú.

—Y tú eres el mío, Arthur —respondió ella, poniéndose de puntillas para abrazarlo—. Mi casa, mi jardín, mi historia.

Se abrazaron en el silencio de la biblioteca, mientras el sol se ponía sobre Oakhaven, tiñendo el cielo de tonos violetas y naranjas. No necesitaban hablar más. La casa a su alrededor, antes silenciosa y fría, parecía suspirar de alivio, sabiendo que la soledad había terminado para siempre.

Mientras Arthur la mecía suavemente en sus brazos, Alice pensó en la habitación de arriba, en las cortinas blancas que pondrían y en la luz que entraría por las mañanas. Sintió una paz tan profunda que le caló los huesos. No había miedo, ni dudas. Solo la certeza absoluta de que, pasara lo que pasara, mientras estuvieran juntos, cada amanecer sería una celebración.

—Vamos a casa —susurró Arthur en su cabello, refiriéndose a llevarla de vuelta al pueblo por última vez antes de la boda.

—Sí —respondió ella, apretándose más contra él—. Pero Arthur... creo que ya estoy en casa.

Y con esa verdad flotando en el aire perfumado de libros y rosas, salieron de la biblioteca, dejando atrás dos libros apoyados el uno contra el otro, esperando el futuro, juntos.

Capítulo 17: Ecos del Pasado y Campanas de Futuro

El tercer domingo de junio amaneció con un calor suave y perezoso, típico de las mañanas que prometen tardes largas y doradas. En Oakhaven, sin embargo, el aire vibraba con una electricidad diferente. Era el día de la tercera y última lectura de las amonestaciones en la iglesia de San Judas. Según la tradición y la ley, una vez leídas por tercera vez sin que nadie presentara objeción, Arthur Sterling y Alice Moore serían libres para casarse.

La iglesia estaba abarrotada. No cabía ni un alfiler en los bancos de madera pulida. Parecía que hasta las ardillas del parque habían venido a escuchar. Alice, sentada en el banco delantero junto a Arthur, sentía el peso de cientos de miradas en su nuca, pero esta vez, no le importaba. La mano de Arthur sostenía la suya con firmeza sobre la falda de su vestido de domingo, un ancla sólida en medio de la marea de expectación.

El vicario, un hombre bondadoso con voz de trueno, se aclaró la garganta desde el púlpito.

—Publico las amonestaciones de matrimonio entre Arthur Henry Sterling, de la parroquia de Londres y actualmente de esta parroquia, y Alice Marie Moore, de esta parroquia. Si alguno de ustedes conoce causa o impedimento justo por los cuales estas dos personas no deben unirse en santo matrimonio, debe declararlo ahora. Esta es la tercera vez que se pregunta.

El silencio que siguió fue absoluto, denso y sagrado. Ni un carraspeo, ni un susurro. Solo el zumbido de una abeja que había entrado por una ventana abierta y el latido acelerado del corazón de Alice. Arthur apretó su mano, y ella giró la cabeza para mirarlo. En sus ojos ámbar no había duda ni nerviosismo, solo una certeza tranquila y absoluta. Estaba declarando ante Dios y ante el hombre que ella era su elección final.

—Al no haber impedimentos —concluyó el vicario con una sonrisa radiante—, que Dios bendiga esta unión que se celebrará en el

solsticio de verano.

Un suspiro colectivo de alegría recorrió la congregación. A la salida, el atrio se convirtió en una fiesta improvisada de felicitaciones, palmadas en la espalda y buenos deseos. Pero Arthur, siempre atento a los estados de ánimo de Alice, notó la pequeña sombra de melancolía que cruzó su rostro cuando la señora Gable mencionó: "¿Ya has terminado de empacar la cabaña, querida?".

Esa tarde, Alice se encontraba en medio de su pequeña sala de estar en Lane's End. La casa, que siempre había estado llena de vida, ahora se veía extrañamente desnuda. Había cajas apiladas por todas partes, llenas de ropa, utensilios de cocina y recuerdos de toda una vida.

Alice tomó un pequeño marco de fotos de la repisa de la chimenea. Era un daguerrotipo descolorido de su padre, un hombre con ojos amables y manos manchadas de tinta, parado frente a "El Tintero de Bronce".

—Me voy a casar, papá —susurró ella al silencio de la habitación—. Voy a ser feliz. Espero que te guste. Es... es un buen hombre. Lee poesía y planta jardines. Te caería bien.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Dejar esa casa significaba cerrar el libro de su infancia. Significaba que la Alice solitaria que leía junto al fuego ya no existiría, reemplazada por una mujer nueva, una esposa, una compañera. Era una felicidad inmensa, sí, pero teñida del dolor dulce de la despedida.

Tres golpes suaves en la puerta abierta la sacaron de su ensoñación.

Arthur estaba allí, apoyado en el marco, con la luz del atardecer recortando su silueta. No dijo nada al principio; simplemente observó la habitación medio vacía y luego a ella, sosteniendo la foto. Entró despacio, respetando el silencio, y se acercó a ella.

—Es difícil, ¿verdad? —preguntó suavemente, rodeando sus hombros con un brazo.

Alice asintió, apoyando la cabeza en su pecho.

—He vivido aquí toda mi vida, Arthur. Cada grieta en la pared tiene una historia. Aquí aprendí a leer. Aquí cuidé a mi padre cuando enfermó. Aquí... aquí soñé contigo antes de saber que existías.

Arthur besó la cima de su cabeza.

—No estamos borrando esas historias, Alice. Las estamos llevando con nosotros. Esta casa siempre será parte de quien eres. Y quien eres es la mujer que amo.

Miró la foto en las manos de ella.

—¿Es tu padre?

—Sí. Thomas Moore.

Arthur tomó el marco con delicadeza, estudiándolo con respeto.

—Tiene tus ojos. Y esa mirada de quien conoce el valor de un buen libro.

Hubo un momento de silencio, y luego Arthur habló con una determinación suave.

—Alice, hay algo que quiero hacer. Algo que debí hacer hace tiempo, pero quería esperar a que las amonestaciones fueran oficiales. ¿Me acompañas?

—¿A dónde?

—A pedir su bendición. Formalmente.

Alice lo miró sorprendida, pero la seriedad en el rostro de Arthur le dijo que esto era importante para él.

Caminaron juntos hacia el pequeño cementerio detrás de la iglesia, donde las lápidas de piedra gris se inclinaban suavemente bajo la sombra de tejos centenarios. El aire estaba fresco y olía a hierba y a tierra antigua.

Llegaron a la tumba de Thomas Moore. Era sencilla, cuidada, con un rosal silvestre creciendo a un lado.

Arthur se quitó el sombrero y se quedó de pie en silencio un momento, con la cabeza inclinada. Luego, hizo algo que conmovió a

Alice hasta lo más profundo de su alma: se dirigió a la lápida como si estuviera hablando con un hombre vivo parado frente a él.

—Señor Moore —comenzó Arthur, con voz firme y clara—. Soy Arthur Sterling. Sé que no tuvimos el placer de conocernos en esta vida, y lo lamento profundamente, porque usted crio a la mujer más extraordinaria que ha pisado esta tierra.

Arthur extendió la mano y tomó la de Alice, entrelazando sus dedos con fuerza.

—Vengo hoy aquí, bajo este cielo y ante su memoria, para hacerle una promesa. Me voy a llevar a su hija de la casa que usted construyó. La voy a llevar a mi hogar en la colina. Pero quiero que sepa que no la estoy apartando de sus raíces.

Alice se llevó la mano libre a la boca para contener un sollozo, pero Arthur continuó, sin soltarla, mirando fijamente la piedra grabada.

—Prometo, señor, que la cuidaré con cada aliento que me quede. Prometo que nunca le faltará calor en invierno, ni flores en primavera, ni una mano que sostenga la suya cuando tenga miedo. Prometo respetar su mente brillante y su corazón bondadoso. Prometo amarla no solo como a mi esposa, sino como a mi igual, mi compañera y mi mejor amiga.

Arthur hizo una pausa, y su voz bajó a un susurro ronco, cargado de emoción.

—Usted le dio la vida y el amor por los libros. Yo dedicaré el resto de mi vida a asegurarme de que esa vida sea tan feliz como ella merece. Espero... espero contar con su bendición.

El viento sopló suavemente entre los árboles, moviendo las hojas del rosal silvestre, y un rayo de sol del atardecer se filtró entre las nubes, iluminando el nombre grabado en la piedra. Para Alice, en ese momento místico, se sintió como una respuesta. Una caricia invisible.

—Arthur... —lloró ella, abrazándose a él con fuerza—. Él te adoraría. Te adoraría.

Arthur la envolvió en sus brazos, meciéndola allí, en medio del cementerio tranquilo.

—Solo quiero ser digno de ti, Alice. Y de él.

Se quedaron allí hasta que el sol se puso, dejando el cielo teñido de violeta y oro. Al salir del cementerio, Alice sintió que un peso se había levantado de sus hombros. La tristeza de dejar Lane's End se había transformado en paz. Ya no sentía que abandonaba a su padre; sentía que lo llevaba con ella hacia su nueva vida.

Regresaron a la cabaña para recoger las últimas cajas. Arthur cargó las más pesadas en el carruaje con una facilidad que hablaba de su deseo de servirla. Jasper, el gato, ya estaba instalado en una cesta acolchada, listo para su traslado a la mansión, donde Arthur le había prometido los mejores ratones de la bodega y cojines de terciopelo.

Cuando la última caja fue cargada, Alice cerró la puerta de la cabaña por última vez. Giró la llave en la cerradura con un chasquido definitivo.

—¿Lista? —preguntó Arthur, ofreciéndole la mano para subir al carruaje.

Alice miró la pequeña casa a oscuras, luego miró a Arthur, iluminado por la luz de la lámpara del carruaje. Vio en su rostro su futuro, su hogar, su todo.

—Lista —dijo ella, entregándole la llave—. Llévame a casa, Arthur.

Mientras el carruaje se alejaba traqueteando por el camino, subiendo hacia la colina bajo las primeras estrellas, Alice no miró atrás. Se acurrucó contra el costado de Arthur, sintiendo su brazo protector alrededor de ella. El pasado era un tesoro guardado en el corazón, pero el futuro... el futuro era un camino abierto, recorrido de la mano de un hombre que había pedido permiso a una tumba para hacerla feliz. Y esa noche, Alice durmió por primera vez bajo el techo de la mansión Miller, no como invitada, sino como la dueña del corazón de su señor, a solo tres días de decir "sí" para siempre.

Capítulo 18: El Solsticio de las Promesas Cumplidas

El veintiuno de junio amaneció sobre Oakhaven no simplemente como un día más, sino como una bendición dorada. Al ser el solsticio de verano, el sol parecía tener prisa por salir, tiñendo el cielo de un rosa nácar y lavanda apenas pasadas las cuatro de la madrugada. El valle resplandecía, verde y vibrante, como si la tierra misma se hubiera vestido de gala para la ocasión.

En la habitación de invitados del ala oeste de la mansión Miller, Alice Moore despertó con el primer rayo de luz que se coló por la ventana. Por un momento, al ver el techo desconocido, se sintió desorientada, pero entonces la realidad la inundó con una ola de felicidad cálida y burbujeante: hoy era su boda. Hoy dejaría de ser la señorita Moore para convertirse en la señora Sterling.

No hubo tiempo para la melancolía. Apenas se había levantado cuando la puerta se abrió y entró la señora Gable, seguida de dos muchachas del pueblo, cargadas con telas, cintas y una energía contagiosa.

—¡Arriba, novia! —exclamó la panadera, que había asumido el papel de madre postiza para el evento—. El sol no espera y el novio, según me dicen los criados, lleva despierto desde las tres paseando por el jardín como un león enjaulado de pura impaciencia.

Las horas siguientes fueron un torbellino de encajes y risas. El vestido de Alice era una obra de sencillez exquisita. No era de la seda pesada y rígida de la corte, sino de un satén de color crema, suave y fluido, cubierto por una capa de encaje Chantilly que había pertenecido a su madre. Las mangas eran largas y transparentes, y el escote modesto estaba adornado con pequeñas perlas.

Cuando finalmente la vistieron y le colocaron el velo, una nube ligera sujeta con una corona de flores de azahar y rosas blancas pequeñas del propio invernadero de Arthur, se hizo un silencio reverencial en la habitación.

La señora Gable se enjugó una lágrima con la esquina de su delantal.

—Estás... estás radiante, querida. Tu padre estaría tan orgulloso.

Alice se miró al espejo de cuerpo entero. No se reconoció al principio. La mujer que le devolvía la mirada tenía una serenidad y una belleza que no provenían del vestido ni de las flores, sino de la certeza absoluta de ser amada.

—Gracias —susurró Alice, tocando suavemente el relicario de plata con la perla que descansaba sobre su garganta, su "algo azul" (por el mar que representaba) y su "algo nuevo" a la vez.

A las once en punto, un carruaje abierto, decorado con guirnaldas de hiedra y peonías, la llevó colina abajo hacia el pueblo. El señor Abernathy, vestido con su mejor traje de domingo, cepillado hasta que brillaba, la esperaba al pie de las escaleras de la iglesia.

—Señor Abernathy —dijo Alice, tomando su brazo huesudo y tembloroso—. Se ve usted muy elegante.

—Y tú te ves como un ángel, muchacha —gruñó el anciano, intentando ocultar su emoción bajo su habitual tono cascarrabias—. Vamos. No hagamos esperar al muchacho. Si sigue suspirando ahí dentro, se va a quedar sin aire antes de decir "sí".

La iglesia de San Judas estaba transformada. No había un solo rincón sin flores. El aroma a rosas, lirios y velas de cera de abeja era embriagador. El pueblo entero estaba allí, apretujado en los bancos, con sus mejores ropas.

Cuando el órgano comenzó a tocar los primeros acordes de la marcha nupcial, todos se pusieron de pie.

Alice comenzó a caminar por el pasillo central, aferrada al brazo del señor Abernathy. Al principio, vio los rostros sonrientes de sus vecinos, pero a mitad de camino, todo se desvaneció. El mundo se redujo a un solo punto focal al final del altar.

Arthur.

Estaba de pie junto al vicario, alto y majestuoso con su levita negra y chaleco de brocado plata. Pero fue su expresión lo que hizo que a Alice le flaquearan las rodillas. Al verla, Arthur había dejado de respirar visiblemente. Sus ojos ámbar estaban muy abiertos, brillantes de lágrimas no derramadas, y en su rostro había una mezcla de asombro, incredulidad y una adoración tan pura que era casi dolorosa de presenciar.

Cuando llegaron al altar, el señor Abernathy tomó la mano de Alice y la depositó suavemente en la de Arthur.

—Cuídala bien, hijo —susurró el anciano con voz ronca.

—Con mi vida, señor —respondió Arthur, sin apartar la mirada de Alice.

Arthur apretó su mano, un ancla cálida y segura. Sus dedos temblaban ligeramente, transmitiendo la intensidad de su emoción.

—Eres... —comenzó a susurrar Arthur, pero la voz se le quebró—. No hay palabras. Eres mi solsticio.

La ceremonia fue un sueño dorado. Las palabras del vicario flotaban en el aire, antiguas y solemnes, pero para Alice y Arthur, solo existía su propia conversación silenciosa.

Cuando llegó el momento de los votos, Arthur se giró hacia ella, tomando ambas manos entre las suyas.

—Yo, Arthur, te tomo a ti, Alice, para ser mi esposa —dijo él, y su voz resonó en la iglesia de piedra, profunda y clara—. Prometo ser el refugio donde siempre puedas resguardarte de la lluvia. Prometo cuidar tus sueños como cuido nuestro jardín. Prometo que nunca habrá un libro en nuestras vidas que no leamos juntos, y que cada día intentaré ser digno del milagro de tu amor. Con este anillo, te desposo.

Deslizó una alianza de oro simple junto al anillo de zafiro en su dedo.

Alice, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, sostuvo la mano de Arthur.

—Yo, Alice, te tomo a ti, Arthur, para ser mi esposo. Prometo ser tu hogar, allá donde estemos. Prometo llenar tus silencios con risas y tus habitaciones vacías con luz. Prometo que, aunque el invierno llegue, siempre mantendré el fuego encendido para ti. Y prometo amarte con cada página de mi historia, hasta el final del libro.

Cuando el vicario los declaró marido y mujer, y Arthur levantó el velo para besarla, la iglesia estalló no en aplausos educados, sino en un vitoreo de alegría genuina. El beso fue dulce, tierno, pero cargado de una promesa de eternidad. Arthur la besó como si quisiera respirar su alma, y Alice le respondió entregándole la suya por completo.

La celebración posterior fue legendaria en los anales de Oakhaven. Se organizó un banquete al aire libre en los jardines de la mansión, que ahora estaban en plena floración gracias a su trabajo de primavera. Había mesas largas bajo los robles, cargadas de comida,

vino y pasteles. Músicos tocaban melodías alegres y la gente bailaba sobre la hierba.

Arthur y Alice apenas se separaron. Bailaron, rieron, brindaron y aceptaron los buenos deseos de todos. Pero a medida que el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de ese azul profundo y mágico del solsticio, Arthur se inclinó hacia ella.

—Señora Sterling —susurró en su oído, enviando un escalofrío delicioso por su espalda—, creo que nuestros invitados están lo suficientemente borrachos de felicidad y vino como para no notar si nos escabullimos.

—¿A dónde, señor Sterling? —preguntó ella con una sonrisa cómplice.

—A casa. A nuestra verdadera casa.

Se despidieron discretamente y subieron las escaleras de la mansión, dejando atrás la música y las risas, entrando en la quietud íntima de su hogar.

Arthur la guio hacia la habitación principal, la que habían redecorado juntos semanas atrás. Al abrir la puerta, Alice soltó un suspiro.

La habitación estaba bañada por la luz de la luna y de docenas de velas. Las cortinas de lino blanco se mecían suavemente con la brisa cálida de verano que entraba por el balcón abierto. Había jarrones con rosas blancas y lavanda en cada superficie, llenando el aire de un perfume embriagador y relajante. Ya no era la habitación oscura y austera de un soltero; era un santuario de luz y amor.

Arthur cerró la puerta tras ellos y echó el cerrojo, dejando al mundo fuera. Se giró hacia ella y, con una lentitud deliberada, comenzó a quitarle los guantes, besando cada centímetro de piel que descubría.

—Bienvenida a casa, mi amor —murmuró contra su muñeca.

—Es perfecta, Arthur.

—Tú eres perfecta.

Con una ternura infinita, Arthur comenzó a deshacer los botones de su vestido. Sus manos, que habían plantado semillas y cargado cajas, eran ahora tan delicadas como las alas de una mariposa. Alice no sintió miedo ni vergüenza, solo una confianza absoluta y un deseo que había estado ardiendo a fuego lento durante meses.

Cuando el vestido cayó al suelo en un susurro de satén, Arthur la miró con una reverencia que la hizo sentirse sagrada.

—He esperado toda mi vida por este momento —confesó él, acariciando su rostro—. No solo por tenerte en mis brazos, sino por tener el derecho de despertar contigo mañana. Y pasado mañana. Y siempre.

La llevó hacia la cama, donde las sábanas blancas y frescas esperaban. Se amaron con la misma intensidad con la que habían vivido su romance: sin prisas, con una comunicación profunda que no necesitaba palabras, explorando el mapa de sus cuerpos con la misma devoción con la que habían explorado los mapas de la biblioteca.

Fue una noche de descubrimientos, de susurros en la oscuridad y de piel contra piel. Arthur fue un amante atento y apasionado, y Alice descubrió que la pasión no era algo de lo que había que huir, sino una extensión natural del amor que sentía.

Más tarde, cuando la luna estaba alta en el cielo, se quedaron abrazados bajo las sábanas ligeras, con las piernas entrelazadas y los corazones latiendo al unísono.

—Arthur —susurró Alice, trazando círculos en su pecho desnudo.

—¿Dime, mi vida?

—¿Recuerdas que querías ver el mar?

—Lo recuerdo.

—Creo que ya no lo necesito —dijo ella, levantando la vista para encontrar sus ojos en la penumbra—. Porque esta noche, aquí contigo... he sentido esa inmensidad. He sentido las olas.

Arthur sonrió y la besó en la frente, apretándola más fuerte contra él.

—Iremos de todos modos —prometió—. Pero tienes razón. El verdadero viaje ya lo hemos hecho. Hemos llegado a puerto.

Y así, en la noche más corta del año, Arthur y Alice Sterling durmieron abrazados, sabiendo que, aunque el sol saldría temprano, la luz que habían encendido entre ellos no se apagaría jamás. Su historia de amor, nacida en una librería bajo la lluvia y cultivada en un jardín de invierno, había florecido finalmente en un verano eterno.

Capítulo 19: Donde el Cielo Toca el Agua

Julio llegó con un calor vibrante que hacía zumbar a las cigarras en los campos de trigo de Oakhaven. Habían pasado tres semanas desde la boda, tres semanas que para Alice Sterling habían sido una sucesión de días luminosos, despertares lentos entre sábanas de lino y tardes de lectura compartida en la biblioteca o bajo la sombra del viejo roble del jardín. La mansión Miller, antes silenciosa, ahora tenía risas en los pasillos y flores frescas en cada rincón.

Sin embargo, Arthur no había olvidado su promesa.

Una mañana, mientras desayunaban en la terraza con vistas al valle, Arthur dejó su taza de café y colocó un billete de tren sobre la mesa, junto al plato de tostadas de Alice.

—Prepara tu mejor sombrero de paja, señora Sterling —dijo él, con esa chispa de aventura en los ojos que a Alice le encantaba—. Mañana nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó ella, tomando el billete con curiosidad. Sus ojos se abrieron al leer el destino: **Cornualles**.

—Al fin del mundo. O al menos, al fin de la tierra firme —respondió él, tomando su mano—. Te prometí el mar, Alice. Y los Sterling siempre cumplen sus promesas.

El viaje fue una aventura en sí mismo. Para Alice, que nunca había salido del condado, el tren de vapor era una bestia magnífica de hierro y humo. Se sentaron en un compartimento privado de primera clase, con asientos de terciopelo rojo y paneles de caoba. Mientras el tren avanzaba hacia el sur, dejando atrás las colinas verdes y suaves para adentrarse en paisajes más agrestes y dramáticos, Alice permaneció pegada a la ventana, fascinada.

Arthur, sin embargo, apenas miraba el paisaje. La miraba a ella.

—¿No te aburres de mirarme? —preguntó Alice, girándose al sentir su mirada fija, sonrojándose ligeramente a pesar de la confianza que ya tenían.

—El paisaje cambia, Alice. Tú eres la única vista constante que quiero conservar —respondió él, extendiendo la mano para acariciar su mejilla—. Además, estoy disfrutando de ver el mundo a través de tus ojos. Es como verlo por primera vez.

Viajaron durante horas, compartiendo un almuerzo de picnic que la señora Gable les había empacado con cariño. Arthur le explicaba la historia de los pueblos que pasaban, le hablaba de las minas de estaño y de las leyendas de gigantes y reyes antiguos de la región. Alice lo escuchaba embelesada, no solo por las historias, sino por la cadencia profunda de su voz, esa voz que ahora era la banda sonora de su vida.

Al atardecer, llegaron a su destino: una pequeña villa costera de casas blancas y tejados de pizarra, encaramada en los acantilados. Arthur había alquilado una pequeña casa de campo aislada, lejos del bullicio del puerto, situada en un promontorio que miraba directamente al Atlántico.

El carruaje los dejó al pie del sendero. El aire aquí era diferente. Era denso, húmedo y tenía un sabor salado que se quedaba en los labios. Alice inspiró profundamente, sintiendo una emoción que le erizaba la piel.

—¿Lo hueles? —preguntó Arthur, tomando las maletas, rechazando la ayuda del conductor porque quería que ese momento fuera solo

de ellos.

—Huele a... inmensidad —susurró ella.

—Cierra los ojos —pidió Arthur—. No quiero que lo veas todavía. Quiero llevarte hasta el borde. Confía en mí.

—Confío en ti con mi vida, Arthur —respondió ella, cerrando los ojos y dejándose guiar por su mano.

Caminaron despacio por el sendero de hierba. Alice escuchaba un sonido nuevo, un rugido grave y rítmico, como la respiración de un gigante dormido, que se hacía más fuerte con cada paso. El viento le revolvía el cabello y le traía el frescor del agua. Su corazón latía desbocado, no de miedo, sino de una anticipación casi dolorosa.

Arthur se detuvo y se colocó detrás de ella, rodeando su cintura con sus brazos sólidos, apoyando la barbilla en su hombro.

—Ábrelos —susurró él en su oído.

Alice abrió los ojos.

El mundo se había acabado. O mejor dicho, el mundo que ella conocía había terminado y había dado paso al infinito.

Frente a ella, extendiéndose hasta donde la vista podía alcanzar, estaba el océano. No era una masa de agua tranquila como en los lagos de los libros ilustrados; era una fuerza viva, ondulante, de un azul profundo que se volvía turquesa y blanco al chocar contra las rocas negras cien metros más abajo. El sol se estaba poniendo, tiñendo el agua de fuego líquido, oro y violeta. El horizonte era una línea curva y perfecta donde el cielo besaba al mar.

Alice soltó un grito ahogado y se llevó las manos a la boca. Las lágrimas brotaron instantáneamente, calientes y rápidas. Era más grande de lo que había imaginado. Más ruidoso. Más hermoso. La hacía sentirse diminuta, como un grano de arena, y al mismo tiempo, extrañamente eterna.

—Es... es demasiado —logró decir, la voz quebrada por la emoción.

—Es el mar —dijo Arthur suavemente, apretándola más fuerte contra su pecho, anclándola a la tierra para que la inmensidad no se la llevara—. Ha estado aquí desde el principio de los tiempos, esperando a que tú vinieras a verlo.

Alice se giró en sus brazos y enterró el rostro en su pecho, sollozando de pura felicidad abrumadora. Arthur la sostuvo, acariciando su espalda, dejando que ella procesara la magnitud del momento. Él no miraba el mar; ya lo había visto mil veces. Él miraba cómo la luz del atardecer se reflejaba en el cabello de su esposa, pensando que esa visión era mucho más impresionante que cualquier marea.

—Gracias —lloró ella—. Gracias por traerme aquí. Gracias por cumplir mi sueño.

—Tú eres mi sueño, Alice —respondió él, levantando su rostro para limpiar las lágrimas con sus pulgares—. Darte el mar es lo mínimo que puedo hacer a cambio de la vida que tú me has dado.

Cuando Alice se calmó, bajaron por un sendero empinado hasta una pequeña cala privada de arena blanca. Alice, que siempre había sido la librera correcta y prudente, sintió un impulso de libertad salvaje. Se quitó los zapatos y las medias allí mismo, sintiendo la arena fría y suave bajo sus pies desnudos.

—¡El agua! —exclamó, corriendo hacia la orilla como una niña.

Arthur se rio, una risa libre y despreocupada que el viento se llevó, y se quitó sus propias botas para seguirla.

Alice se detuvo justo donde la espuma blanca moría en la arena. Dejó que una ola pequeña le mojara los pies. El agua estaba helada, pero la sensación fue electrizante. Se giró hacia Arthur con una sonrisa tan radiante que rivalizaba con el sol poniente.

—¡Está fría! —gritó ella, riendo.

Arthur llegó a su lado y la tomó de la cintura, levantándola en el aire y girando con ella mientras las olas rompían cerca de ellos. Alice

echó la cabeza hacia atrás, riendo hacia el cielo abierto, sintiéndose absolutamente libre, absolutamente amada.

—Te quiero, Alice Sterling —gritó Arthur al viento y al mar, bajándola lentamente hasta que sus cuerpos quedaron pegados, sus frentes unidas—. Te quiero más que a todas las gotas de agua de este océano.

Se besaron con el sabor de la sal en los labios, un beso apasionado y húmedo por la bruma marina. El sonido de las olas rompiendo era su aplauso, y las gaviotas que chillaban a lo lejos, sus testigos.

Pasaron la noche en la pequeña casa del acantilado. Arthur había encendido un fuego en la chimenea de piedra, no porque hiciera mucho frío, sino por el confort de la luz. Cenaron pan, queso y vino frente a la ventana abierta, escuchando el rugido constante del mar, que ahora era una canción de cuna oscura y misteriosa.

Más tarde, en la cama grande y mullida que olía a lavanda y sal, Arthur la amó con una lentitud reverente. Cada caricia era una afirmación: estoy aquí, eres mía, soy tuyo. Alice, con la piel aún vibrando por el viento y el sol, se entregó a él con una confianza total.

Después, mientras yacían abrazados bajo el edredón, Alice jugó con el relicario de plata que llevaba al cuello, abriéndolo para mirar la pequeña perla.

—Ahora entiendo la perla —susurró en la oscuridad.

—¿Sí? —preguntó Arthur, con la voz adormilada y ronca, besando su hombro desnudo.

—Es hermosa y perfecta, pero nació de la arena y la corriente. Como nosotros. Empezamos como dos extraños en una tormenta, y ahora... ahora somos esto.

Arthur se incorporó sobre un codo para mirarla a la luz de las brasas agonizantes.

—Eres una poeta, señora Sterling. Siempre supe que esos libros te habían enseñado bien.

—No fueron los libros, Arthur —dijo ella, acariciando su rostro, trazando la línea de su mandíbula—. Fue el amor. El amor me enseñó a ver la poesía en la realidad.

Arthur sonrió y atrapó su mano, besando el centro de su palma.

—Duerme, mi amor. Mañana te enseñaré a buscar conchas en la marea baja. Y pasado mañana, subiremos al faro. Tenemos tiempo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Alice cerró los ojos, arrullada por el latido del corazón de Arthur bajo su oído y el sonido eterno del mar fuera de la ventana. Se sentía llena, completa. El horizonte que había visto desde el acantilado era infinito, sí, pero sabía que su verdadero infinito estaba allí, en ese abrazo, en esa cama, en ese amor que había resistido el invierno para florecer frente al océano. Y con esa certeza cálida en el pecho, se dejó llevar hacia el sueño más dulce de su vida.

Capítulo 20: La Cosecha de los Días Dorados

Agosto maduró sobre el valle de Oakhaven con una languidez dulce y pesada. Los campos de trigo que rodeaban el pueblo se habían

tornado de un oro profundo, ondulando bajo la brisa cálida como el mar que Arthur y Alice habían dejado atrás en Cornualles. El regreso a la mansión Miller no había sido un final de la aventura, sino el comienzo de una nueva clase de exploración: la de la convivencia diaria y la construcción de un hogar verdadero.

Para Alice, la transición de vivir en su pequeña cabaña a ser la señora de la gran casa en la colina había tenido sus desafíos. A veces, al caminar por los largos pasillos, todavía se sorprendía buscando el interruptor de una vida más pequeña. Sin embargo, Arthur tenía un don para hacer que los espacios grandes se sintieran íntimos. Nunca entraba en una habitación donde ella estuviera sin besarla, y nunca dejaba que cenaran en el comedor formal, prefiriendo la mesa pequeña de la biblioteca o la terraza del jardín.

Una tarde de viernes, el aire estaba cargado con el zumbido de las abejas y el aroma a tierra caliente. Alice salió al jardín oeste, vestida con un vestido de algodón ligero de color melocotón y un sombrero de paja de ala ancha. Llevaba una cesta de mimbre en el brazo y unas tijeras de podar en la mano.

Lo que encontró allí la hizo detenerse y sonreír con una satisfacción profunda.

El jardín, aquel terreno baldío de zarzas y piedras que habían limpiado juntos en primavera bajo la lluvia y el barro, era ahora un estallido de vida. Los rosales antiguos que habían plantado con tanta esperanza se habían aferrado a los muros de piedra con fuerza, regalando sus primeras rosas tardías, de un rosa pálido y fragante. Los guisantes de olor trepaban descaradamente por los arcos de hierro, creando túneles de flores violetas y blancas.

Pero lo que más conmovió a Alice no fueron las flores, sino la figura masculina que estaba arrodillada entre los surcos de las verduras, con las mangas de la camisa remangadas y el sol brillando en su cabello oscuro.

Arthur estaba luchando, con una expresión de concentración divertida, con una planta de tomates que había crecido más allá de

toda expectativa razonable.

—Parece que la naturaleza te está ganando la batalla, mi amor —dijo Alice, acercándose con paso suave por el sendero de grava.

Arthur levantó la cabeza, y la sonrisa que le dedicó fue tan radiante como el sol de agosto. Se puso de pie, sacudiéndose la tierra de las rodillas, y se acercó a ella sin dudarlo, rodeando su cintura y besándola en los labios con sabor a verano.

—No es una batalla, es una negociación agresiva —rio él, señalando la planta—. Le dije a esta tomatera que creciera, pero creo que se lo tomó demasiado en serio. Si sigue así, tendremos salsa de tomate para alimentar a todo el regimiento de Londres.

Alice soltó una carcajada y acarició la mejilla de su esposo, que estaba bronceada por las horas pasadas al aire libre. Ya no quedaba rastro del caballero pálido y serio que había entrado en su librería meses atrás buscando refugio. El amor y el sol de Oakhaven lo habían transformado.

—Es la tierra, Arthur —dijo ella suavemente—. Es buena tierra. Y fue sembrada con amor. Todo lo que se siembra con amor crece el doble.

—Entonces me sorprende que no haya crecido un bosque de secuoyas aquí mismo —respondió él, besando la palma de su mano —. ¿Has venido a supervisar mis esfuerzos agrícolas o a rescatarme?

—He venido a cosechar —dijo ella, levantando su cesta—. El señor Abernathy viene a cenar esta noche. Es la primera vez que viene a la mansión desde la boda, y quiero que la ensalada sea de nuestro propio huerto.

—Ah, el señor Abernathy —Arthur asintió con solemnidad fingida—. El crítico más duro de este condado. Si las lechugas no están crujientes, nunca oiré el final de su discurso sobre la decadencia de la agricultura moderna.

Pasaron la siguiente hora trabajando juntos bajo el sol dorado de la tarde. Alice cortaba las hojas verdes y frescas de las lechugas,

mientras Arthur recolectaba los tomates rojos y brillantes, calientes por el sol. Había una paz inmensa en ese trabajo compartido, un ritmo silencioso que solo las parejas que se conocen profundamente pueden mantener. No necesitaban hablar para saber cuándo el otro necesitaba la cesta o cuándo detenerse para beber un poco de agua fresca de la jarra que habían traído.

Mientras Arthur alcanzaba unas hierbas aromáticas, Alice se detuvo un momento para observarlo. Sintió una oleada de gratitud tan intensa que tuvo que cerrar los ojos para contenerla. Pensó en su vida solitaria de antes, en cómo la felicidad parecía algo que les sucedía a los personajes de sus libros, no a ella. Y ahora, estaba allí, con las manos oliendo a albahaca y tierra, casada con el hombre más maravilloso que había conocido.

—¿En qué piensas? —preguntó Arthur, notando su quietud. Se acercó y le quitó el sombrero de paja, dejando que la brisa moviera los rizos sueltos de su frente.

—En que soy feliz —confesó ella, mirándolo a los ojos—. En que nunca imaginé que la felicidad fuera esto. Siempre pensé que sería algo grande y ruidoso, como fuegos artificiales. Pero es esto, Arthur. Es recoger tomates contigo un viernes por la tarde. Es saber que vas a estar ahí cuando me despierte mañana. Es... tranquilo.

Arthur dejó la cesta en el suelo y tomó su rostro entre sus manos sucias de tierra, sin importarle manchar su piel de porcelana.

—Es la paz, Alice. Es la paz que tú me has dado. Antes de ti, mi vida era ruido y prisa. Ahora... ahora es un jardín en agosto.

La besó allí, entre las filas de verduras, un beso lento y dulce que sabía a gratitud y a promesa cumplida.

La cena de esa noche fue un éxito rotundo. Cenaron en la terraza trasera, bajo la luz de las velas y las estrellas que comenzaban a aparecer. El señor Abernathy, aunque gruñó un poco sobre la subida de la cuesta hacia la mansión, se comió dos platos de la ensalada del jardín y admitió, a regañadientes, que los tomates tenían "sabor

a tomate de verdad, no a esas cosas aguadas que venden en la ciudad".

Arthur y Alice se miraron por encima de las velas y compartieron una sonrisa secreta. Era su primera victoria doméstica como anfitriones de su propia cosecha.

Cuando el anciano se marchó, llevado de vuelta al pueblo en el carruaje de Arthur para su comodidad, la casa quedó en silencio de nuevo. Pero no era un silencio vacío; era un silencio cálido y habitado.

Alice y Arthur se retiraron a la biblioteca. Había empezado a refrescar un poco, el primer aviso sutil de que el otoño esperaba a la vuelta de la esquina, así que Arthur encendió un fuego pequeño en la chimenea.

Alice se sentó en el sofá de terciopelo, con los pies subidos y un libro abierto en el regazo, pero no leía. Observaba a Arthur, que estaba sirviendo dos copas de oporto.

—¿Te das cuenta? —dijo Arthur, entregándole una copa y sentándose a su lado, pasando un brazo por sus hombros para atraerla hacia sí.

—¿De qué?

—De que hemos cerrado el círculo. Empezamos con libros y fuego en tu tienda. Ahora estamos con libros y fuego en nuestra casa. Y en medio, hemos plantado un jardín, hemos visto el mar y nos hemos prometido la eternidad.

—Ha sido un buen año, Arthur.

—El mejor de mi vida —aseguró él.

Arthur tomó el libro que ella tenía en el regazo. Era Persuasión de Jane Austen. Lo cerró suavemente y lo dejó sobre la mesa.

—Esta noche no quiero leer a Austen —murmuró él, acercándose a su oído—. Esta noche quiero escribir nuestro propio capítulo.

Alice sintió un escalofrío delicioso recorrerle la espalda. Se giró en sus brazos para mirarlo. La luz del fuego se reflejaba en los ojos de Arthur, convirtiendo el ámbar en oro líquido fundido.

—¿Y de qué trata este capítulo? —preguntó ella en un susurro, acariciando la nuca de su esposo.

Arthur la levantó en brazos con una facilidad que aún la sorprendía, llevándola hacia la alfombra frente al fuego, donde habían pasado tantas horas hablando y soñando.

—Trata sobre cómo el señor de la mansión se dio cuenta de que su esposa es más hermosa que cualquier jardín en flor. Trata sobre cómo la ama con una profundidad que asustaría a los poetas. Y trata sobre cómo pretende demostrárselo cada noche por el resto de sus días.

La recostó sobre los cojines, cubriéndola con su cuerpo, protegiéndola, adorándola. Y mientras el fuego crepitaba y el viento de agosto susurraba en las ventanas, Alice Sterling supo que tenía razón. La felicidad no eran fuegos artificiales. La felicidad era ese calor constante, esa seguridad inquebrantable, ese amor que, como su jardín, había echado raíces profundas en la tierra buena y ahora daba sus frutos más dulces.

—Te amo, Arthur —susurró ella contra sus labios.

—Te amo, Alice. Mi vida, mi cosecha, mi todo.

Y en la intimidad dorada de la biblioteca, rodeados por las historias de otros, ellos continuaron viviendo la suya, solo la verdad pura y simple de dos corazones que habían encontrado su hogar el uno en el otro.

Capítulo 21: El Oro Viejo y la Promesa del Refugio

Septiembre llegó a Oakhaven no con un golpe de frío, sino con una caricia dorada. El verde vibrante del verano comenzó a ceder paso a tonos más profundos y nostálgicos: el ocre, el cobre y el rojo encendido. El aire se volvió nítido, con esa claridad particular que hace que las montañas parezcan estar más cerca y que el humo de las primeras chimeneas se dibuje como trazos de lápiz gris contra el cielo azul pálido.

Para Alice Sterling, este cambio de estación trajo consigo una sensación de plenitud que nunca había experimentado. Era su primer otoño en la mansión Miller, y la gran casa de piedra, que en tiempos pasados había parecido una fortaleza solitaria contra los

elementos, ahora se sentía como un organismo vivo que respiraba al ritmo de sus habitantes.

Sin embargo, la llegada del otoño también trajo responsabilidades para Arthur. Como dueño de las tierras, la época de la cosecha final y la preparación de los arrendamientos para el invierno requerían su atención constante. Durante la última semana, Alice había notado que las luces de su despacho permanecían encendidas hasta bien entrada la noche, y que una pequeña línea de preocupación había aparecido entre sus cejas, una huella de cansancio que sus besos matutinos no lograban borrar del todo.

Era un jueves por la tarde, y el cielo amenazaba con una de esas lluvias finas y persistentes típicas de la estación. Alice estaba en la sala de estar, bordando un pañuelo junto a la ventana, cuando levantó la vista y vio a Arthur cruzar el vestíbulo hacia la biblioteca, cargado con un legajo de papeles y con la mirada fija en el suelo, absorto en sus pensamientos.

Alice dejó la aguja sobre la tela. No le gustaba verlo así, cargando el peso del mundo sobre esos hombros que ella amaba tanto. Se levantó con decisión. Había aprendido que, a veces, el amor no consistía solo en estar presente, sino en intervenir suavemente para salvar al otro de sí mismo.

Fue a la cocina y preparó una bandeja. No era nada elaborado: una tetera de porcelana con té negro fuerte, dos tazas, y unos bollos de canela recién horneados que aún desprendían vapor. Con la bandeja en las manos, caminó hacia la biblioteca.

La puerta estaba entreabierta. Arthur estaba sentado tras el enorme escritorio de caoba, rodeado de libros de cuentas abiertos. Se frotaba las sienes con una mano, mientras con la otra sostenía una pluma que no se movía sobre el papel.

—Toc, toc —dijo Alice suavemente, empujando la puerta con la cadera.

Arthur levantó la cabeza de golpe, como si despertara de un trance. Al verla, la tensión en su rostro se suavizó instantáneamente,

reemplazada por esa mirada de adoración automática que siempre tenía para ella.

—Alice... perdona, no te oí llegar. Estaba intentando descifrar los registros de grano de 1880 y creo que mi cerebro se ha declarado en huelga.

—Tu cerebro es muy sabio —dijo ella, depositando la bandeja sobre una mesa auxiliar y apartando con cuidado unos papeles para hacer sitio—. Y tu esposa está de acuerdo con él. Es hora de una pausa, señor Sterling.

Arthur suspiró, un sonido profundo que pareció vaciar sus pulmones de estrés, y se recostó en su silla de cuero, estirando los brazos.

—Tienes razón. Como siempre. Pero quiero terminar esto antes de que oscurezca. Quiero asegurarme de que todos los granjeros tengan lo que necesitan para el invierno. No quiero fallarles.

Alice se acercó a él. En lugar de sentarse al otro lado del escritorio, rodeó la mesa y se colocó detrás de su silla. Posó sus manos sobre los hombros de Arthur, sintiendo la tensión en sus músculos a través de la camisa de algodón. Comenzó a masajear suavemente la base de su cuello, con movimientos circulares y firmes.

—No les vas a fallar, Arthur —murmuró ella cerca de su oído—. Eres el hombre más responsable que conozco. Pero no puedes cuidar de todo el valle si primero no cuidas del señor del valle.

Arthur gimió suavemente de placer ante el contacto de sus manos, dejando caer la cabeza hacia atrás para apoyarla contra el estómago de Alice. Cerró los ojos.

—Eso se siente... celestial. Tienes magia en las manos, Alice. Primero haces florecer jardines y ahora disuelves preocupaciones.

—Es el beneficio exclusivo de estar casado con la bibliotecaria —bromeó ella, inclinándose para besar su frente—. Ven. El té se enfría. Y quiero enseñarte algo.

—¿Enseñarme algo? ¿Ahora?

—Sí. Ahora. Los libros de cuentas estarán ahí mañana. Lo que quiero que veas, quizás no.

Intrigado y vencido por la promesa de su compañía, Arthur se levantó. Tomaron el té sentados en el sofá de terciopelo frente a la chimenea apagada, compartiendo los bollos y el silencio cómodo. Cuando terminaron, Alice le tendió la mano.

—Trae tu abrigo. Vamos a salir.

—¿Salir? Alice, parece que va a llover.

—Solo es una llovizna, Arthur. ¿Desde cuándo nos asusta un poco de agua? Somos los Sterling, los que se besan bajo las tormentas —le recordó con una sonrisa traviesa.

Arthur rio, una risa genuina que le quitó diez años de encima.

—Imposible argumentar contra esa lógica.

Salieron al jardín trasero, abrigados con lanas gruesas. El aire era fresco y olía a hojas húmedas y a humo de leña lejana. Alice lo guio no hacia el huerto, sino hacia el linde del bosque que rodeaba la propiedad, donde un grupo de arces antiguos se alzaba majestuoso.

—Mira —dijo Alice, señalando hacia las copas de los árboles.

El sol de la tarde, que se filtraba entre las nubes grises, golpeó las hojas de los arces. Fue como si alguien hubiera encendido un fuego en las ramas. Las hojas brillaban con un tono dorado intenso, casi cegador, mezclado con vetas de rubí y ámbar. Era un espectáculo de belleza efímera y violenta.

—El "Oro Viejo" —susurró Alice—. Mi padre solía llamarlo así. Decía que la naturaleza guarda su mejor tesoro para el final, justo antes de dormir.

Arthur miró los árboles, fascinado, y luego miró a Alice. La luz dorada se reflejaba en sus ojos avellana, haciéndolos brillar con una intensidad que rivalizaba con el otoño mismo.

—Es hermoso —admitió él—. Pero, ¿sabes? Antes de conocerte, el otoño me ponía melancólico. Para mí, significaba el final. Significaba

que los días de luz se acababan y venía la oscuridad de Londres, el frío, la soledad. Ver caer las hojas era... triste.

Alice se acercó a él y le tomó la mano, entrelazando sus dedos enguantados con los suyos.

—¿Y ahora?

Arthur apretó su mano y la atrajo hacia sí, envolviéndola en su abrigo para protegerla del viento que comenzaba a levantarse.

—Ahora miro esto y no veo un final. Veo una promesa. Veo que las hojas caen para abrigar la tierra. Veo que vamos a encender la chimenea esta noche. Veo que vamos a dormir abrazados bajo el edredón grueso mientras el viento aúlla fuera. —Arthur bajó la voz, volviéndola ronca y íntima—. Ahora, el otoño significa refugio. Significa que tengo un lugar donde volver. Significa tú.

El corazón de Alice se hinchó con una calidez tan profunda que le pareció que podría derretir la escarcha de todo el invierno venidero. Se puso de puntillas y Arthur, anticipando su deseo, bajó la cabeza para encontrar sus labios.

Fue un beso lento, pausado, con sabor a canela y té, y con la frescura del viento de septiembre en sus mejillas. No había la urgencia desesperada de los primeros días, ni la novedad nerviosa de la boda. Había algo mejor: la seguridad absoluta. Era el beso de dos personas que conocen cada rincón del alma del otro y que eligen quedarse allí.

Cuando se separaron, Arthur mantuvo su frente apoyada contra la de ella, sus respiraciones mezclándose en pequeñas nubes blancas en el aire frío.

—Gracias —susurró él—. Gracias por sacarme de ese despacho. A veces se me olvida que la vida está aquí afuera, contigo, y no en los números de un libro de contabilidad.

—Para eso estoy aquí, Arthur —respondió ella, acariciando su rostro frío—. Para recordártelo. Tú construyes los muros para protegernos,

pero yo me encargo de mantener el fuego encendido dentro. Ese es nuestro trato.

—Es el mejor trato que he hecho en mi vida.

Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia, frías y ligeras. En lugar de correr, caminaron de regreso a la casa abrazados, disfrutando de la sensación de los elementos, sabiendo que el calor los esperaba a pocos pasos.

Al entrar en el vestíbulo, el contraste fue delicioso. El calor de la casa los envolvió como una manta. Arthur ayudó a Alice a quitarse el abrigo y, antes de dejarla ir, la retuvo por la cintura, mirándola con una intensidad renovada.

—Alice...

—¿Sí?

—Esos registros de 1880... creo que pueden esperar hasta mañana. O hasta el lunes.

Alice sonrió, una sonrisa lenta y coqueta que hizo que los ojos de Arthur se oscurecieran.

—Me parece una decisión ejecutiva muy sensata, señor Sterling. ¿Y qué propone hacer con su tiempo libre?

Arthur la levantó en brazos sin previo aviso, provocando un pequeño grito de sorpresa y risa en ella.

—Propongo subir a nuestra habitación, encender el fuego, escuchar la lluvia golpear contra los cristales y dedicarme exclusivamente a adorar a mi esposa hasta que se nos olvide que existe el invierno.

Alice rodeó su cuello con los brazos, escondiendo el rostro en su hombro, inhalando su aroma a sándalo y lluvia.

—Acepto la propuesta.

Mientras Arthur subía las escaleras con ella en brazos, fuerte y seguro, Alice sintió una oleada de felicidad tan pura que le picaron los ojos. Pensó en todas las novelas que había leído, en todas las historias de amores tormentosos y tragedias griegas. Ninguna se

comparaba con esto. Ninguna tenía esta paz dorada, este "oro viejo" que no brillaba por el drama, sino por la constancia.

Esa tarde, mientras la lluvia de septiembre bañaba Oakhaven y los arces soltaban sus primeras hojas doradas, Arthur y Alice Sterling se amaron en la penumbra de su habitación, sin prisas, celebrando no solo la pasión, sino el milagro cotidiano de haberse encontrado, de ser el refugio del otro, y de saber, con certeza absoluta, que no importaba cuánto frío hiciera fuera, dentro de su abrazo siempre sería verano.

Capítulo 22: Fiebre de Otoño y Susurros de Terciopelo

Octubre avanzó sobre Oakhaven con un paso pesado y húmedo. Los días dorados de septiembre habían dado paso a semanas de cielos plomizos y vientos racheados que desnudaban los árboles con una violencia melancólica. El valle se preparaba para el sueño invernal, y la mansión Miller, en su percha solitaria sobre la colina, recibía el embate directo de las tormentas.

Para Alice, que siempre había presumido de una salud robusta de chica de campo, el cambio de clima trajo una sorpresa desagradable. Había pasado la mañana en el pueblo, ayudando al señor Abernathy a reorganizar el almacén de la librería, donde las corrientes de aire eran traicioneras. Al regresar a casa por la tarde, sentía un frío extraño que no lograba quitarse de los huesos, ni siquiera acercándose al fuego de la cocina.

Arthur la encontró en la biblioteca antes de la cena. Alice estaba sentada en su sillón habitual, con un libro abierto en el regazo, pero sus ojos estaban cerrados y su piel tenía una palidez cerosa, contrastada por dos manchas de color febril en las mejillas.

—¿Alice? —Arthur dejó los documentos que traía sobre una mesa y cruzó la habitación en dos zancadas rápidas.

Al escuchar su voz, Alice abrió los ojos, pero le costó enfocarlos.

—Hola, Arthur. Creo que... creo que me he quedado dormida un momento.

Arthur se arrodilló frente a ella y, con el ceño fruncido por la preocupación, colocó el dorso de su mano sobre la frente de ella. Su expresión se oscureció al instante.

—Estás ardiendo, mi vida. Tienes fiebre.

—Es solo un resfriado —murmuró ella, intentando incorporarse, pero el mundo giró vertiginosamente a su alrededor y tuvo que volver a recostarse—. Se me pasará con una taza de té y una buena noche de sueño. No te preocupes.

—Me preocupo porque es mi trabajo y mi privilegio —dijo él con firmeza, pero con una voz tan suave que parecía acariciarla—. Y no vas a tomar té aquí. Vas a ir a la cama ahora mismo.

Antes de que Alice pudiera protestar o intentar levantarse por sus propios medios, Arthur pasó un brazo por debajo de sus rodillas y otro por su espalda, levantándola en vilo como si no pesara más que una de las almohadas de plumas del sofá.

—Arthur, puedo caminar... —protestó ella débilmente, aunque instintivamente rodeó su cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, buscando su frescura y su fuerza.

—Podrías, pero no vas a hacerlo. Esta noche no eres la señora de la casa, Alice. Esta noche eres mi paciente. Y te advierto que soy un enfermero muy estricto.

Arthur la subió por la gran escalera de roble. Alice, envuelta en el aroma a sándalo y tabaco de pipa de su chaqueta, cerró los ojos y se dejó llevar. Había algo increíblemente reconfortante en rendirse, en dejar que alguien más tomara el control y cuidara de ella. Durante toda su vida, Alice había cuidado de su padre, de la librería, de los clientes. Rara vez había sido ella la cuidada.

Al llegar a su habitación, Arthur la depositó con una delicadeza infinita sobre la cama. Sin perder tiempo, avivó el fuego de la chimenea hasta que las llamas rugieron alegres, proyectando sombras danzantes en las paredes color crema. Luego, se sentó al borde de la cama y comenzó a desabrocharle las botas.

—Arthur, no es necesario que hagas esto... puedes llamar a una doncella... —susurró Alice, sintiéndose un poco culpable por verlo arrodillado a sus pies.

Arthur levantó la vista, y sus ojos ámbar brillaron con una intensidad feroz.

—Alice, mírame. No quiero una doncella. No quiero a nadie más tocándote. Eres mi esposa. Cuidar de ti no es una tarea doméstica; es la forma más pura de amarte que tengo ahora mismo. Así que, por favor, déjame hacerlo.

Alice asintió, conmovida hasta las lágrimas por la devoción en su voz. Arthur le quitó las botas y las medias, frotando suavemente sus pies fríos para devolverles el calor. Luego la ayudó a cambiarse el vestido por un camisón de franela suave y la metió bajo el edredón grueso de plumas.

—Quédate aquí —ordenó él, besando su frente ardorosa—. Volveré en un minuto.

Alice se hundió en las almohadas, sintiendo cómo el calor de la cama y el fuego comenzaban a combatir los escalofríos. Escuchaba el viento aullar fuera, golpeando las ventanas con lluvia helada, pero dentro de esa habitación, se sentía más segura que en un castillo.

Poco después, Arthur regresó con una bandeja. Traía un caldo de pollo humeante, una taza de infusión de hierbas con miel y limón, y un paño húmedo y fresco.

Dejó la bandeja en la mesita de noche y mojó el paño en un cuenco de agua fría con lavanda. Se sentó junto a ella y le colocó la compresa sobre la frente. El alivio fue instantáneo. Alice suspiró, cerrando los ojos.

—Gracias...

—Shhh. No hables. Guarda tus fuerzas.

Con una paciencia infinita, Arthur la ayudó a incorporarse lo suficiente para tomar el caldo. Él sostenía la cuchara, soplando suavemente antes de acercársela a los labios, tratándola como si

fuera de cristal precioso. Alice comió obedientemente, sintiendo cómo el líquido caliente la reconfortaba por dentro.

—Está delicioso —murmuró ella.

—Es la receta de la señora Gable. Le envié un mensaje rápido a través de Timmy. Creo que amenazó al cocinero con la excomunión si no lo hacía exactamente como ella dijo.

Alice sonrió débilmente.

—Tengo suerte de tenerlos a todos.

—La suerte es nuestra, Alice —dijo Arthur, dejando el cuenco vacío y volviendo a acomodarla en las almohadas—. Ahora, descansa.

Pero Alice luchaba contra el sueño. La fiebre la hacía sentir inquieta, y la oscuridad de la tormenta fuera le provocaba una extraña ansiedad infantil.

—Arthur... ¿te quedarás? —preguntó, extendiendo una mano caliente fuera de las sábanas para buscar la de él.

Arthur tomó su mano y la besó, entrelazando sus dedos.

—No pensaba ir a ningún lado. Ni siquiera si la casa se estuviera incendiando me movería de este sillón.

Arrastró el sillón de lectura cerca de la cabecera de la cama, bajo el círculo de luz suave de la lámpara de aceite. Tomó un libro de la mesa de noche —era Cumbres Borrascosas, que Alice había estado leyendo— y lo abrió.

—Intenta dormir, mi amor. Yo estaré aquí, leyendo. Mi voz espantará a las pesadillas.

Arthur comenzó a leer en voz alta. Su voz, profunda y resonante, llenó la habitación. Leía con una cadencia pausada, dando vida a las palabras, convirtiendo el páramo ventoso de la novela en algo tangible, pero seguro, porque estaba mediado por su tono protector.

Alice lo observaba a través de sus pestañas pesadas. La luz de la lámpara iluminaba el perfil de Arthur, destacando la línea recta de su nariz y la curva suave de sus labios mientras leía. Se veía cansado —

ella sabía que él también había tenido un día largo— pero no había ni rastro de impaciencia en él. Solo una guardia vigilante y amorosa.

Cada vez que ella se movía o suspiraba, él detenía la lectura, la miraba, le cambiaba el paño de la frente o le ofrecía un sorbo de agua, y luego continuaba, tejiendo una red de palabras para mantenerla a salvo.

—Arthur... —susurró ella en un momento de lucidez entre sueños.

—¿Sí, cariño?

—En mis votos... prometí cuidarte. Y ahora eres tú quien me cuida a mí. Siento ser una carga.

Arthur cerró el libro de golpe y lo dejó sobre la mesa. Se inclinó sobre ella, apoyando los codos en el colchón, acercando su rostro al de ella.

—Alice, escúchame bien, porque no quiero tener que repetirlo nunca más. Tú nunca, jamás, serás una carga. Cuidarte es el honor más grande de mi vida. ¿No lo entiendes? Durante años estuve solo. Si enfermaba, a nadie le importaba más que a los sirvientes pagados. Si tenía frío, solo tenía mantas. Ahora... ahora tengo el privilegio de velar tu sueño. Tengo el privilegio de preocuparme. Eso me hace sentir vivo. Me hace sentir útil. Me hace sentir... tu esposo.

Acarició su mejilla con el pulgar, trazando el pómulo caliente.

—El matrimonio no es solo los días de sol y jardines en flor, Alice. Es esto. Es sostenerte cuando estás débil para que tú puedas sostenerme cuando yo caiga. Es un intercambio sagrado. Así que déjame amarte de esta manera. Déjame ser tu fortaleza esta noche.

Alice sintió una lágrima deslizarse por su sien, perdiéndose en el cabello.

—Te amo, Arthur. Te amo tanto que duele más que la fiebre.

—Duerme, mi vida. La fiebre pasará. El amor se queda.

Arrullada por su promesa y su presencia sólida, Alice finalmente se dejó vencer por el sueño.

Despertó muchas horas después. La tormenta había pasado, dejando tras de sí un silencio absoluto. La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por las brasas rojas de la chimenea que agonizaban.

Alice se sintió mejor. La fiebre había remitido, dejándola débil pero lúcida, con la piel fresca y húmeda. Se giró lentamente en la cama.

Arthur no estaba en el sillón.

Estaba dormido en una postura incómoda, sentado en la silla pero con la parte superior del cuerpo recostada sobre el borde del colchón, con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados, muy cerca de la mano de ella. Se había quedado dormido velándola, negándose a alejarse incluso en la inconsciencia.

El corazón de Alice se hinchó con una ternura tan vasta que pareció ocupar toda la habitación. Con movimientos lentos para no despertarlo, extendió la mano y acarició suavemente el cabello oscuro y revuelto de su esposo.

Él se movió ante su toque, murmurando algo ininteligible en sueños, y buscó instintivamente su mano, aferrándose a ella incluso dormido.

Alice se quedó allí, en el silencio de la madrugada, mirando al hombre que había movido cielo y tierra para traerle rosas en invierno, que la había llevado a ver el mar, y que ahora dormía doblado en una silla para asegurarse de que ella siguiera respirando tranquila.

No necesitaba grandes gestos heroicos ni duelos al amanecer. Este era el heroísmo del amor verdadero: el sacrificio silencioso, la presencia constante, la mano que sostiene la tuya en la oscuridad.

—Gracias —susurró ella al aire quieto, besando los nudillos de Arthur —. Gracias por ser mi refugio.

Volvió a cerrar los ojos, no para dormir, sino para saborear el momento, sintiéndose la mujer más rica del mundo, protegida por el amor de un hombre que había convertido el cuidado en la más bella

de las artes. Y mientras el amanecer gris de noviembre comenzaba a clarear en la ventana, Alice supo que no había fiebre en el mundo que pudiera enfriar el calor que Arthur Sterling había encendido en su vida.

Capítulo 23: El Aniversario de la Lluvia

Noviembre se despidió de Oakhaven con un suspiro helado, dejando paso a un diciembre que llegó envuelto en niebla y promesas de nieve temprana. Para la mayoría del pueblo, la fecha no significaba nada más que otro día corto en el calendario, donde las lámparas debían encenderse a las cuatro de la tarde y las chimeneas consumían leña con voracidad. Pero para Alice y Arthur Sterling, ese martes gris marcaba un hito invisible pero monumental: hacía

exactamente un año que la campanilla de "El Tintero de Bronce" había sonado para cambiar sus vidas para siempre.

Alice se despertó esa mañana con una sensación de anticipación burbujeante. Arthur ya no estaba en la cama; su lado del colchón estaba frío, lo que indicaba que se había levantado hacía rato. Al bajar a la cocina, encontró una nota sobre la mesa, junto a una rosa de invierno solitaria en un vaso de agua.

"Te espero donde todo comenzó. No tardes. La lluvia amenaza con volver, y sería una pena desperdiciar una buena tormenta sin ti."

Alice sonrió, presionando la nota contra su pecho. Se vistió con esmero, eligiendo un vestido de lana azul oscuro, similar al que llevaba aquel primer día, y se envolvió en un abrigo cálido.

El trayecto hacia el pueblo en el pequeño carruaje fue un viaje a través de los recuerdos. Cada árbol desnudo, cada curva del camino empedrado, le recordaba a la mujer que solía ser: la Alice solitaria que miraba por la ventana esperando que algo sucediera. Ahora, miraba el mismo paisaje como una mujer amada, dueña de su propio destino.

Al llegar a la librería, le pidió al cochero que se marchara. Quería caminar los últimos pasos. El cartel de "El Tintero de Bronce" chirriaba suavemente con el viento, un sonido familiar y reconfortante.

Alice se detuvo frente al escaparate. Dentro, la luz dorada de las lámparas de aceite brillaba acogedora, tal como lo había hecho hace un año. Pero esta vez, no estaba vacía.

Arthur estaba allí, de pie junto al mostrador, hablando con el señor Abernathy. Llevaba el mismo tipo de abrigo largo y oscuro de aquel día, y sostenía su sombrero en la mano. Al verla a través del cristal, se detuvo en mitad de una frase. Su mirada cruzó la distancia y el vidrio, y en sus ojos ámbar, Alice vio el mismo reconocimiento eléctrico de la primera vez, pero profundizado por un año de besos, risas y secretos compartidos.

Alice empujó la puerta. La campanilla repicó alegremente.

—Ding, dong —dijo el señor Abernathy, ajustándose las gafas—. Parece que la clientela habitual ha llegado.

—Buenas tardes —dijo Alice, siguiendo el juego, con la voz un poco temblorosa por la emoción—. Busco refugio de la tormenta.

Arthur se separó del mostrador y caminó hacia ella. No cojeaba, ni parecía cansado como aquella primera vez. Se movía con la seguridad de un hombre que sabe exactamente dónde está su hogar.

—Llega usted al lugar correcto, señorita... perdón, señora Sterling —corrigió él suavemente, deteniéndose a un paso de ella—. Dicen que los libros aquí tienen la capacidad de calentar el alma.

—Solo si se leen en la compañía adecuada —respondió ella.

El señor Abernathy soltó una risita seca, tomó su bastón y su abrigo del perchero.

—Bueno, yo ya he calentado mi alma lo suficiente por hoy y mis huesos viejos reclaman la estufa de mi casa. Les dejo el negocio. Traten de no desordenar demasiado la poesía.

El anciano les guiñó un ojo, salió a la calle gris y cerró la puerta tras de sí, girando el cartel a "Cerrado".

Se quedaron solos en el silencio perfumado de papel y vainilla. Alice se quitó los guantes lentamente, sin dejar de mirar a Arthur.

—Un año —susurró ella.

—365 días —dijo Arthur—. He contado cada uno. Incluso los tres que pasé en Londres, que contaron doble por lo miserables que fueron.

Se acercó y le tomó las manos, frotándolas para darles calor, tal como había hecho tantas veces.

—¿Recuerdas cómo entraste? —preguntó Alice—. Parecías un fantasma empapado. Y pediste algo que no requiriera lógica.

—Pedí algo que sintiera —corrigió él—. Y tú me diste a Wordsworth. Pero en realidad, Alice, tú fuiste el poema. Desde el momento en

que me ofreciste esa toalla para secarme, supe que estaba perdido. O más bien, encontrado.

Arthur metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un pequeño libro envuelto en papel de seda.

—Tengo un regalo de aniversario. No es una joya, ni un viaje. Es... una restitución.

Alice tomó el paquete y lo desenvolvió con cuidado. Era una primera edición, exquisitamente encuadernada en cuero verde con letras doradas, de Baladas Líricas. Pero no era una copia cualquiera. Al abrirlo, vio que en los márgenes de las páginas había anotaciones escritas con la letra inconfundible de Arthur.

—Durante este año —explicó él, con un toque de timidez—, he estado releyendo los poemas que leímos juntos. Y he ido escribiendo... bueno, he ido escribiendo lo que pensaba en cada momento. Cosas sobre ti. Cosas sobre nosotros.

Alice abrió una página al azar. Junto al poema Líneas escritas a poca distancia de mi casa, Arthur había escrito: "Aquí es donde me di cuenta de que su risa es mi sonido favorito en el mundo. Fue un martes, y llevabas un lazo azul".

Pasó a otra página. "Esta estrofa me recuerda a la forma en que duermes, tranquila y confiada. Prometo proteger ese sueño siempre".

Las lágrimas nublaron la vista de Alice. No era solo un libro; era un diario de su amor, una crónica de cómo él la había observado y adorado en silencio día tras día.

—Arthur... esto es lo más hermoso que me han dado nunca.

—Hay algo más —dijo él, señalando hacia la última página—. Lee el final.

Alice pasó las hojas hasta la contraportada interior. Allí, Arthur había pegado un documento oficial doblado. Al desdoblarlo, sus ojos se abrieron de par en par.

Era una escritura de propiedad. La escritura del edificio de la librería "El Tintero de Bronce".

—Arthur... ¿qué significa esto?

—Significa que el señor Abernathy ya no tendrá que preocuparse por el alquiler nunca más. Y significa que este lugar es tuyo, Alice. Tuyo de verdad. Nadie podrá nunca cerrarlo, ni venderlo, ni convertirlo en una tienda de sombreros. —Arthur acunó su rostro con una mano—. Sé que amas la mansión, y sé que eres feliz allí. Pero también sé que una parte de tu alma vive entre estas estanterías. No quería que sintieras que al casarte conmigo perdías tu reino. Ahora tienes ambos.

Alice soltó un sollozo y se lanzó a sus brazos, enterrando el rostro en su cuello. Olía a lluvia y a ese aroma a sándalo que ahora era sinónimo de seguridad para ella.

—Gracias —lloró ella—. Gracias, gracias. No por el edificio, sino por entenderlo. Por entender quién soy.

—Amarte es entenderte, Alice —dijo él, abrazándola con fuerza, levantándola ligeramente del suelo—. Y quiero que sepas que, aunque ahora eres la señora de la mansión y plantamos jardines y viajamos al mar... siempre, siempre serás mi librera. La mujer que me salvó de la tormenta con una taza de té y una mirada amable.

Fuera, el cielo finalmente cumplió su amenaza y comenzó a llover. No era una tormenta violenta, sino una lluvia suave y constante, un repiqueteo rítmico contra el cristal que los aislaba del mundo.

—Está lloviendo de nuevo —murmuró Alice contra su pecho.

—Que llueva —respondió Arthur, besando su sien—. Tenemos un techo. Tenemos fuego. Y tenemos todo el tiempo del mundo antes de tener que volver a casa para la cena.

Arthur la llevó hacia el sillón viejo del señor Abernathy detrás del mostrador. Se sentó él y tiró de ella suavemente para que se sentara en su regazo, envolviéndola en sus brazos como si fuera lo más precioso del universo.

—Léeme algo, Alice —pidió él, apoyando la barbilla en su hombro—. Estrena el libro.

Y así, mientras la lluvia de noviembre caía sobre Oakhaven marcando el primer aniversario de su encuentro, Alice Sterling abrió el libro de cuero verde. Con la voz suave pero firme, comenzó a leer las palabras de Wordsworth, entrelazadas ahora con las notas de amor de su esposo.

En esa pequeña librería, con las sombras alargándose y el olor a libros viejos rodeándolos, no había grandes dramas ni aventuras peligrosas. Solo había la magia quieta y profunda de dos personas que, contra todo pronóstico, habían convertido un encuentro casual en una vida extraordinaria. El corazón de Alice latía al compás del de Arthur, cálido, lento y rebosante de una felicidad que no necesitaba gritar para ser infinita.

—Feliz aniversario, mi amor —susurró ella entre dos estrofas.

—Feliz vida entera, Alice —respondió él, cerrando los ojos para escucharla mejor, sabiendo que no había otro lugar en la tierra donde preferiría estar.

No solo se amaban, sino que se conocían, se respetaban y se honraban mutuamente. Y mientras la noche caía sobre el pueblo, la luz de la librería permaneció encendida un poco más, brillando como un faro de calidez en medio del invierno que comenzaba.

Capítulo 24: Un Secreto bajo la Nieve

Enero se asentó sobre el valle de Oakhaven con un peso blanco y silencioso. Después de las festividades de Navidad y Año Nuevo, el mundo parecía haber decidido tomarse un largo descanso. La nieve caía día tras día, acumulándose en los tejados y borrando los caminos, convirtiendo la mansión Miller en una isla de piedra cálida en medio de un océano de hielo.

Para Alice Sterling, este aislamiento forzoso no era una carga, sino un regalo. Le permitía vivir en un tiempo suspendido, donde las horas no se marcaban por el reloj del vestíbulo, sino por el ritmo de la respiración de Arthur a su lado o el crepitar de los leños en la chimenea.

Sin embargo, había algo diferente en este invierno. Alice sentía un cambio sutil en su propio cuerpo, una especie de languidez dulce que la invadía por las tardes y una sensibilidad nueva a los olores de la cocina. No era enfermedad; no sentía el malestar febril de octubre. Era algo más profundo, una sensación de plenitud secreta, como si llevara una pequeña luz encendida en su interior que nadie más podía ver.

Era una tarde de mediados de enero. Arthur había pasado la mañana fuera con los hombres de la finca, asegurándose de que el ganado estuviera resguardado y de que los techos de los graneros soportaran el peso de la nieve. Cuando regresó a la casa, poco antes del anochecer, traía el frío pegado a la ropa y las mejillas enrojecidas por el viento cortante.

Alice lo esperaba en la biblioteca, sentada en la alfombra frente al fuego, con Jasper, el gato, ovillado a su lado. Al oír sus pasos pesados en el vestíbulo, dejó el libro que intentaba leer y se giró hacia la puerta.

Arthur entró, frotándose las manos para calentarlas. Al verla, su expresión cansada se transformó en esa sonrisa suave y exclusiva que siempre le derretía el corazón.

—El invierno está decidido a probarnos, mi amor —dijo él, acercándose a la chimenea y extendiendo las manos hacia las llamas —. Hay ventisqueros de un metro en el camino norte. Creo que no podremos bajar al pueblo en unos días.

Se quitó la chaqueta húmeda y se sentó en el sofá, invitándola con un gesto a unirse a él. Pero Alice no se movió de la alfombra. Se quedó mirándolo, con las manos descansando suavemente sobre su regazo, mordiéndose el labio inferior con una mezcla de nerviosismo y alegría.

Arthur, siempre perceptivo a sus cambios de humor, frunció el ceño ligeramente. Se deslizó del sofá para sentarse en el suelo frente a ella, ignorando su propia fatiga.

—¿Alice? —preguntó, con la voz bajando a un tono de preocupación inmediata—. ¿Estás bien? Te noto... callada. ¿Te sientes mal otra vez? ¿Es el frío?

Levantó una mano para tocarle la frente, buscando fiebre, con ese instinto protector que se había vuelto su segunda naturaleza.

Alice atrapó su mano antes de que llegara a su piel y la sostuvo entre las suyas. Estaba fría por el trabajo exterior, áspera y fuerte. La besó con devoción en la palma, cerrando los ojos un momento.

—No estoy enferma, Arthur —susurró ella, abriendo los ojos para clavar su mirada avellana en la de él—. No tengo fiebre. De hecho, nunca me he sentido más fuerte, aunque me quede dormida en los rincones como Jasper.

Arthur la miró, confundido, buscando respuestas en su rostro.

—¿Entonces? ¿Qué sucede? Tienes un brillo en los ojos... parece que guardaras un secreto.

Alice sonrió, y fue una sonrisa que iluminó la habitación penumbrosa más que el fuego.

—Guardo un secreto, Arthur. Un secreto muy pequeño, pero que va a hacerse muy grande.

Guió la mano de Arthur, que aún sostenía, y la llevó lentamente hacia su vientre. No había nada visible aún, solo la suavidad de su vestido de lana y el calor de su cuerpo bajo la tela, pero el gesto fue inequívoco.

Arthur se quedó paralizado. Su mano descansaba sobre el vientre de ella, inmóvil, como si temiera romperla si respiraba demasiado fuerte. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, pasando del vientre a los ojos de Alice y de vuelta al vientre.

—Alice... —su voz fue apenas un hilo de aire, una exhalación temblorosa—. ¿Estás diciendo...? ¿Es posible?

—Es más que posible, mi amor —dijo ella, con lágrimas de felicidad asomando a sus ojos—. Es cierto. Lo sé desde hace unos días, pero quería estar segura. Quería esperar el momento perfecto.

Arthur soltó un sonido que fue mitad risa, mitad sollozo. Retiró la mano un segundo solo para volver a colocarla con más firmeza, con más posesión, acariciando la tela como si estuviera tocando el tesoro más sagrado del universo.

—¿Un bebé? —preguntó, como si la palabra fuera nueva en el idioma, una palabra mágica que acababa de descubrir—. ¿Vamos a tener un hijo?

—O una hija —corrigió ella suavemente, poniendo su mano sobre la de él—. Un pedacito de nosotros, Arthur. Una nueva historia que empieza.

La reacción de Arthur fue algo que Alice guardaría en su memoria hasta el día de su muerte. El hombre fuerte, el señor de la mansión, el caballero que había enfrentado tormentas y soledades, se

derrumbó. Inclinó la cabeza hasta apoyar la frente contra el vientre de Alice y comenzó a llorar en silencio. No eran lágrimas de tristeza, sino de una gratitud tan inmensa y abrumadora que el cuerpo no tenía otra forma de expresarla.

Alice le acarició el cabello oscuro, sintiendo sus hombros sacudirse suavemente.

—Arthur... —murmuró ella, conmovida hasta la médula.

Él levantó la cabeza. Su rostro estaba húmedo, pero sus ojos brillaban con una luz feroz y maravillada.

—Dios mío, Alice... —dijo él, tomándole el rostro con ambas manos —. Pensé que ya me lo habías dado todo. Pensé que tu amor, tu compañía, este hogar... pensé que eso era el límite de la felicidad. Y ahora me dices esto. Me dices que llevas nuestra vida dentro de ti.

Se inclinó y la besó, pero no en los labios. Besó su frente, sus párpados, sus mejillas y finalmente, con una reverencia absoluta, volvió a besar su vientre a través de la ropa.

—Gracias —susurró contra ella—. Gracias por elegirme. Gracias por hacer de mí algo más que un hombre solitario. Me vas a hacer padre, Alice. Padre.

Se incorporó y la miró con una urgencia repentina.

—¿Cómo te sientes? ¿Tienes frío? ¿Hambre? ¿Deberías estar en el suelo? —La preocupación práctica lo asaltó de golpe—. El suelo está duro. Ven, vamos al sofá. No, a la cama. Deberías estar descansando.

Alice rio, una risa cristalina y feliz.

—Arthur, estoy embarazada, no soy de porcelana. Estoy bien aquí, contigo.

—Eres más valiosa que la porcelana —replicó él, ayudándola a levantarse con una delicadeza extrema y acomodándola en el sofá entre montones de cojines, cubriéndola con una manta de lana gruesa hasta la barbilla—. A partir de ahora, no levantarás ni un

dedo. Yo lo haré todo. Si quieres un libro, yo te lo traigo. Si quieres la luna, veré cómo conseguir una escalera.

—Solo te quiero a ti, Arthur. Y quiero que estés feliz.

Arthur se sentó a su lado, rodeándola con su brazo, manteniéndola pegada a su costado protectoramente.

—Feliz es una palabra demasiado pequeña, Alice. Estoy asombrado. Estoy aterrorizado. Y estoy tan lleno de amor que siento que voy a estallar.

Se quedaron en silencio un rato, mirando el fuego. Fuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo el mundo, pero dentro, el futuro se desplegaba brillante y cálido.

—¿Te imaginas? —dijo Arthur de repente, rompiendo el silencio—. Un niño corriendo por estos pasillos. O una niña leyendo en tu regazo en esta misma biblioteca. Esta casa... esta casa fue construida para esto, Alice. Estaba esperando este momento.

—Tendrá tus ojos —dijo Alice soñadora—. Espero que tenga tus ojos ámbar.

—Espero que tenga tu corazón —respondió él—. Y tu risa. Si tiene tu risa, será la criatura más afortunada del mundo.

Arthur tomó la mano de Alice y besó sus dedos uno por uno.

—Alice, prométeme algo.

—Lo que sea.

—Prométeme que nos cuidaremos. Que, aunque venga este pequeño milagro y nos cambie la vida, tú y yo siempre seremos nosotros. Que seguiremos leyéndonos poesía y plantando jardines.

—Te lo prometo, Arthur. Este bebé no nos dividirá; nos multiplicará. Es el fruto de nuestro jardín, ¿recuerdas? Lo que se siembra con amor...

—...crece el doble —terminó él, sonriendo—. Tienes razón.

Esa noche, la cena fue tranquila, pero cargada de significado. Arthur apenas comió; se pasó todo el tiempo observando a Alice, llenando su vaso de agua, ofreciéndole los mejores bocados, tratándola como si fuera una reina portadora de una corona invisible.

Más tarde, en la intimidad de su habitación, con las cortinas cerradas contra la nieve, Arthur se acostó al lado de Alice y apoyó la mano en su vientre una vez más.

—Buenas noches, pequeño Sterling —susurró a la piel de su esposa —. Soy tu padre. Y ya te quiero más que a mi propia vida.

Alice sintió las lágrimas resbalar por su sien hacia la almohada. Había pensado que el día de su boda había sido la cima de su felicidad, pero se equivocaba. El amor, descubrió, no tenía cima. Era una montaña que seguía creciendo, una ascensión infinita hacia cielos cada vez más azules.

—Buenas noches, papá —respondió ella suavemente, acariciando la cabeza de Arthur.

Y mientras el viento de enero aullaba fuera, intentando congelar el valle, en la habitación principal de la mansión Miller, el calor era absoluto. Era el calor de tres corazones latiendo en sincronía, protegidos por los muros de piedra y por un amor tan profundo y sólido que ni el invierno más crudo podría jamás enfriar. El contrato de su vida juntos acababa de añadir una nueva cláusula, la más hermosa de todas: la de una familia que apenas comenzaba a soñar.

Capítulo 25: Madera de Cerezo y Pequeños Milagros

La primavera en Oakhaven dio paso a un junio suave y benévolo, llenando el valle de una luz dorada que parecía bendecir cada rincón de la tierra. Para la mansión Miller, sin embargo, la verdadera luz no venía del sol, sino de la figura cada vez más redonda de su señora. El embarazo de Alice había avanzado con la gracia de las estaciones, y ahora, en su sexto mes, su vientre era una curva pronunciada y

orgullosa que ella acariciaba inconscientemente mientras leía o caminaba por el jardín.

Arthur Sterling había llevado su promesa de cuidarla a niveles que rozaban la obsesión adorable. Si por él fuera, envolvería a Alice en algodón y no dejaría que sus pies tocaran el suelo. Había contratado a una doncella extra solo para asegurarse de que Alice nunca tuviera que levantar nada más pesado que una taza de té, y sus viajes de negocios a Londres habían sido suspendidos indefinidamente. "El mundo puede esperar", decía él, "mi mundo está aquí".

Era una tarde de sábado, y el aire olía a rosas y a hierba recién cortada. Alice buscó a Arthur por la casa, pero la biblioteca estaba vacía y el despacho también. Siguiendo un rastro de virutas de madera que había en el suelo del vestíbulo trasero, se dirigió hacia las antiguas caballerizas, una parte de la finca que Arthur había estado utilizando como taller personal últimamente.

Al abrir la puerta de madera, el olor a serrín, barniz y madera de cerezo la golpeó, cálido y terroso.

Arthur estaba allí, de espaldas a la entrada. Se había quitado la chaqueta y el chaleco; estaba en mangas de camisa, con los puños remangados hasta los codos y los tirantes colgando a los lados de sus pantalones. Estaba inclinado sobre un banco de trabajo, pasando una lija fina con movimientos rítmicos y cuidadosos sobre una estructura de madera.

—¿Así que aquí es donde se esconde el señor de la casa? —preguntó Alice desde la puerta, sonriendo al verlo sobresaltarse.

Arthur se giró rápidamente, con una expresión de culpabilidad infantil que se transformó en alivio al verla.

—Alice... Deberías estar descansando. Es la hora de tu siesta.

—El bebé y yo no teníamos sueño —dijo ella, entrando despacio y llevándose una mano a la espalda baja, un gesto que se había vuelto habitual—. Y te echábamos de menos. ¿Qué estás haciendo con tanto secreto? Llevas semanas desapareciendo aquí por las tardes.

Arthur se limpió las manos en un trapo y se apartó del banco de trabajo, revelando su obra.

Alice soltó un suspiro de admiración.

Sobre la mesa descansaba una cuna. No era una cuna comprada en una tienda elegante de Londres; era una pieza única, hecha a mano, tallada en madera de cerezo oscuro que brillaba bajo la luz de la tarde. Las líneas eran suaves y curvas, sin esquinas afiladas. En la cabecera, Arthur había tallado con paciencia infinita un motivo de ramas de roble y rosas entrelazadas, el símbolo de su unión.

—Arthur... —susurró Alice, acercándose para tocar la madera. Estaba tan pulida que parecía seda bajo sus dedos—. Es... es lo más hermoso que he visto nunca.

—Quería que su primera cama fuera hecha por mí —confesó Arthur, con una timidez que contrastaba con su orgullo—. Mi padre nunca hizo nada con sus manos para mí. Todo lo compraba. Yo quería que nuestro hijo, o nuestra hija, supiera que su padre trabajó para él incluso antes de conocerlo. Que cada centímetro de esta madera fue lijado pensando en su seguridad.

Alice recorrió con el dedo una de las rosas talladas.

—Has tallado nuestro jardín.

—Porque ahí es donde creció nuestro amor. Y quiero que duerma rodeado de ese amor.

Arthur se acercó a ella y rodeó su cintura con los brazos, apoyando las manos con delicadeza sobre su vientre abultado, sin importarle manchar su vestido de polvo de madera.

—¿Crees que le gustará? —preguntó él en un susurro contra su oído.

—Le encantará, Arthur. Dormirá como un ángel aquí.

Se quedaron abrazados en el silencio del taller, rodeados por el olor a madera y la paz de la tarde. De repente, Alice dio un pequeño respingo y soltó una exclamación ahogada.

—¡Oh!

Arthur se tensó inmediatamente, sus ojos llenos de alarma.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo? ¿Llamo al médico?

—No, no... —rio Alice, tomando la mano de Arthur, que descansaba sobre su costado, y moviéndola hacia el centro de su vientre—. Espera. Quédate quieto. Muy quieto.

Arthur contuvo la respiración, su mano grande y callosa cubriendo casi toda la curva de su vientre. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Alice, buscando cualquier señal.

Pasaron unos segundos de silencio absoluto. Y entonces, sucedió.

Bajo la palma de Arthur, algo se movió. No fue un movimiento vago o un borboteo. Fue un golpe claro, firme y decidido. Una pequeña patada desde el interior, saludando al mundo exterior.

Los ojos de Arthur se abrieron desmesuradamente. Su boca se abrió, pero no salió ningún sonido. Miró su propia mano como si fuera un objeto extraño y luego miró a Alice con una expresión de asombro tan puro, tan absoluto, que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Eso fue...? —balbuceó él.

—Saluda a tu padre, pequeño —susurró Alice.

Como respondiendo a su voz, el bebé se movió de nuevo, esta vez un movimiento de rotación que Arthur pudo sentir deslizarse bajo sus dedos.

Arthur cayó de rodillas allí mismo, en el suelo lleno de serrín, sin soltar su vientre. Pegó la oreja a la tela del vestido, cerrando los ojos con fuerza, mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas, dejando surcos limpios en el polvo de madera de su cara.

—Es real —sollozó él, con la voz quebrada por la emoción—. Dios mío, Alice, es real. Hay una vida ahí dentro. Te ha golpeado. Es fuerte.

—Es muy fuerte —dijo Alice, acariciando el cabello de su esposo—. Tiene la fuerza de los Sterling.

Arthur levantó la cabeza y besó su vientre con una reverencia sagrada, justo en el lugar donde había sentido el golpe.

—Hola —susurró a la tela, con la voz ronca—. Soy yo. Soy papá. He hecho una cama para ti. Es de cerezo y huele bien. Tienes que quedarte ahí un poco más, ¿de acuerdo? Tienes que crecer fuerte. Tu mamá y yo te estamos esperando.

Alice sentía que el corazón le iba a estallar de amor. Ver a ese hombre, que podía ser tan serio y reservado con el mundo, arrodillado y hablándole a su vientre con tanta dulzura, era una imagen que borraba cualquier miedo que pudiera tener sobre el parto o la maternidad. No estaban solos. Eran un equipo de tres.

Arthur se levantó y la abrazó con una fuerza desesperada, escondiendo el rostro en su cuello.

—Gracias —dijo él—. No me cansaré de decírtelo nunca. Gracias por este milagro.

—Tú eres parte del milagro, Arthur.

—Te prometo, Alice... te prometo que lijaré cada astilla de este mundo para que nada le haga daño. A ninguno de los dos.

—Lo sé. Ya lo haces.

Salieron del taller cuando el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de naranja y violeta. Arthur no permitió que Alice caminara sola; la llevó del brazo, adaptando su paso largo al ritmo más pausado de ella.

Esa noche, después de la cena, Arthur no quiso leer en la biblioteca. Insistió en subir temprano a la habitación. Ayudó a Alice a prepararse para dormir con la paciencia de un santo, cepillando su cabello largo con movimientos suaves y rítmicos que la relajaban hasta el punto del sueño.

Cuando se metieron en la cama, Arthur no se giró para dormir. Se acomodó de costado, mirando hacia ella, y colocó su mano de nuevo sobre su vientre, como si fuera el único lugar donde su mano pertenecía.

—¿Se ha dormido? —preguntó en un susurro en la oscuridad.

—Creo que sí —respondió Alice, sintiendo la calma en su interior—. Le ha gustado tu voz.

Arthur sonrió en la penumbra.

—Voy a leerle todos los libros de la biblioteca. Empezaré mañana. Quiero que reconozca mi voz cuando nazca. Quiero que sepa que mi voz significa seguridad.

—Ya lo sabe, Arthur. Yo lo sé. Y él lo siente a través de mí.

Arthur se inclinó y besó suavemente los labios de Alice.

—Buenas noches, mis amores.

—Buenas noches, papá.

Alice cerró los ojos, sintiendo el peso reconfortante de la mano de Arthur y el calor de su cuerpo a su lado. Pensó en la cuna de cerezo en el taller, tallada con rosas y robles, esperando vacía pero llena de promesas. Pensó en el invierno que habían pasado aislados y en la primavera que había traído esta vida. Y mientras se dejaba llevar por el sueño, supo que no había mayor felicidad en la tierra que esa: la espera compartida, el milagro cotidiano de sentir una patada bajo la palma de la mano y la certeza de que el amor, cuando es verdadero, no solo suma, sino que crea mundos enteros donde antes no había nada.

Capítulo 26: El Peso Dulce de la Espera

Agosto se despidió de Oakhaven con un calor denso y pegajoso, típico del final del verano, cuando el aire parece detenerse antes de quebrarse hacia el otoño. El valle estaba en plena madurez; los huertos rebosaban de fruta pesada y los campos de trigo ya habían sido segados, dejando rastrojos dorados que brillaban bajo el sol de la tarde.

Dentro de la mansión Miller, la madurez también era evidente. Alice Sterling se encontraba en su octavo mes de embarazo, y la ligereza con la que solía moverse por la librería había sido reemplazada por un paso lento y oscilante. Su vientre era ahora prominente y bajo, una curva perfecta que contenía todo su universo, pero que también traía consigo dolores de espalda, tobillos hinchados y un cansancio que la asaltaba a las horas más inoportunas.

Era una tarde de martes, sofocante y quieta. Alice se había refugiado en la habitación que habían destinado para la guardería, contigua a su dormitorio principal. Las ventanas estaban abiertas de par en par, buscando cualquier brisa que subiera desde el valle, pero las cortinas de muselina blanca apenas se movían.

La habitación olía a madera de cerezo —gracias a la cuna que Arthur había terminado y pulido hasta la perfección— y a lavanda seca. Alice estaba sentada en una mecedora acolchada, rodeada de montañas de ropa diminuta. Había camisones de batista, gorritos de

lana tan pequeños que cabían en el puño de una mano, y patucos tejidos por la señora Gable.

Alice tomó uno de los camisones y lo alisó sobre su regazo. Le parecía imposible que un ser humano pudiera ser tan pequeño. Una ola de ansiedad repentina, mezclada con amor, le apretó la garganta. ¿Sabría hacerlo? ¿Sabría ser madre? Ella, que había crecido entre libros y silencio, ¿sabría interpretar el llanto de un bebé?

La puerta se abrió suavemente y Arthur entró. Llevaba una jarra de limonada helada y un paño húmedo sobre el hombro. Se había quitado el chaleco y la corbata, y tenía los primeros botones de la camisa desabrochados por el calor. Al verla rodeada de la ropa blanca, se detuvo, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa que era pura devoción.

—Pareces un ángel atrapado en una nube —dijo él, entrando y dejando la jarra sobre una mesa auxiliar—. Pero un ángel que debería estar descansando, no organizando un inventario de ropa que ya has doblado tres veces esta semana.

Alice suspiró, dejando caer la cabeza hacia atrás en la mecedora.

—Es el calor, Arthur. No puedo dormir, no puedo encontrar una postura cómoda y siento que si no hago algo con las manos, me volveré loca. Además... —señaló el camisón diminuto—, me parece increíble que alguien vaya a caber aquí. ¿Y si no estoy lista?

Arthur se acercó y se arrodilló frente a ella, quedando a la altura de su vientre. Tomó las manos de Alice, que apretaban la tela, y las besó con calma.

—Estás lista —aseguró él con firmeza—. Tienes más amor en ese dedo meñique que la mayoría de la gente en todo el cuerpo. Y no estarás sola. Nunca estarás sola en esto.

Arthur miró hacia abajo, hacia los pies de Alice, que estaban ocultos bajo el dobladillo de su vestido ligero de verano, pero que él sabía que estaban hinchados y doloridos.

—Vamos a arreglar esto —dijo él, poniéndose de pie—. No puedo bajar la temperatura del sol, aunque te prometo que lo estoy intentando mentalmente, pero puedo hacer algo mejor.

Salió de la habitación un momento y regresó con un pequeño barreño de porcelana lleno de agua fresca y aceite de menta, y una toalla suave. Se volvió a arrodillar, colocó el barreño sobre una toalla en el suelo y, con una naturalidad que a Alice todavía le robaba el aliento, levantó el borde de su falda hasta las pantorrillas.

—Arthur... no tienes que hacer esto. Eres el señor de la casa, no un sirviente —protestó ella débilmente, aunque el deseo de alivio era inmenso.

Arthur la miró con una ceja alzada, esa mirada que decía "no me discutas cuando se trata de cuidarte".

—Soy tu esposo, Alice. Y tú llevas a mi hijo. Mis manos no tienen mejor uso en este mundo que aliviarte el peso.

Con delicadeza infinita, Arthur le quitó las zapatillas y las medias. Sumergió el primer pie de Alice en el agua fresca. El alivio fue tan inmediato y placentero que Alice soltó un gemido involuntario, cerrando los ojos.

Arthur comenzó a masajear su arco, sus tobillos y sus pantorrillas con movimientos firmes y rados. Sus manos grandes y fuertes sabían exactamente dónde presionar para disolver la tensión. El olor a menta llenó la habitación, refrescante y limpio.

—¿Mejor? —preguntó él en voz baja, sin dejar de masajear.

—Cielo santo, Arthur... sí. Mucho mejor. Debería darte vergüenza ser tan bueno en todo. Me estás malcriando de una manera irreparable.

Arthur soltó una risa suave, concentrado en su tarea.

—Ese es mi plan maestro. Que nadie más pueda estar a mi altura para que nunca quieras irte.

Alice lo observó desde arriba. Vio cómo el sudor perlaba su frente, cómo sus mangas arremangadas dejaban ver los músculos de sus brazos tensarse con el esfuerzo del masaje. Vio la ternura absoluta

en la forma en que sostenía su pie hinchado, como si fuera la reliquia más preciosa del mundo.

—Tengo miedo, Arthur —confesó ella de repente, rompiendo la paz del momento con la verdad que la había estado carcomiendo todo el día.

Las manos de Arthur se detuvieron un instante, pero no la soltaron. Levantó la vista, y su expresión se volvió seria, atenta.

—¿Miedo de qué, mi vida?

—Del parto —susurró ella. En 1886, el parto era un asunto de mujeres, rodeado de misterio y peligro real. Las historias que se contaban en el pueblo no siempre tenían finales felices—. Miedo de que algo salga mal. Miedo de... de dejarte.

Arthur sacó su pie del agua, lo secó con cuidado con la toalla y luego se puso de pie, apartando el barreño. Se sentó en el borde de la mecedora, apenas cabiendo, y la atrajo hacia su pecho, envolviéndola con sus brazos protectores.

—Escúchame, Alice —dijo él, con una voz ronca y feroz—. Mírame.

Alice levantó la vista, con los ojos llenos de lágrimas.

—He contratado al mejor médico de Londres. Vendrá la semana que viene y se quedará en la casa hasta que nazca el bebé. La señora Gable estará aquí. Y yo... —Arthur le tomó el rostro entre las manos, obligándola a ver la determinación inquebrantable en sus ojos ámbar —. Yo estaré al otro lado de esa puerta. Si pudiera entrar y tomar el dolor por ti, lo haría. Si tuviera que luchar contra la muerte misma con mis propias manos para que tú te quedes conmigo, lo haría. Eres fuerte, Alice. Eres la mujer que camina kilómetros bajo la lluvia, que planta jardines en tierra baldía, que me domesticó a mí. Puedes hacer esto.

—¿Y si...?

—No hay "y si" —la cortó él, besando su frente con fuerza—. No voy a permitir que te vayas a ningún lado. Nuestro libro está a la mitad, Alice. Nos quedan demasiados capítulos. Tenemos que ver crecer a

este niño. Tenemos que viajar a Italia algún día. Tenemos que envejecer y discutir en el porche. No acepto otro futuro.

La convicción absoluta de Arthur, su negativa obstinada a aceptar cualquier tragedia, actuó como un bálsamo sobre los miedos de Alice. Se aferró a su camisa, respirando su aroma, y dejó que su fuerza se filtrara en ella.

—Prométeme que, si algo pasa, cuidarás de él —dijo ella, necesitando cerrar esa última puerta de ansiedad.

—Cuidaré de ambos —prometió él—. Porque seremos tres. Siempre tres.

Se quedaron abrazados hasta que el sol comenzó a ponerse, tiñendo la guardería de tonos violetas. El bebé, sintiendo quizás la intensidad de las emociones de su madre o reconociendo la cercanía de su padre, dio una patada fuerte contra las costillas de Alice.

Alice hizo una mueca y se llevó la mano al costado.

—Tu hijo está de acuerdo contigo, al parecer. Tiene mucha fuerza hoy.

Arthur sonrió, relajándose, y colocó su mano sobre el lugar donde el bebé se movía.

—Es un Sterling. La impaciencia le viene de familia. Quiere salir y conocerte. Quiere ver la cara de la mujer que tiene la voz más dulce del mundo.

Arthur se levantó y ayudó a Alice a incorporarse.

—Ven. La cena está lista, y necesitas comer. Después, te llevaré a la cama, abriré las ventanas para que entre el fresco de la noche, y cumpliré mi promesa.

—¿Qué promesa?

—Leerle. Hoy toca poesía. Creo que Keats es apropiado para una noche de verano, ¿no crees?

Esa noche, acostada en la cama fresca con sábanas de lino, con el cuerpo relajado tras el masaje y el corazón tranquilo tras la

confesión de sus miedos, Alice escuchó la voz de Arthur en la penumbra.

Él estaba sentado a su lado, con el libro en una mano y la otra descansando protectoramente sobre su vientre. Leía los versos con cadencia y amor, no para una audiencia de intelectuales, sino para su esposa y su hijo no nacido.

"Una cosa bella es un goce eterno: Su hermosura va en aumento, y jamás caerá en la nada..."

Mientras la voz profunda de Arthur llenaba la habitación, ahuyentando las sombras y los miedos, Alice sintió que el peso de la espera se volvía dulce. No importaba el calor, ni el dolor de espalda, ni el miedo al futuro. Tenía esto. Tenía este momento perfecto, suspendido en el tiempo, donde el amor era un escudo impenetrable y la felicidad era tan simple como una mano sosteniendo la tuya en la oscuridad. Cerró los ojos y se dejó llevar hacia el sueño, sabiendo que, pasara lo que pasara, estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 27: El Amanecer de una Nueva Vida

Septiembre llegó a Oakhaven con una tormenta prematura, como si el cielo mismo supiera que algo trascendental estaba a punto de ocurrir y quisiera anunciarlo con tambores de trueno. La noche del

doce de septiembre, el viento aullaba alrededor de la mansión Miller, sacudiendo las ventanas y haciendo gemir las viejas vigas de roble. Pero dentro de la habitación principal, había una tormenta diferente, una silenciosa y mucho más intensa.

Alice despertó poco después de la medianoche. No fue el trueno lo que la sacó del sueño, sino una presión aguda, una ola de tensión que recorrió su espalda baja y se cerró como un puño alrededor de su vientre. Soltó un gemido involuntario, apretando las sábanas.

Arthur, que durante las últimas semanas dormía con un ojo abierto, se despertó al instante.

—¿Alice? —preguntó, incorporándose sobre un codo, con la voz ronca pero alerta—. ¿Es el bebé?

Alice esperó a que la contracción pasara, exhalando lentamente.

—Sí, Arthur. Creo que... creo que ha llegado la hora.

En ese momento, el Arthur tranquilo y controlado desapareció por un segundo, reemplazado por un hombre con el miedo pintado en los ojos. Pero fue solo un segundo. Inmediatamente, su instinto protector tomó el mando. Saltó de la cama, encendió las lámparas con manos que temblaban ligeramente y se vistió a toda prisa.

—Voy a buscar al médico. Y a la señora Gable. No te muevas.

—Arthur, está lloviendo a cántaros... —murmuró Alice, sintiendo otra ola de dolor acercarse.

—Traería al médico aunque tuviera que nadar hasta Londres —aseguró él, besando su frente húmeda—. Timmy está en las cuadras, lo mandaré a él por la comadrona mientras yo voy por el doctor. Tú... tú solo respira.

Las horas siguientes fueron una neblina de actividad y espera. La casa, habitualmente dormida a esas horas, se encendió con luces y voces bajas. La señora Gable llegó con toallas limpias y agua caliente, tomando el mando de la habitación con la autoridad de quien ha visto nacer a medio pueblo. El médico, un hombre mayor y sereno, llegó poco después, empapado pero tranquilo.

Y entonces llegó la parte más difícil para Arthur: el exilio.

—Fuera, señor Sterling —dijo la señora Gable con firmeza pero con cariño, empujándolo suavemente hacia el pasillo—. Aquí solo estorba. Nosotros cuidaremos de ella.

—Pero... ella me necesita —protestó Arthur, mirando por encima del hombro de la mujer hacia la cama, donde Alice, pálida pero valiente, le sonrió débilmente.

—Te necesito fuerte al otro lado de la puerta, Arthur —dijo Alice con voz suave—. Espéranos.

La puerta se cerró, dejándolo solo en el pasillo oscuro.

Para Arthur Sterling, esas fueron las horas más largas de su vida. El hombre que había negociado contratos millonarios, que había viajado por Europa y que había reconstruido una mansión con sus manos, se encontró completamente impotente. No podía hacer nada más que caminar.

Caminó de un extremo al otro del pasillo, contando los pasos. Cien pasos hasta la ventana. Cien pasos de vuelta a la puerta. Cada vez que escuchaba un gemido de Alice a través de la madera, sentía como si una mano invisible le estrujara el corazón. Se detuvo frente a la puerta, apoyando la frente en el marco, cerrando los ojos y rezando. Rezó a todos los dioses que conocía, ofreciendo su fortuna, su casa, su propia vida, a cambio de que ella y el niño estuvieran bien.

—Por favor... —susurraba al silencio de la casa—. Por favor, no te la lleves. No ahora que acabamos de empezar.

El reloj del abuelo en el vestíbulo marcó las tres. Las cuatro. Las cinco.

La tormenta fuera comenzó a amainar, pero la tensión en el pasillo era insoportable. Arthur se había sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, incapaz de seguir caminando. Tenía la cabeza entre las manos, sintiendo el peso del terror absoluto.

Y entonces, justo cuando el cielo empezaba a teñirse de un gris pálido anunciando el amanecer, el sonido cambió.

El gemido de dolor de Alice cesó, seguido de un silencio que duró un segundo eterno, un segundo en el que el corazón de Arthur dejó de latir.

Y luego, un sonido nuevo rompió la mañana.

Un llanto.

Era un llanto fuerte, agudo, indignado. El sonido de pulmones nuevos llenándose de aire por primera vez. El sonido de la vida.

Arthur se puso de pie de un salto, con las piernas temblorosas. Se quedó mirando la puerta, sin atreverse a entrar hasta que le dieran permiso, con el corazón golpeándole las costillas como un martillo.

Pasaron unos minutos que parecieron siglos, llenos de murmullos y movimientos al otro lado. Finalmente, la puerta se abrió.

La señora Gable salió. Parecía cansada, con el delantal arrugado, pero tenía una sonrisa que le partía la cara de oreja a oreja.

—Puede entrar, señor Sterling —dijo en un susurro—. Su esposa lo está esperando. Y alguien más también.

Arthur entró en la habitación como quien entra en un templo. El aire olía a lavanda, a sudor y a algo metálico y dulce, el olor del nacimiento. La luz del amanecer entraba por la ventana, suave y dorada, iluminando la cama.

Alice estaba recostada contra las almohadas. Estaba pálida, con el cabello pegado a la frente y ojeras profundas bajo los ojos, pero Arthur pensó que nunca había visto a un ser más hermoso en toda su existencia. Parecía irradiar una luz propia, una serenidad victoriosa.

Y en sus brazos, envuelto en una manta de lana blanca, había un bulto pequeño.

Arthur se acercó a la cama, caminando despacio, como si el suelo fuera de cristal. Se arrodilló al lado de Alice, sin poder apartar la

vista de ella.

—Alice... —su voz se quebró, las lágrimas corriendo libremente por su rostro—. Dios mío, Alice. ¿Estás bien?

—Estamos bien, Arthur —susurró ella, con la voz ronca pero llena de felicidad—. Mira.

Alice apartó un poco la manta.

Allí, con los ojos cerrados y el rostro arrugado y rosado, estaba su hija. Tenía una mata de cabello oscuro, igual al de Arthur, y una mano diminuta, perfecta, cerrada en un puño contra su mejilla.

—Es una niña —dijo Alice, mirando a Arthur con ojos brillantes—. Una niña, Arthur.

Arthur extendió un dedo tembloroso y tocó la mejilla de la bebé. Era suave, increíblemente suave, caliente y viva. La niña se movió ante su toque y soltó un pequeño suspiro.

—Una niña... —repitió Arthur, la palabra sabiendo a miel en sus labios—. Una hija.

—¿Quieres cargarla? —preguntó Alice.

—Tengo miedo de romperla —confesó él, mirando sus manos grandes.

—Hiciste su cuna, Arthur. Tus manos saben cuidarla.

Con cuidado infinito, Arthur deslizó sus brazos bajo el pequeño cuerpo y la levantó. La bebé pesaba tan poco, y sin embargo, Arthur sintió que sostenía el peso del universo entero. La acercó a su pecho, acunándola de manera instintiva, y la miró.

En ese momento, la niña abrió los ojos. Eran oscuros todavía, indefinidos, pero buscaban la luz. Arthur sintió una conexión instantánea, un lazo invisible que se ataba alrededor de su corazón y lo apretaba para siempre. Ya no era solo Arthur Sterling, el hombre, el esposo. Era Papá. Y supo, con una certeza aterradora y maravillosa, que mataría dragones con sus propias manos si algo amenazaba a esa pequeña criatura.

—Hola, pequeña —susurró él, y la bebé pareció calmarse al oír su voz grave, la misma voz que le había leído poesía a través del vientre de su madre durante meses—. Bienvenida a casa.

Se sentó en el borde de la cama, con la niña en brazos, y miró a Alice. Los tres formaban un círculo cerrado, una trinidad de amor bajo la luz del amanecer.

—¿Cómo la llamaremos? —preguntó Arthur, sin poder dejar de mirar la nariz de botón de su hija.

Alice sonrió, acariciando la mano de Arthur que sostenía a la bebé.

—Pensé en lo que dijiste en el taller. Sobre las rosas que tallaste en su cuna. Y pensé en mi madre...

—Rose —dijo Arthur, probando el nombre—. Rose Sterling.

—Es fuerte y dulce a la vez. Y tiene espinas para defenderse, aunque tendrá a su padre para eso —dijo Alice.

—Rose —repitió él, y la bebé bostezó como si estuviera de acuerdo —. Es perfecto.

Arthur se inclinó y besó a Alice, un beso largo y tierno que llevaba impresa toda la gratitud de la noche, todo el miedo superado y toda la promesa del futuro.

—Gracias —dijo él contra sus labios—. Me has dado la vida dos veces, Alice. Una vez cuando me encontraste en la lluvia, y ahora... ahora con ella.

—Ahora somos una familia, Arthur.

La mañana avanzó, y la tormenta de la noche anterior quedó olvidada, convertida en un recuerdo lejano frente al sol brillante de septiembre. En la habitación, el mundo se había reducido a lo esencial: el calor de la piel, el sonido de respiraciones tranquilas y el milagro de unos dedos diminutos aferrándose al dedo índice de un padre que lloraba de felicidad.

Arthur Sterling, el hombre que una vez pensó que su destino era la soledad de una casa grande, miró a su esposa y a su hija Rose, y

supo que su corazón ya no le pertenecía. Estaba dividido en dos, latiendo fuera de su pecho, en esas dos mujeres que eran su principio y su final. Y mientras la luz dorada inundaba la habitación, Arthur supo que ese era el verdadero amanecer de su vida.

Capítulo 28: La Primera Navidad de Rose

Diciembre regresó al valle de Oakhaven, cerrando el ciclo de las estaciones, pero para la mansión Miller, este invierno no se parecía en nada al anterior. Hace un año, la casa había sido un lugar de ecos silenciosos y habitaciones cerradas. Ahora, mientras la nieve cubría los jardines con un manto inmaculado, el interior de la mansión vibraba con una calidez nueva, una energía suave y constante que tenía nombre propio: Rose.

A sus tres meses de edad, Rose Sterling era la dueña y señora indiscutible de la casa. Tenía los ojos oscuros y curiosos de su padre y la sonrisa fácil de su madre. Era una niña tranquila, que observaba el mundo desde sus mantas de lana con una fascinación que derretía el corazón de cualquiera que la mirara, especialmente el de Arthur.

Arthur había descubierto una nueva vocación. Si bien seguía siendo el señor de las tierras y el esposo devoto, su papel de padre lo había consumido de la manera más dulce posible.

Era la tarde de Nochebuena. Alice estaba en la sala de estar principal, terminando de colocar los últimos lazos de terciopelo rojo en las guirnaldas de la chimenea. La habitación olía a pino fresco, a

cera de abejas y a las galletas de jengibre que la señora Gable había horneado esa mañana.

Alice se detuvo un momento para observar la escena frente a ella. Arthur estaba sentado en la gran alfombra persa frente al árbol de Navidad, un abeto inmenso que llegaba casi hasta el techo, decorado con bolas de cristal soplado y velas apagadas aún. En sus brazos, sostenía a Rose, mostrándole un adorno de madera tallada con forma de petirrojo.

—Mira, Rose —decía Arthur con una voz suave y cantarina que Alice jamás había escuchado antes de septiembre—. Este es un pájaro. Vive en el jardín. Cuando seas mayor, papá te llevará a verlos en los árboles. Y te haré una casa para pájaros para que la cuelgues en tu ventana.

Rose, hipnotizada por el objeto, soltó un gorgoteo feliz y agitó sus pequeños puños en el aire, intentando agarrar el pájaro.

—Creo que le gusta, Arthur —dijo Alice, acercándose y sentándose en el sofá para observarlos mejor—. Aunque sospecho que le gusta más tu voz que el adorno.

Arthur levantó la vista, y sus ojos ámbar brillaron con un orgullo desmedido.

—Es una niña muy inteligente. Sabe apreciar el arte —bromeó él, besando la cabeza de la bebé, que olía a talco y leche—. Y sabe que su padre haría cualquier cosa por verla sonreír.

Alice sintió esa familiar punzada de amor en el pecho. Ver a Arthur, un hombre grande y fuerte, manipulando los dedos diminutos de su hija con tanta delicadeza, era una imagen que nunca dejaba de conmoverla.

—¿Está listo el árbol? —preguntó Arthur, poniéndose de pie con Rose segura en el hueco de su brazo.

—Solo falta una cosa —dijo Alice, sacando de una caja acolchada la vieja estrella de madera dorada que había pertenecido a su padre y que habían puesto juntos en la librería el año anterior—. La estrella.

Arthur miró la estrella y luego a Alice. Recordó el momento en la librería, el beso bajo la guirnalda, la promesa tácita de aquel entonces.

—Este año, creo que tenemos a alguien nuevo para ayudar a ponerla —dijo él.

Se acercó al árbol. Con cuidado, levantó a Rose en alto, sosteniéndola firmemente por la cintura. La niña, al verse elevada, abrió los ojos con asombro, mirando las ramas verdes y los adornos brillantes.

—Vamos, Rosie. Toca el cielo —susurró Arthur.

Alice se subió a una pequeña banqueta y colocó la estrella en la punta del árbol, guiando simbólicamente la manita de Rose para que rozara la madera dorada.

—Ahí está —dijo Alice—. La estrella que guía a los viajeros a casa.

—Nosotros ya estamos en casa —respondió Arthur, bajando a la niña y apretándola contra su pecho, besando su mejilla regordeta—. Y nunca hemos estado mejor.

Esa noche, la cena fue íntima. El servicio había recibido la noche libre para estar con sus familias, así que Arthur y Alice se sirvieron ellos mismos una cena fría de pavo asado, quesos y frutas en la mesa baja de la biblioteca, su refugio favorito. La cuna de cerezo que Arthur había tallado estaba a su lado, y Rose dormía plácidamente, arrullada por el calor del fuego.

Fuera, la nieve caía en grandes copos silenciosos, creando un mundo de algodón blanco. Dentro, las velas parpadeaban, reflejándose en los lomos de los miles de libros que forraban las paredes.

—Brindo —dijo Arthur, levantando su copa de vino tinto—, por el año más extraordinario de mi vida. Por la mujer que me enseñó a amar, y por la hija que me enseña cada día a ser mejor hombre.

—Y yo brindo —respondió Alice, chocando su copa suavemente con la de él—, por el hombre que cumplió todas sus promesas. Por el jardinero, el lector, el padre. Por ti, Arthur.

Bebieron, mirándose a los ojos con esa complicidad profunda que nace de haber compartido miedos, partos y amaneceres.

Arthur dejó su copa y metió la mano en el bolsillo de su chaleco.

—Tengo algo para ti. Sé que acordamos no darnos regalos grandes este año, ya que Rose es el regalo supremo, pero... no pude resistirme.

Sacó un sobre de papel grueso, sellado con lacre rojo.

Alice lo tomó con curiosidad. Al abrirlo, encontró un documento legal y un plano arquitectónico doblado.

—¿Qué es esto? —preguntó, desplegando el plano.

Era un dibujo detallado de un invernadero nuevo, mucho más grande que el actual, conectado directamente a la biblioteca mediante una galería de cristal.

—Es un solárium de invierno —explicó Arthur, sentándose a su lado y pasando el brazo por sus hombros—. He notado que en invierno echas de menos tu jardín. Y no quiero que tengas que esperar a la primavera para estar rodeada de flores. Con esto, podremos cultivar jazmines y camelias todo el año. Podrás leer aquí, con Rose jugando en el suelo, rodeada de verde incluso cuando haya nieve fuera.

Alice miró el plano, viendo el cuidado con el que Arthur había diseñado cada detalle, pensando en su comodidad y en su felicidad.

—Arthur... es maravilloso. Pero es demasiado.

—Nada es demasiado para ti, Alice. Quiero construirte un paraíso. Quiero que, cuando mires por la ventana, solo veas belleza.

Alice dejó el plano sobre la mesa y se giró para abrazarlo, escondiendo el rostro en su cuello.

—Mi paraíso eres tú —susurró ella—. Tú y Rose. No necesito invernaderos para saber que soy feliz, pero... gracias. Gracias por pensar siempre en cómo hacerme sonreír.

—Es mi trabajo a tiempo completo —dijo él, besando su sien—. Y me encanta mi trabajo.

De repente, un pequeño sonido vino de la cuna. Un gemido suave que pronto se convirtió en un llanto quedo. Rose se había despertado.

Alice hizo ademán de levantarse, pero Arthur la detuvo suavemente con una mano en el hombro.

—Déjame a mí. Tú descansa y termina tu vino. Es Navidad, señora Sterling.

Arthur se levantó y fue hacia la cuna. Alice lo observó desde el sofá, con el corazón rebosante. Vio cómo su esposo, el hombre grande y fuerte, se inclinaba sobre la madera de cerezo. Lo vio levantar a su hija con una ternura infinita, acunándola contra su hombro, paseando por la biblioteca mientras le susurraba cosas al oído.

—Shhh, Rosie. Mira el fuego. Mira los libros. Todos estos libros son tuyos, pequeña. Algún día mamá te los leerá todos. Y papá te enseñará a subir a los árboles más altos. Pero ahora tienes que dormir.

Alice escuchó el tono profundo y retumbante de su voz, un sonido que vibraba en el pecho de Arthur y que, sin duda, calmaba a la bebé. Poco a poco, el llanto cesó, reemplazado por una respiración tranquila.

Arthur no la devolvió a la cuna de inmediato. Se quedó de pie frente al ventanal, mirando la nieve caer, con su hija dormida en brazos. La imagen de las dos personas que Alice más amaba en el mundo, recortadas contra la noche blanca de Navidad, se grabó en su memoria para siempre.

Se levantó y caminó hacia ellos, abrazando a Arthur por la cintura desde atrás, apoyando la mejilla en su espalda ancha. Arthur soltó una mano de la bebé para cubrir la mano de Alice en su cintura.

—Feliz Navidad, Arthur —dijo ella suavemente.

—Feliz Navidad, Alice.

Se quedaron allí, los tres, mientras el reloj del abuelo en el vestíbulo daba las doce campanadas, anunciando el día de Navidad. No había

grandes fiestas, ni bailes de salón, ni viajes al mar. Solo había silencio, nieve y el latido acompasado de tres corazones que habían encontrado su lugar en el mundo.

Alice miró el reflejo de su pequeña familia en el cristal oscuro de la ventana. Vio a una mujer que había dejado de esperar para empezar a vivir. Vio a un hombre que había cambiado la soledad por el amor. Y vio a una niña que crecería rodeada de libros, jardines y la certeza absoluta de que fue deseada y amada desde antes de nacer.

Y mientras la nieve seguía cubriendo Oakhaven, Alice supo que el invierno, por fin, había sido derrotado. Porque en esa casa, en esa biblioteca, en ese abrazo, era verano. Un verano eterno y cálido que duraría para siempre.

Capítulo 29: El Cuento del Caballero y la Librera

El tiempo en Oakhaven tenía una cualidad elástica y amable; los años no pesaban, sino que se posaban suavemente sobre el valle como capas de hojas en otoño, enriqueciendo la tierra y profundizando las raíces. Habían pasado cuatro primaveras desde el nacimiento de Rose Sterling, y la mansión Miller, antaño un monumento al silencio, era ahora el escenario de risas constantes, pasos apresurados de botas pequeñas y el sonido de piano mal tocado pero entusiasta.

Rose, a sus cuatro años, era una fuerza de la naturaleza. Había heredado los ojos ámbar profundos y reflexivos de su padre, pero tenía el espíritu indomable y la curiosidad voraz de su madre. No caminaba; corría. No hablaba; interrogaba al mundo. Y su lugar favorito en todo el universo no era el cuarto de juegos lleno de muñecas caras, sino el suelo de madera desgastada de la librería "El Tintero de Bronce".

Era una tarde de junio, cálida y perezosa. Alice estaba detrás del mostrador, revisando un pedido de encuadernaciones nuevas. Llevaba el cabello recogido de forma sencilla, y aunque había unas finas líneas de risa alrededor de sus ojos que no estaban allí cinco años atrás, la maternidad y la felicidad le habían otorgado una belleza madura y radiante.

—Mamá, mira —llamó una vocecita desde la sección de poesía.

Alice levantó la vista. Rose estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, rodeada de una torre precaria de libros que ella misma había construido. Sostenía un volumen al revés y fingía leer con una seriedad cómica, frunciendo el ceño exactamente igual que lo hacía Arthur cuando revisaba las cuentas de la finca.

—Estoy leyendo, mamá. Como papá.

—Lo haces muy bien, mi amor —sonrió Alice, saliendo del mostrador para sentarse junto a ella—. Pero creo que ese libro se entiende mejor si le das la vuelta.

Rose suspiró con dramatismo, una actriz consumada.

—Las letras son difíciles. Se mueven.

—Se quedarán quietas si tienes paciencia. ¿Recuerdas lo que dice papá?

—Paciencia y amor —recitó la niña de memoria, una frase que había escuchado mil veces en el jardín mientras plantaban bulbos.

La campanilla de la puerta sonó con ese repique alegre que a Alice todavía le aceleraba el corazón, incluso después de tantos años.

Arthur entró. El sol de la tarde recortó su silueta alta en el umbral. Llevaba ropa de montar, con las botas ligeramente polvorientas y el cabello revuelto por el viento. Al ver a sus dos mujeres sentadas en el suelo entre montañas de libros, su rostro se iluminó con esa devoción absoluta que nunca había disminuido, ni un ápice, desde el día de su boda.

—Vaya, vaya —dijo él, cerrando la puerta y bloqueando el ruido de la calle—. Parece que he interrumpido una reunión muy importante del gremio de lectores.

—¡Papá! —chilló Rose, olvidando instantáneamente su dignidad literaria y lanzándose a correr hacia él.

Arthur la atrapó en el aire con un solo brazo, levantándola hasta el techo mientras ella reía a carcajadas, y luego la apretó contra su pecho, besando su mejilla sonora y ruidosamente.

—Hola, mi rosa salvaje. ¿Has vendido muchos libros hoy?

—He leído miles —aseguró ella con convicción—. Y mamá me ha ayudado.

Arthur bajó a la niña, pero no soltó su mano. Caminó hacia Alice, que se había puesto de pie, sacudiéndose el polvo de la falda.

—Hola, mi amor —dijo él, inclinándose para darle un beso suave en los labios, un saludo cotidiano que, sin embargo, siempre llevaba implícita una promesa de intimidad.

—Hola, Arthur. Llegas temprano.

—No podía esperar —confesó él, rozando su nariz con la de ella—. El día estaba demasiado bonito para pasarlo discutiendo sobre el precio

del trigo con los arrendatarios. He venido a secuestrarlas. He preparado la cesta de picnic.

—¿Picnic? —los ojos de Rose se abrieron como platos—. ¿Con pastel?

—Con mucho pastel de fresas —prometió Arthur.

Cerraron la tienda temprano, colgando el cartel de "Cerrado" sin remordimientos. Alice sabía que los clientes entenderían; en Oakhaven, la familia Sterling era una institución querida, y verlos pasear juntos era casi un pasatiempo local.

Caminaron hacia las afueras del pueblo, hacia un prado alto lleno de flores silvestres que bordeaba el bosque, cerca de donde Arthur le había mostrado el "oro viejo" aquel otoño lejano. Arthur extendió una manta grande a cuadros sobre la hierba y sacó el festín: sándwiches de pepino, limonada fresca, queso, manzanas (por supuesto) y el prometido pastel de fresas.

Comieron entre risas, viendo cómo Rose perseguía mariposas con una energía inagotable. Arthur y Alice se recostaron en la manta, hombro con hombro, observando el fruto de su amor correr libre bajo el sol. Arthur tomó la mano de Alice y entrelazó sus dedos, acariciando con el pulgar su alianza de oro, que ahora tenía pequeños rasguños por el uso diario, marcas de una vida vivida plenamente.

—Es feliz —murmuró Arthur, mirando a su hija.

—Lo es —coincidió Alice—. Y es libre. Tiene un mundo entero para ella.

—Gracias a ti. Tú le das las raíces, Alice. Yo solo intento darle alas.

Rose regresó corriendo hacia ellos, con las rodillas manchadas de verde y un ramo de dientes de león en la mano. Se tiró sobre las piernas de Arthur, jadeando.

—Papá, cuéntame un cuento —pidió, entregándole las flores como pago.

Arthur sonrió, tomando las flores y colocándolas con solemnidad detrás de la oreja de la niña.

—¿Qué cuento quieres? ¿El de los dragones? ¿El del barco pirata?

—No —dijo Rose, negando con la cabeza—. Quiero el cuento de mamá. El de cómo la encontraste.

Alice se rio suavemente. Era la historia favorita de Rose, aunque Arthur siempre la adornaba con elementos fantásticos que a la niña le fascinaban.

Arthur adoptó su "voz de narrador", grave y misteriosa. Se acomodó mejor, subiendo a Rose a su regazo, y miró a Alice con un brillo travieso y amoroso en los ojos.

—Muy bien. Presta atención, porque esto sucedió hace mucho, mucho tiempo, en una tierra donde siempre llovía...

—Aquí llueve siempre —interrumpió Rose.

—Shhh. Es parte de la magia —susurró Arthur—. Había una vez un caballero que vivía en un castillo de piedra gris en lo alto de una colina. El caballero tenía muchas monedas de oro, trajes elegantes y caballos rápidos, pero tenía un problema muy grave.

—¿Cuál? —preguntó Rose, con los ojos muy abiertos, aunque ya se sabía la respuesta.

—Tenía el corazón congelado —dijo Arthur, llevándose la mano al pecho con teatralidad—. Hacía tanto frío dentro de él que, cuando hablaba, salía nieve de su boca. El caballero viajaba por todo el mundo buscando algo que lo calentara, pero nada funcionaba. Ni el sol del desierto, ni las chimeneas más grandes. Estaba muy triste y muy solo.

Alice escuchaba, sintiendo un nudo dulce en la garganta. Sabía que, bajo la metáfora del cuento infantil, Arthur estaba confesando una verdad profunda sobre su pasado.

—Un día —continuó Arthur—, una tormenta terrible atrapó al caballero en el pueblo del valle. El viento soplaba tan fuerte que casi

se lleva su sombrero. Buscando refugio, vio una luz dorada que salía de una pequeña casita llena de tesoros de papel.

—¡La librería! —gritó Rose.

—Exacto. La cueva de los tesoros de papel. El caballero entró, mojado y temblando de frío. Y allí, detrás de una barrera de madera, estaba la Guardiana de las Historias.

Arthur miró a Alice. Su mirada estaba llena de una gratitud tan cruda que hizo que ella se sonrojara como el primer día.

—La Guardiana no tenía espada, ni escudo. Tenía algo más poderoso. Tenía ojos que veían la verdad y una voz que sonaba como música. Cuando ella miró al caballero, no vio su corazón congelado. Vio que solo necesitaba un poco de té y un buen libro.

—¿Y le dio el libro mágico? —preguntó Rose.

—Le dio el libro mágico —confirmó Arthur—. Y cuando sus dedos se tocaron al entregarle el libro, el caballero sintió algo extraño. Sintió un chispazo. ¡Zas! —Arthur le hizo cosquillas a Rose en la barriga, haciéndola reír—. Y el hielo de su corazón empezó a derretirse. Gota a gota.

—¿Y luego se casaron? —preguntó Rose, impaciente por llegar al final feliz.

—Bueno, el caballero tuvo que ser muy valiente —dijo Arthur, guiñándole un ojo a Alice—. Tuvo que aprender a plantar flores, tuvo que aprender a bailar y tuvo que aprender a pedir ayuda. Pero la Guardiana fue paciente. Ella le enseñó que el calor no viene del fuego, sino del amor. Y un día, en un jardín que ellos mismos hicieron, el caballero le dio un anillo del color del mar y le prometió que nunca más dejaría que tuviera frío.

—Y luego nací yo —concluyó Rose con satisfacción.

—Y luego nació la pequeña princesa Rosa —asintió Arthur, besando la frente de su hija—. Y el corazón del caballero, que antes estaba congelado, se hizo tan grande, tan grande, que ya no le cabía en el pecho. Y vivieron felices para siempre, comiendo pastel de fresas.

—Fin —dijo Rose, aplaudiendo.

Alice se inclinó y besó a Arthur, un beso suave y dulce que sabía a fresas y a recuerdos.

—Es un buen cuento —dijo ella.

—Es una historia real —respondió él—. La mejor historia que he leído nunca.

El sol comenzó a bajar, tiñendo el cielo de naranja y rosa. Rose, agotada por la emoción y el azúcar, empezó a bostezar. Se acurrucó contra el pecho de Arthur y, en cuestión de minutos, se quedó dormida, confiada y segura en los brazos de su padre.

Arthur y Alice se quedaron en silencio, escuchando la respiración rítmica de su hija y el canto de los grillos.

—¿Te arrepientes alguna vez? —preguntó Alice de repente, mirando el horizonte—. De Londres. De los viajes. De la vida grande.

Arthur la miró con incredulidad, como si hubiera preguntado si se arrepentía de respirar.

—Alice, mírame. Tengo a mi hija dormida en brazos. Tengo a mi esposa a mi lado. Tengo césped en los pantalones y migas de pastel en la camisa. Soy el hombre más rico de Inglaterra. Londres es un recuerdo gris. Esto... esto es la vida en tecnicolor.

Con cuidado para no despertar a Rose, Arthur pasó un brazo alrededor de los hombros de Alice y la atrajo hacia sí.

—Además —susurró él—, todavía nos queda mucha historia por escribir. Rose crecerá. Tendremos más canas. Quizás viajemos. Pero el final del cuento siempre será el mismo: tú y yo, juntos.

Alice apoyó la cabeza en su hombro, sintiendo esa paz absoluta que solo Arthur podía darle. Pensó en los libros de su tienda, llenos de aventuras y romances. Todos buscaban lo que ella ya tenía. Había encontrado su "felices para siempre", no como un punto final estático, sino como una jornada diaria, construida con pequeños gestos, con cuentos inventados y con la certeza de que, pasara lo

que pasara, el caballero y la librera siempre encontrarían el camino de vuelta el uno al otro.

—Te amo, Arthur —dijo ella al viento suave de la tarde.

—Te amo, Alice. Más ayer, más hoy, y muchísimo más mañana.

Y mientras el sol se ocultaba tras las colinas de Oakhaven, la familia Sterling se quedó allí un rato más, disfrutando de la perfección sencilla de un martes cualquiera, sabiendo que su amor era el legado más grande que podían dejarle al mundo.

Capítulo 30: La Última Página y el Fuego Eterno

El invierno había vuelto a Oakhaven, como siempre lo hacía, cubriendo el valle con un manto de silencio blanco. Pero esta nevada era diferente a aquella primera tormenta de hacía cincuenta años. No era una tormenta furiosa que golpeaba los cristales exigiendo entrar; era una nevada suave, lenta y pacífica, como si el cielo estuviera depositando con cuidado una manta de algodón sobre un mundo que merecía descansar.

En la biblioteca de la mansión Miller, el tiempo parecía haberse detenido, atrapado en el ámbar cálido de la luz del fuego. La habitación no había cambiado mucho en medio siglo. Los mismos estantes de caoba se alzaban hasta el techo, ahora mucho más llenos, abarrotados con las historias de toda una vida. Había libros infantiles con lomos desgastados, tratados de botánica, novelas de aventuras y, por supuesto, volúmenes de poesía con las esquinas dobladas.

En el centro de la habitación, frente a la gran chimenea de piedra, dos sillones de orejas estaban colocados muy juntos, mucho más

cerca de lo que dictaría la moda o la comodidad, unidos por una mesita baja donde reposaba una bandeja de plata con dos tazas de té a medio terminar.

Alice Sterling, con el cabello ahora convertido en una corona de plata brillante recogida suavemente en la nuca, estaba sentada en uno de ellos. Sus manos, que una vez fueron suaves y lisas, ahora eran un mapa de arrugas finas y elegantes, manos que habían pasado miles de páginas, plantado miles de semillas y acunado a hijos y nietos.

A su lado, Arthur Sterling dormitaba. El cabello oscuro y revuelto del joven impetuoso había dado paso a una melena blanca y digna, y su rostro, aunque marcado por el paso de las décadas, conservaba la nobleza de sus facciones. Incluso en sueños, su mano derecha buscaba instintivamente la izquierda de Alice, encontrándola sobre el reposabrazos y entrelazando los dedos con una familiaridad que no necesitaba pensamiento consciente.

Alice lo observó con una ternura que le apretó la garganta. Cincuenta años. Medio siglo de despertares, de cafés compartidos, de discusiones sobre dónde plantar los rosales y de reconciliaciones dulces. Habían visto crecer a Rose, la vieron convertirse en una mujer fuerte y brillante que ahora llenaba esta misma casa con sus propios hijos cada Navidad. Habían visto el mundo cambiar fuera de sus ventanas; carruajes que daban paso a automóviles ruidosos, modas que iban y venían.

Pero aquí, en este círculo de luz frente al fuego, nada había cambiado. Arthur seguía siendo su refugio. Ella seguía siendo su hogar.

Arthur se removió y abrió los ojos. Esos ojos ámbar, aunque un poco velados por la edad, se iluminaron instantáneamente al encontrarla, con la misma chispa de adoración que tuvo el día que entró en su tienda empapado por la lluvia.

—Me he quedado dormido —admitió él, con la voz rasposa por el sueño y los años—. Qué descortés de mi parte, señora Sterling,

dejarla sola con sus pensamientos.

—Mis pensamientos son buena compañía, Arthur —respondió ella, apretando su mano—. Estaba pensando en nosotros.

—Un tema inagotable —sonrió él, llevándose la mano de ella a los labios para besar sus nudillos, un gesto que había repetido cada día de su vida—. ¿Y qué decían tus pensamientos? ¿Que soy un viejo aburrido que se duerme antes de que termine el capítulo?

—Decían que eres el hombre más guapo que ha pisado Oakhaven —corrigió ella suavemente—. Y que me alegra que aquella tormenta te trajera a mi puerta.

Arthur se incorporó un poco, acomodándose en el sillón. Miró hacia la ventana, donde la nieve caía incesante.

—¿Recuerdas el libro? —preguntó de repente.

—¿Cuál de los miles que tenemos?

—El primero. Baladas Líricas.

Alice señaló con la cabeza hacia la mesita, donde el pequeño volumen de cuero verde, ahora frágil y desgastado, descansaba siempre a mano.

—Léeme, Arthur —pidió ella—. Como hacías antes. Como haces siempre.

Arthur tomó el libro con manos temblorosas pero reverentes. No necesitaba abrirlo para saber lo que decía, pero lo abrió de todos modos, porque amaba sentir el papel bajo sus dedos. Buscó la página marcada con una cinta de seda que se deshacía.

Se aclaró la garganta y comenzó a leer. Su voz ya no tenía la potencia de barítono de su juventud; era más suave, más quebrada, como el crujir de las hojas secas en otoño. Pero para Alice, era la música más hermosa del mundo. Cada palabra estaba cargada con el peso de la memoria.

"Aunque el resplandor que en otro tiempo fue tan brillante hoy esté por siempre oculto a mis miradas, aunque mis ojos ya no puedan ver

ese puro destello... no nos afligiremos, pues encontraremos fuerza en lo que queda..."

Arthur se detuvo y cerró el libro, dejándolo sobre su regazo. Miró a Alice con una intensidad que trascendía el tiempo.

—Encontraremos fuerza en lo que queda —repitió él—. Y lo que queda es mucho, Alice. Lo que queda es todo.

—Hemos tenido una buena vida, Arthur —dijo ella, sintiendo una lágrima cálida resbalar por su mejilla arrugada—. Hemos plantado jardines que durarán más que nosotros. Hemos amado mucho.

—Tú me salvaste —dijo él con una seriedad repentina—. Nunca te lo he dicho lo suficiente. Cuando llegué aquí, yo era un hombre hueco. Tenía dinero, tenía tierras, pero estaba vacío. Tú me llenaste. Me diste raíces. Me diste a Rose. Me diste una razón para levantarme cada mañana durante cincuenta años.

Alice se levantó con un poco de dificultad de su sillón y se sentó en el brazo del sillón de Arthur, como solía hacer cuando eran jóvenes. Él pasó su brazo alrededor de su cintura, apoyando la cabeza contra su costado.

—Y tú me diste el mar, Arthur. Me diste el mundo entero sin tener que salir de esta habitación. Me enseñaste que soy valiente.

Se quedaron en silencio, mirando el fuego que consumía lentamente un tronco de roble. Las llamas danzaban, proyectando sombras que parecían los fantasmas amables de sus recuerdos: ellos dos bailando el vals en el ayuntamiento, ellos dos plantando tomates bajo el sol de agosto, ellos dos acunando a Rose en las noches de fiebre.

—¿Tienes miedo? —preguntó Arthur en un susurro, refiriéndose a la noche que, inevitablemente, se acerca a todos al final del camino.

Alice negó con la cabeza, acariciando el cabello blanco de su esposo.

—No. ¿Cómo podría tener miedo? He vivido el cuento de hadas, Arthur. He amado y he sido amada. No me queda nada pendiente. Mi corazón está tan lleno que no hay espacio para el miedo.

Arthur asintió, cerrando los ojos bajo su caricia.

—Yo tampoco tengo miedo. Mientras estés tú. Mientras pueda sostener tu mano, cualquier oscuridad es solo una pausa antes del amanecer.

De repente, la puerta de la biblioteca se abrió con estrépito. Una niña pequeña, de unos cinco años, con el cabello oscuro y alborotado y unos ojos avellana muy vivos, entró corriendo, seguida por una mujer joven que intentaba, sin éxito, contenerla.

—¡Abuelo! ¡Abuela! —gritó la niña, lanzándose hacia ellos.

Era la hija de Rose, su nieta más pequeña, que había venido de visita para el fin de semana.

—¡Cuidado, Lily! —advirtió Rose, entrando detrás de ella, con la misma sonrisa que Alice tenía a su edad—. Perdón, papá, mamá. Se escapó de la guardería. Dice que quiere el cuento.

—¿Qué cuento? —preguntó Arthur, enderezándose y abriendo los brazos para recibir a su nieta, que se trepó a su regazo con la confianza de quien sabe que es adorada.

—El cuento del Caballero y la Librera —exigió Lily—. El de cómo se derritió el corazón de hielo.

Arthur miró a Alice por encima de la cabeza de la niña, y ambos compartieron una sonrisa cómplice, esa sonrisa secreta que había sido el hilo conductor de su matrimonio.

—Ese es un cuento muy largo, Lily —dijo Arthur, acomodando a la niña—. Y muy antiguo.

—Es el mejor cuento —insistió la niña.

Alice volvió a su sillón y tomó su tejido, observando la escena. Vio a su esposo, el amor de su vida, comenzar a narrar una vez más la historia de su encuentro. Vio cómo sus ojos brillaban al describir la lluvia, cómo su voz se suavizaba al hablar de la "Guardiana de las Historias".

Y mientras escuchaba, Alice se dio cuenta de que la historia nunca terminaría. No acabaría con ellos. Seguiría viva en Rose, en Lily, en los hijos de Lily. Seguiría viva en los árboles del jardín que seguirían

floreciendo cada primavera, en los libros de la biblioteca que pasarían de mano en mano.

Arthur llegó al final del cuento, a la parte donde el caballero y la librera envejecen juntos.

—¿Y fueron felices para siempre? —preguntó Lily, bostezando y apoyando la cabeza en el pecho de su abuelo.

Arthur levantó la vista y miró a Alice. En esa mirada, Alice vio todo lo que habían sido, todo lo que eran y todo lo que serían. Vio el solsticio de verano, la nieve de Navidad, el mar de Cornualles y el calor de mil noches compartidas.

—No, mi vida —respondió Arthur suavemente—. No fueron felices para siempre. Fueron felices cada día. Fueron felices en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Y lo más importante... se amaron. Se amaron tanto que su amor calentó la casa entera y nunca más hizo frío.

Lily se quedó dormida. Rose se acercó para llevarla a la cama, besando a sus padres en la frente.

—Buenas noches, papá. Buenas noches, mamá. Gracias por el cuento.

—Buenas noches, hija.

Cuando se quedaron solos de nuevo, el fuego estaba bajo, convirtiéndose en brasas rojas y brillantes. La habitación estaba en penumbra, cálida y acogedora.

Arthur se levantó con esfuerzo y le tendió la mano a Alice.

—Vamos, señora Sterling. Es hora de descansar.

Alice tomó su mano. La sintió cálida, sólida, conocida. Se levantó y se apoyó en él. Caminaron juntos hacia la puerta, despacio, hombro con hombro, como habían caminado por la vida.

Antes de apagar la última lámpara, Arthur se detuvo y la miró una última vez en la luz dorada.

—Alice.

—¿Sí, Arthur?

—Si tuviera que vivirlo todo de nuevo... si tuviera que pasar por la soledad, por el frío, por los años grises... lo haría mil veces. Solo por volver a entrar en esa librería y verte.

—Y yo te esperaría mil veces, Arthur. Con una toalla y un libro de poemas.

Se besaron. Fue un beso suave, de piel fina y corazones eternos. Un beso que no pedía nada porque ya lo tenía todo.

Arthur apagó la luz.

La biblioteca quedó a oscuras, salvo por el resplandor rojizo de la chimenea que iluminaba los lomos de los libros, testigos mudos de una gran historia de amor. Fuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo el mundo de blanco, pero dentro de la mansión Miller, en el corazón del valle de Oakhaven, el fuego nunca se apagó. Y así, mano en mano, el Caballero y la Librera subieron las escaleras hacia el sueño, dejando tras de sí un legado que ni el tiempo ni el invierno podrían borrar jamás: la certeza absoluta de que el amor, el verdadero amor sencillo y profundo, es la única magia real que existe.